

REVISTA CHILENA

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:

ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO X

SANTIAGO DE CHILE
1920

EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ

Salida del puerto de Valparaíso el 20 de Agosto de 1820

AÑO DÉCIMO DE LA LIBERTAD

Amaneció por fin el venturoso día en que Chile por un esfuerzo tan extraordinario, que le eleva sobre sí mismo, presente a la faz de ambos mundos un ejemplo inaudito de constancia, y del más acendrado patriotismo. Jamás pueblo alguno combatió con mayor tesón, y energía por alcanzar su libertad, ni obtuvo tal vez progresos más rápidos y considerables en el breve espacio que conoce de emancipación estable y real. La Expedición Libertadora que hoy se desprende de nuestros puertos, para restablecer la independencia, y difundir la libertad civil entre los oprimidos hijos del antiguo imperio de los Incas, será inmarcesible testimonio de esta verdad, y un monumento tan eterno como el tiempo en la historia de los siglos y de las hazañas.

Una rápida ojeada sobre los sucesos que han preparado este memorable acontecimiento, demostrará al observador menos detenido la heroicidad y tamaño de los sacrificios que ha costado. Chile, abandonado a sus propios recursos, sin armas, sin dinero, y sin los demás elementos bastantes para oponer igual fuerza a la fuerza, sufrió desde 812 una guerra desolante y feroz animada en su propio seno, y llevada a la vez hasta envolver el país en todas sus calamidades. Sucumbió por el momento: fallaron al parecer hasta los últimos resortes, que pudieran algún día dar reacción al Cuerpo social: fueron despedazadas las entrañas de la Patria por el furor implacable de sus enemi-

gos: pero en medio de los desastres, del terrorismo más aparatoso y de la ruina universal, la constancia y el valor chileno abrían la senda de la gloria que en 817 debía coronar al Ejército de Los Andes digno restaurador de Chile. La inmortal jornada de Chacabuco fijó la época del engrandecimiento y prosperidad de la República. Desde entonces el pueblo y el Gobierno tomaron en vista el sublime proyecto de avanzar sobre el solio de la tiranía española, cuyo enorme peso grabitaba en el Perú. Conocían que para la everción del colosal poder, donde aunque vacilando existía el principio de movimiento, que lanzaba sobre nosotros las hostilidades, se requería ser buscado y destruído en su origen. Pero exhaustos de todos los principios que podían dar animación a aquella empresa, era preciso que el tiempo y una decisión sin ejemplar superase inaccesibles obstáculos. Se crearon tropas de todas armas, que debían constituir el ejército nacional. Se compró armamento y municiones de toda especie en número casi indefinido. Se apuraron los recursos, y la industria en erigir una Maestranza militar, que llamaría la atención en la misma Europa.

La guerra entretanto se derramaba en nuestro territorio como un impetuoso torrente. Sus adversas vicisitudes amenazaron con la ruina total nuestra existencia hasta la célebre victoria de Maipo, que no costó menos sangre que el tesoro inmenso en numerario y útiles de guerra recientemente perdido en el desgraciado lance de Cancha Rayada. Aquel triunfo obtuvo verdaderamente todas las circunstancias de una acción decisiva: más no por eso tomaba la República una aptitud ventajosa. Aniquilada sus rentas: arruinada la mayor parte de las fortunas particulares: agobiada la metrópoli con la inmensa emigración que desde más allá del Biobío se había plegado hasta abrigarse en su recinto: los enormes e inevitables dispendios para la conservación de un grande Ejército sedentario que ocupaba el centro, y de otro beligerante que se empeñaba en el Sud contra las últimas, pero desesperadas reliquias de los enemigos que aún se hacían invencibles al abrigo de la fortificación de Talcahuano; eran las afligentes circunstancias que rodeaban a Chile y que hubieran hecho desesperar de la salud de la Patria a otros, que no fuesen sus hijos. Sin embargo, a

esta misma época tan poco lisonjera pertenece la iniciación de la grande empresa de expedicionar sobre el Perú. Vióse entonces aparecer la Escuadra, más bien como nacida de las olas, que como producto de la mano del hombre, por la absoluta nulidad de medios con que podíamos disponer su formación. Carecíamos de las materias más precisas, de relaciones con todas las potencias, estábamos bloqueados en el mismo puerto donde podría hallarse de algún modo el vehículo que condujese a su ser aquel audaz proyecto, y por último todo nos faltaba menos el denuedo y la resolución. Un buque casi en bandolas, y montado en el instante por hombres aficionados y resueltos, más bien que marineros y soldados, fué el primer vaso que enarboló en triunfo el pabellón nacional sobre el Pacífico, poniendo en fuga vergonzosa a las fuerzas bloqueadoras de la Marina real de España. Una rapidéz prodigiosa de circunstancias favorables a nuestra Marina fueron sus inmediatas consecuencias: se ahuyentó de Talcahuano al enemigo: fué presa la fuerte y hermosa fragata *María Isabel* con muchos transportes, que nos conducían desde Cádiz la devastación y el exterminio. En fin se dominó el mar, imponiendo terror a los tiranos desde Guayaquil a Chiloé y sorprendiéndolos en el primer baluarte del Pacífico, la importante plaza de Valdivia.

Ya entonces contempló Chile no sin sorpresa adelantada su obra; pero era preciso terminarla con nuevos y más profusos presentes, que esperaban las aras de la libertad. Aún restaba levantar tropas, rehabilitar la Escuadra, y reunir un material inmenso para armar, municionar y constituir un ejército que había de sostener en el Perú, con los recursos que llevase, una guerra de tiempo indeterminado. Era necesario también combatir con las negras maquinaciones de los anarquistas, que más inicuos e implacables que los Gracos y los Catilinas, oponían al Gobierno obstáculos insuperables en la marcha de los negocios públicos. (a)

Pero al fin, todo se venció: los votos de los buenos se han cumplido, y la Nación ha arribado a aquel grado de poder y respetabilidad a que nunca llegó acaso pueblo alguno en iguales circunstancias. Para esto los sacrificios han sido de desmen-

surada magnitud: apenas existe población, río o valle, que no haya vibrado al estampido del cañon, o fuese testigo de choques y encuentros obtenidos; pero a medida de la oposición, y deformidad de los conflictos, las virtudes cívicas de los ciudadanos brillaban con más luminosos destellos. Los servicios personales del mayor compromiso, los donativos y contribuciones de todas clases han sido actos tan repetidos y heroicos, que no es posible trasladar al papel el justo valor que se merecen. El tiempo hará sin duda justicia a esos señalado se indeleble rasgos del más ardiente patriotismo; empero el Gobierno no habría correspondido grata y congruente a sus conciudadanos, si no los hiciera proclamar y valer ante todos los hombres libres, porque a ellos se debe exclusivamente la admirable realización de la Expedición Libertadora, cuya descripción nos propusimos exhibir.

Después que por el espacio de 12 a 15 días se embarcó incesantemente todo el material de respeto, pendiente i de más pronto uso del Ejército Libertador, se anunció en la orden general del 13 del corriente, que todos los cuerpos que lo componen, así de las tropas de los Andes, como de Chile, se pondrían en movimiento desde su cantón general de Quillota, para embarcarse el día 18 siguiente en esta disposición: a las 8, 10 y 12 de la mañana, 2 y 4 de la tarde, los regimientos núm. 7, núm. 11, núm. 5 y núm. 4 de Infantería con el regimiento de Cazadores a caballo; y en el día 19, a las 8, 10 y 12 de la mañana los dos Cuerpos de Artillería, el regimiento núm. 8 de Infantería, el de Granaderos a Caballo, y los cuadros de los regimientos núm. 6 de Infantería y núm. 2 de Dragones con las compañías de Zapadores y de obreros de maestranza, y los útiles que le son inherentes; habiéndose señalado para punto del embarque general la parte de playa que hay desde el castillo de San José hasta el Arsenal, por considerarse la más adecuada al efecto.

El espectáculo que presentaban los cuerpos en su orden progresivo de marcha hacia el embarcadero era tan interesante y grandioso, como sublime el entusiasmo y regocijo, que brillaba en todos desde el primer jefe hasta el último pífano: apenas se apartaban del suelo que les vió nacer, o que fué grato testi-

go de sus victorias, prorrumpían en un grito espontáneo y animado apellidando VIVA LA PATRIA, VIVA LA LIBERTAD; cuyas voces repetidas con la emoción más patética por el inmenso concurso expectador, producían una escena tan interesante, tan tierna, y consoladora, que ella sola es el mejor pronóstico de los triunfos, que van a fijar los destinos del Sud.

¡Qué diferente aspecto exhiben a los ojos de la razón y la humanidad las expediciones destructoras, que en el discurso de la guerra han salido de tiempo en tiempo de Cadiz i del Callao a conducirnos la muerte y las cadenas! ¡Qué contraste entre la marcha magestuosa de las falanjes de la LIBERTAD, y la de los siervos miserables, que ceden al capricho infamante de los déspotas! Con paso firme, con voluntad libre, y semblante animado del más puro placer, se precipitan los unos disputándose la primacía de llegar al bajel, que ha de conducirlos a derramar en otros pueblos todos los bienes de la Libertad, a afianzar la de su suelo patrio y regresar a él a recibir el justo homenaje y recompensa que les preparan sus conciudadanos; mientras que los liberticidas conducidos entre bayonetas desde lo más interno de España y del Perú, devorados por la espantosa idea del horrible crimen que van a perpetrar contra los derechos del hombre, caminan con el semblante de la desesperación y de la muerte, como podrían proceder a un suplicio del que no esperan salvarse.

Las privaciones sufridas por las valientes tropas expedicionarias, sus proezas, y sacrificios hechos en el discurso de la guerra llamaron justamente la consideración del Excmo. Señor Director Supremo, y quiso darles una prueba de su reconocimiento, así por los nuevos e interesantes servicios que van a rendir a la Patria, como por que habiendo sido compañeros de sus fatigas, y tareas militares, tienen un derecho a oír su voz, ya que les va a ser interrumpida por algún tiempo. Dirigió el 19 del corriente a todas las tropas embarcadas una proclama (b), exhortándolas al cumplimiento de sus deberes, y al continuo recuerdo de los triunfos, que han sabido adquirir con su bravura, su subordinación y disciplina.

El mismo día a las nueve de la mañana se enarboló la bandera nacional de la República, que únicamente debe desplegar

el Ejército Libertador. La plaza y todos los buques de la escuadra la saludaron con 21 cañonazos. A ese tiempo la presencia del Excmo. Capitán General y en Jefe del ejército expedicionario don José de San Martín, que recorría todos los bajeles de guerra y transportes, avivaba eficazmente el júbilo de sus bravos soldados. Ellos animados de la confianza, que sólo puede inspirarles un general, que repetidas veces les condujo a la victoria, antes i después de restaurado Chile, se sentían arrebatados del más noble entusiasmo, viendo en el héroe de Chacabuco y Maipo al libertador de las regiones peruanas. Más de seis mil hombres a una voz le juraban, que la victoria o la muerte sería su divisa; y decorado el agradable murmullo de tan sinceras insinuaciones con el bronco estreundo del cañón, que lo conducía hasta la playa, transportaba los expectadores a los mismos lugares, que dentro de poco tiempo serán teatro glorioso de las proezas de estos dignos guerreros.

Los transportes «Dolores», «Gaditana», «Consecuencia», «Emprendedora», «Santa Rosa», «Aguila», «Mackenna», «Pera», «Jerezana», «Peruana», «Golondrina», «Potrillo» y otros cuatro más de no menos porte, se pusieron en franquía el mismo día 19, habiendo salido dos días antes la fragata «Minerva» convoyada por el bergantín de guerra «Araucano» con dirección a Coquimbo, para tomar a su bordo en ese puerto el Batallón núm. 2, e incompararlo en la Escuadra al tocar aquel paralelo.

Hoy 20 se hizo a la vela toda la expedición, conservando el orden siguiente: la fragata «Almirante La O'Higgins» montada por el héroe de Valdivia, comandante en jefe de la escuadra, honorable Lord Cochrane (cuyo esclarecido valor y conocimientos prometen los más lisongeros resultados así respecto de la expedición, como del incremento futuro de nuestra Marina) salió tomando la vanguardia con dos bageles más de guerra: los transportes que conducían tropas seguían inmediatamente en columna: luego los que llevaban el hospital, artillería, maestranza, parque, equipajes, i el resto del material del ejército, a que flanqueaban otros tres buques de guerra, cerrando la retaguardia una línea de once lanchas cañoneras, la fragata «Inde-

pendencia» y el navío «San Martín», donde el ilustre Jeneral que le dió nombre, iba embarcado con su Estado Mayor.

La capacidad de los buques transportes asciende en su totalidad al número de 7 170 toneladas. A más de las tropas, conducen inmensos repuestos de armas y artículos de guerra de toda especie bastantes para un ejército de doce mil hombres, y año y medio de campaña, víveres de excelente calidad para consumo de las fuerzas de desembarco, y de la Escuadra en el espacio de seis meses: un almacén de vestuarios completos de repuesto a razón de uno por plaza: un tren de artillería de treinta piezas, dotado perfectamente de todas sus adyacencias: otro de hospitales surtido de cuanto exige el arte y abundancia: un buen campo volante: un cuerpo médico-quirúrgico formado de hábiles profesores: una caja militar general provista de caudales suficientes: y regular cantidad de caballos con forrajes bastantes para subsistir en campaña tres o cuatro meses. De todo se darán al público prolijos estados y relaciones conforme lo permitiere la prensa.

He aquí los felices progresos que el orden, el tesón y constancia nos han proporcionado, y que en la mayor parte se deben a la existencia de la escuadra. Su formación, sus creces y su ascendiente sobre la de Lima son la obra de la firmeza, y de la audacia: Chile puede jactarse que la debe asimismo: que es hija de sus sacrificios, de su resolución y su valor. Llegará tiempo en que la América tribute a Chile con demostraciones de su reconocimiento el homenaje, que le es debido en compensación de tan laudables y meritorios servicios, pues ellos más directamente que todos los que hasta ahora se han hecho, refluyen en beneficio común del continente. Y aunque la suerte fuese tan adversa que a pesar de todas las probabilidades se malogrará el precioso fruto de la formidable empresa, que hoy presentamos a todas las naciones, ni la calumnia, ni la envidia, ni todas las vicisitudes del tiempo bastarán a arrebatarlos la gloria de haber realizado el proyecto más noble y liberal de cuantos ofrece la historia de los pueblos nacientes.

ZENTENO.—Ministro de Guerra y Marina.

NOTAS

a) Calificada prueba de esta triste verdad fueron los grupos de anarquistas, que acaudillados por los Prietos asolaron el año ante próximo los partidos de Talca y Curicó. La sublevación en San Juan del batallón número 1 de Cazadores del ejército de Los Andes, abortada en los momentos mismos en que iba a repasar la cordillera para reunirse a las fuerzas expedicionarias, que ha causado al fin la ruina de este Cuerpo despues que con ella ha estado amenazando toda la provincia de Cuyo. La conjuración contra las primeras autoridades y jefes militares de la República desecha felizmente el 8 de Abril último por la vijilancia de la policía.

b) Al Ejército Libertador del Perú. Soldados: Yo he sido muchas veces testigo de vuestro coraje y sé lo que debo esperar de vosotros en la campaña más importante de la revolución. El Jeneral que os manda es el mismo que os llevó al campo de batalla en Chacabuco y Maipo: acordáos de lo que hicisteis entónces y pensad en el glorioso destino que os aguarda.

Soldados de los Andes! Vosotros disteis la libertad a Chile. Id al Perú y dejad escrito vuestro nombre con la sangre de los que lo oprimen.

Chilenos! vuestra intrepidez y la de las tropas auxiliares salvaron a la República segunda vez amenazada en la jornada de 5 de Abril: seguid la carrera de la gloria, y mereced la gratitud de los habitantes del Perú, así como habéis merecido la de vuestra patria.

Ejército expedicionario! Marchad a la victoria, id a poner término a las calamidades de la guerra, y a fijar la suerte de todas las generaciones venideras: estos son los deseos y las esperanzas de vuestro amigo y compañero.— O'HIGGINS.

Don ALBERTO BLEST GANA

Hablar de las obras de Alberto Blest Gana es hacer la historia de la novela chilena. No quiero sólo decir con eso que es el más grande, el más fecundo, el más variado de los novelistas del país y que fué el primero en cultivar el género, sino también, y sobre todo, que habiéndose iniciado con producciones que no son propiamente «blestganianas», que no pertenecen a la literatura de observación, la historia de sus obras es la historia del esfuerzo realizado por el genio nacional para llegar a incorporarse en el gran movimiento moderno, inaugurado por Balzac, que asigna como objeto a la novela la representación de la vida cotidiana.

I.

PRIMERAS OBRAS

Nació Blest Gana en Santiago, en Junio de 1830 (1). Fueron sus padres el doctor irlandés D. Guillermo Conyngham Blest (2) y la señora María de la Luz Gana. Hizo sus primeros estudios en el Instituto Nacional. El año 43 ingresó a la Escuela Mili-

(1) Cuantos se han ocupado del novelista lo hacen nacer en 1831. La fecha que yo señalo me ha sido dada por una hermana suya, la señorita Luz Blest G. y ella está de acuerdo con una carta de D. Alberto, de 30 de Abril de 1914, en que dice: «nadie me da la edad que realmente tengo de 84 años, que yo, ciertamente, jamás oculto.»

(2) El doctor G. Blest ejercía su profesión en Londres. Una indisposición al hígado lo obligó a viajar y vino a América en un buque inglés. Llegó a Valparaíso el año 22, y tan distante se hallaba de la idea de quedarse en Chile que dejó a bordo todo su equipaje para regresar en el mismo buque. El destino, no obstante, lo trajo a Santiago, donde conoció a la señorita María de la Luz Gana, que era bellísima, y con ella casó el año 23 o 24. Murió en 1884.

tar (3) y el 47 fué enviado a Francia junto con algunos compañeros a estudiar ingeniería militar. A su regreso, verificado a fines de 1851, se incorporó en el Ejército y desempeñó la cátedra de Topografía en la misma Escuela. Frecuentaba la sociedad. «Dieciseis a dieciocho años atras—escribía en 1870 Domingo Arteaga Alemparte—se hacía distinguir en los salones elegantes de Santiago, un jóven de continente seguro y un tanto marcial, de modales correctos y desembarazados, que bailaba a la perfección, que sabía conversar amenamente con las mujeres y discretamente con los hombres. Era D. Alberto Blest Gana.» Posiblemente, el 53 se retiró del Ejército para ocupar el puesto de jefe de sección en el Ministerio de Guerra. En el mismo año se casaba con la señorita Carmen Bascuñán Valledor. Se puede suponer que quien desempeñaba puestos públicos del género de los indicados no debía nadar en la opulencia, y, en efecto, D. Alberto era pobre y conocía los apuros de bolsillo (4). Esta circunstancia nos explica la frecuencia con que las cuestiones de dinero aparecen en sus obras, sea incidentalmente, sea como en *La aritmética en el amor*, formando la materia misma de una novela.

En 1855 publicaba en *La Revista de Santiago* su primera novela *Engaños y Desengaños*, ¿Cómo se despertó su vocación? ¿Cómo pudo ocurrírsele dedicarse a un género literario que nadie cultivaba en Chile y que, por añadidura, ofrecía el peligro,—dada la mentalidad de la época—de hacerlo aparecer como un individuo frívolo y falto de serenidad? Lo dice él mismo en una carta a D. Benjamin Vicuña Mackenna (5). «Desde un día en que leyendo a Balzac hice un acto de fé en mi chi-

(3) «No fué mi padre, como Ud. se imagina,—le decía en carta de 25 de Enero de 1864, a D. Jose Victorino Lastarria—quien me hizo abrazar la carrera militar. Fué un engaño de niño del que más tarde el peso enorme de una ciega subordinación me hizo despertar.» Esta carta, que tendré ocasión de volver a citar más adelante, se publica en la REVISTA CHILENA de Marzo de 1917.

(4) «Que Chile lea mis novelas sin cuidarse del estado de mi bolsillo es cosa triste para el que carga este último vacío; pero que un gobierno de los *nuestros* no se acuerde, para mejorar mi suerte, de once años de servicio constante, me parece más triste todavía... Mientras mis conciudadanos del porvenir me preparan la corona de la fama, algunos del presente, como sastres i boteros, por ejemplo, me tienen preparada su cuenta al fin de cada semestre y me temo que no admitiesen como moneda corriente mis novelas.» (Carta citada, a Lastarria).

menea, condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista y abandonar el campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales y pasajeras composiciones. Desde entonces he seguido incansable mi propósito, sin desalentarme por la indiferencia, sin irritarme por la crítica, sin enorgullecirme tampoco por los aplausos con que el público ha saludado mis últimas novelas».

Para comprender la fascinación que Balzac pudo ejercer sobre Blest Gana es menester darse cuenta de la fascinación que el autor francés ejercía en todo el mundo. «Por rápido y grande que haya sido el éxito de M. de Balzac en Francia,—escribía Saint-Beuve en 1850—fué tal vez más grande y más incontestado aún en Europa. Los detalles que podrían darse a este respecto parecerían fabulosos y no serían sino exactos... Hace ya más de dos siglos, en 1624, Honoré d'Urfé, el autor de la famosa novela *La Astrea*, que vivía en el Piamonte, recibió una carta muy seria que le era dirigida por veintinueve príncipes o princesas y diez y nueve grandes señores de Alemania; dichos personajes lo informaban de que habían tomado los nombres de los héroes y heroínas de la *Astrea* y se habían constituido en *Academia de los verdaderos amantes*... Lo que le sucedió a d'Urfé se ha renovado a la letra respecto a Balzac. Ha habido un momento en que, en Venecia, por ejemplo, la sociedad que allí se encontraba reunida imaginó tomar los nombres de sus principales personajes y desempeñar su papel. No se vieron durante toda una estación sino Rastignacs, duquesas de Langeais, duquesas de Manfrigneuses, y se asegura que más de un actor y de una actriz de esta comedia de sociedad se propuso llevar su papel hasta el fin... —Lo que digo de Venecia se reprodujo en grados diversos en diferentes lugares. En Hungría, en Polonia, en Rusia, las novelas de M. de Balzac hacían ley. Por ejemplo, estos amoblados ricos y extraños en que él mezclaba a su gusto las obras maestras de veinte países y de veinte épocas, resultaban inmediatamente una realidad;

se copiaba con exactitud lo que a nosotros nos parecía un sueño de artista millonario; se amoblaban las casas *a la Balzac*».

Un escritor que ejercía tal influencia en la vida misma, ¡cuánta mayor no la ejercería en la literatura! Respecto a Blest Gana, la tiranía de Balzac sobre él debía ser tanto más grande cuanto que hacía presa en un individuo indefenso. La deficiencia de su formación literaria, que queda explicada con los someros datos que ha dado de su educación, produjo dos resultados al contacto de las obras de Balzac: en cuanto a la forma, admiraba en el autor de *El lirio en el valle* e imitaba de él precisamente los defectos. Le parecía estupendo ese estilo, que es, según ha dicho alguien, el estilo mismo de que se valen los graciosos para parodiar el estilo novelesco; le encantaban esas tiradas líricas del peor gusto, esas metáforas intolerables, esas interrupciones del relato para decir en tono sentencioso las mayores banalidades. En cuanto al fondo, demoró algunos años para ver lo que constituye la novedad y la grandeza de la obra de Balzac: la representación de la vida común y ordinaria. Desde el genial novelista, el personaje de novela no es un ser extraordinario a quien no conocemos ni reconocemos; el personaje es nuestro vecino, situado en la casa y en la calle que habita y entre los muebles que usa; dibujado con el traje que acostumbra, descrito en sus comidas, en su manera de divertirse, de enamorarse, de trabajar, de ganar dinero, de practicar el culto.

Así, *Engaños y Desengaños* es una especie de caricatura balzaciana. He aquí un trozo que no podrá sino hacer sonreír a quien haya leído al autor francés: a tal punto el giro de la frase es propio de éste: «¡Vivir! ¡amar! ¿no es éste el programa del porvenir a los veinte años? A la edad en que el corazón usurpa el dominio de la voluntad, cuando el alma, semejante a un valle, que repite las voces de la naturaleza, devuelve su sonido a todo lo que habla de amor, cuando en torno nuestro todo, hasta la pena, respira poesía: correr tras una visión del cerebro, verla agitarse en el horizonte, llegar para encontrarla desvanecida como esas nubes de la mañana que el fresco céfiro disipa y divisarla de nuevo más bella, más fantástica, más ilusoria, ¿no es esa la fiebre de la juventud? ¿los entusiastas emba-

tes del corazón? hasta que más fríos años, más desengañadas impresiones, más fastidiosas ideas se desploman sobre el alma cansada de correr tras un irrealizable devaneo?».

Una reflexión grave:

«Nada hay que nos invite tanto a la meditación como el movimiento de un carruaje en su marcha».

Dos comparaciones:

«El buen tono es una planta exótica, que no puede brotar en nuestros suelos naturales, que no han recibido aún el abono del artificio». «Las mujeres a la moda son bellas mariposas que elevadas en alas de la hermosura y el amor propio creen revolotear a la luz de la admiración y caen tostadas por la llama de la envidia».

Si anoto estos ejemplos del estilo de Blest Gana tomados de su primera obra es porque ellos no importan deslices inevitables en un principiante, sino porque son característicos del autor. Hasta la última de sus novelas, no abandonará del todo este detestable jerundionismo.

En 1858 publica Blest Gana su segunda novela: *El Primer Amor* (6), que es una reedición, por decirlo así, más violenta, de *Engaños y Desengaños*. En ésta se trataba de un primer amor que no alcanza a matar a la víctima, aunque las cosas llevaban ese camino; es que ellas se arreglan al final. En aquella se trata de un primer amor que, si no mata, vuelve loco al protagonista, porque el autor ha hecho todo lo posible para que las cosas no se arreglen. Con este fin, ha ideado una enamorada cuya horrible ferocidad no parece justificada por antecedentes que la hagan verosímil; un padre que es una fiera y un joven delirante de amor que prefiere la cárcel, la muerte y cuanta desgracia pueda venirle antes que renunciar a sus relaciones con una mujer casada, cuyo marido, por lo demás (y esto da una idea de la inseguridad del autor) está destinado a aparecer sublime y sólo aparece un poco ridículo.

La Fascinación (publicada en el mismo año en *La Revista del Pacífico*) no difiere en su espíritu de las novelas anteriores.

(6) En rigor, es la tercera novela. Poco después de *Engaños y Desengaños* se publicó en la misma *Revista de Santiago* una novela corta, *Los desposados*, que no vale la pena recordar.

La acción pasa en París y los personajes son parisienses. Lo sabemos porque el autor nos lo dice expresamente; pues de París y de los parisienses no hay allí más de lo que en *Engaños* y *El Primer Amor* hay de Chile, donde ocurren. En las descripciones de *La Fascinación* nada se individualiza: las cosas son «hermosas», «bellas» o «grandiosas»; en los diálogos hasta las sirvientes hablan como un libro; todo allí es convencional y, sin contener nada de inverosímil, la novela, por la falta de ambiente y de particularidades, produce la impresión de hallarse uno en regiones extraterrestres.

No me atrevo a sintetizar el argumento por temor de equivocarme. Si yo dijera que se trata de un joven músico (Camilo Ventour) que procura conquistar el amor de una bailarina y que después de conseguirlo se desengaña y corre tras el amor puro de una mujer digna, tal vez estaría en lo cierto. Pero quizás no estaría menos en la verdad quien afirmara que el asunto principal de la novela es el amor súbito que nace en una mujer del gran mundo por un hombre pobre y de talento hasta conseguir vencer el corazón de éste. Y aún no pecaría de falso quien afirmara que todo eso es incidental y que de lo que allí se trata, en sustancia, es de la lucha entre dos mujeres por acaaparar a un hombre. ¿No podría sostenerse también que lo que el autor ha querido es demostrar que la virtud es siempre premiada? ¿O tal vez demostrar lo inútil que es en este mundo que la maldad ponga obstáculos al amor? Pero queda otra interpretación, que es de Justo Arteaga Alemparte y que bien pudiera ser la más desatinada. Según él, *La Fascinación* es «un estudio feliz del poder, de la inmensa y fecunda influencia del amor sobre las grandes creaciones del arte; es una prueba de que el sentimiento es la mitad del genio.

Pero si la obra peca por falta de plan y si carece en absoluto de todo alcance psicológico o costumbrista, se ve ya marcarse en ella una cualidad que comenzaba a asomar en *Engaños* y *Desengaños*, que es característica del talento del autor y que éste había de llevar en obras posteriores a un raro grado de perfección: el don de anudar y desatar intrigas, la fertilidad de invención, la imaginación. La obra es superficial, pero no carece de interés. Le falta humanidad, pero no movimiento.

En *Juan de Aria* (1859), novela corta o cuento largo, el novelista continúa vacilante y sin encontrar su camino. En el breve espacio de cincuenta y tantas páginas, desarrolla una tragedia cuya preparación exigiría muchísimo más papel y cuyo lúgubre desenlace nos toma tanto más de nuevo cuanto que el tono alegre y desembarazado que domina en el opúsculo no hacía presentir mayores desgracias.

II

NACE LA NOVELA CHILENA

La Facultad de Humanidades de la Universidad abrió en 1860 un concurso sobre este tema: «una novela en prosa, histórica o de costumbres, al arbitrio de su autor, pero cuyo asunto fuese, precisamente, chileno». El 2 de Noviembre de ese año, don José Victorino Lastarria y don Miguel Luis Amunátegui publicaban un informe sobre los trabajos presentados. A su juicio, merecía el premio *La Aritmética en el amor*, de don Alberto Blest Gana, calificada por ellos de «obraazonada de un escritor ya veterano».

Lo que Lastarria y Amunátegui omitieron decir era que estaban en presencia de un gran hecho histórico: del nacimiento de la novela chilena. Era la primera tentativa feliz hecha entre nosotros para reproducir la vida. Comenzaba el ciclo de las novelas «bles-ganianas».

Esta fórmula: «reproducción de la vida» suponía en ese entonces, en el país, un cúmulo de innovaciones que es admirable hayan podido ser realizadas, casi siempre satisfactoriamente por el autor, que entraba por primera vez en semejante camino. Era, desde luego, dar a la novela un fin y un objeto que hasta entonces no había tenido en Chile: el de imitar la realidad común y corriente, tomándola lo más de cerca posible. Para eso, había que comenzar por reemplazar el diálogo convencional y «novelesco» a la uzanza por otro que fuera el reflejo del que se habla a nuestro alrededor. Blest Gana hará conversar a sus personajes en esta forma, que es la verdad misma:

—«Vamos, cuéntanos eso, Fortunato, dijo doña Petronila, buscando su más dulce entonación de voz.

—«Figúrense Uds. que es la cosa más original del mundo...

—A ver, gritaron las dos niñas, poniendo los codos sobre la mesa para escuchar con mas atención.

—Ante todo, les confesaré que venía con la intención de contarle aquí, pero sólo al tío Tiburcio que...

—¿A mí? preguntó el empleado lleno de asombro.

—Papá, Ud. no deja oír, exclamó impaciente Feliciano».

Era menester, enseguida, reproducir en términos concretos e inequívocos la fisonomía de las cosas materiales que sirven de marco a los hechos: «Aquella pieza estaba amueblada con la sencillez de la pobreza: ocho sillas de palo con asiento de junquillo de fabricación indígena, un viejo sofá de caoba oscura, forrado en tela de crin negro, comprado al lance, juntamente con una mesa de la misma madera, colocada en la testera del cuarto y sobre la cual había un San José de fábrica quiteña, dos candeleros de bronce, un mate y un brasero de lata para el fuego de los fumadores. El piso, cubierto con un jergón de color, borrado por el tiempo, presentaba algunas sinuosidades, sobre las cuales la alfombra dejaba ver sus hilos gastados por el uso. Las paredes ignoraban la invención del empapelado y las puertas suspendidas por el antiguo método, facilitaban, aun estando cerradas, la libre ventilación del aposento, circunstancia que tenía a don Tiburcio en un perpetuo romadizo».

Los personajes habrán de ser los que codeamos todos los días en nuestra casa o en las calles: «Fortunato era un individuo prosaico y común, incapaz de las violentas pasiones que de ordinario adornan a todos los héroes de novela, un representante, en esto, de la mayoría de los de su sexo».

Las dos cartas de amor no han de ser tampoco como las de las *novelas*. He aquí una: «Fortunato: aunque sé que una niña pierde mucho con esta clase de correspondencia, tomo la pluma para escribirle, porque si no lo hiciese, Ud. creería que no correspondo a su amor y podría con razón llamarme ingrata y pérfida también. Tanto como Ud. deploro la tiranía de mi mamá y los galanteos de mi tío Crispín, con quieren hacerme

casar; pero yo sabré resistir mientras Ud. me manifieste ese amor que me pinta en su carta, aún cuando para ello fuese necesario imponerme enormes sacrificios. En estos días he sufrido mucho, tanto por no poder hablar con Ud., cuanto por un dolor de garganta que me resultó del paseo y para el cual me han hecho tomar una porción de remedios. Virginia ha encontrado su carta muy bonita y yo también; si mi mamá la viese, se pondría furiosa, pero yo la he leído retirada en mi cuarto, al cual ella no viene casi nunca en la noche, porque se acuesta después de dar la plata para la plaza. En fin, crea en la constancia y en el amor de su afectísima Trinidad».

El novelista pintará el físico de sus personajes: «Fray Ciriacó Ayunales tenía 56 años y una salud de solterón... El círculo de su cara descansaba sobre una doble barba que muchos tomaban a primera vista por un coto... Un movimiento nervioso le hacía cerrar el ojo derecho siempre que alguna pasión agitaba su cerebro».—El dinero que gastan los hombres no les viene del cielo: «Don Cándido Nocaleal vivía de la módica entrada producida por una pequeña siembra y algunas vacas lecheras».—En la vida cotidiana se come y una novela que pretende imitarla o reproducirla no debe olvidarlo: «El chanchito gemía bajo su diente y los huesos de las aceitunas caían sobre el plato con asombrosa ligereza».

Todo esto era tan nuevo en Chile, que aún diez años más tarde, en 1870, no faltaba un crítico, como Domingo Arteaga Alemparte que se resistía a comprender la estética de que procedían las novelas de Blest Gana, la que estaba renovando en todo el mundo el concepto mismo del arte de la novela. «No es por cierto,—decía Arteaga en 1870—la fidelidad lo que faltaba a las pinturas de Blest Gana: antes bien, la copia suele ser tan puntual que el pintor se convierte en fotógrafo. Los cuadros se trasladan a veces de la realidad al libro, sin pasar por el crisol del ideal. Esta falta de idealización artística, si los hace ganar en exactitud material, si los hace groseramente verdaderos, les quita aquella delicadeza, aquella amenidad, aquellas luces y fulgores con que la poesía transfigura la verdad en belleza. El arte supremo consiste, no en copiar la naturaleza

con los sentidos, sino en copiarla con la fantasía y el mejor artista no es el más exacto, sino el más patético».

No existe ni puede existir en el mundo un arte tan realista que sea una mera fotografía, un calco. Y ello no sólo por la imposibilidad absoluta en que se encontraría el artista de reproducir la realidad humana en todos sus detalles a causa de la inextricable complejidad de éstos y de la circunstancia de que los actos no se repiten, sino por las condiciones mismas del arte. Este implica, por definición, dos operaciones: la elección y la exageración. El autor elimina de un asunto dado los detalles que no son característicos, (que no lo son para él, y en esto puede equivocarse, y es por eso por lo que hay grandes artistas y artistas mediocres; pero aquí no se trata de esto) y, en seguida, a los detalles que retiene los abulta, los infla, les dá un relieve, una exclusividad, un poder de absorción que en la vida talvez no tienen.

¿Qué es, pues, el arte realista y en qué se diferencia de toda otra manera de arte? Es el que profesa, desde luego, la convicción de que no hay asuntos en sí mismos desdeñables. Así como un zoólogo aplica el mismo interés de observación a una mosca que a un elefante, al microbio que al hombre, el autor naturalista no cree que haya asuntos o individuos más nobles y dignos que otros; todos son significativos,—cuando se sabe ver su significación. Un pordiosero tendrá cabida en una novela al mismo título que un príncipe, un bandido al mismo título que un San Vicente de Paul. La realidad, toda la realidad, he ahí el lema.

Una consecuencia de lo anterior es que no ha de omitirse nada de aquellas circunstancias que, aunque vulgares, pueden dar una sensación más viva de la realidad. He aquí el *Adolfo* de Benjamin Constant. ¿Dónde nació? ¿qué oficio o profesión tiene? ¿Es pobre, es rico? ¿Cuál es su fisonomía? ¿Cómo se viste? ¿qué come? ¿cómo son sus muebles? ¿cuáles son sus gustos, su temperamento, su salud? Nada sabemos de su condición, a no ser—como alguien decía—que sea una condición la de ser personaje de novela. El realista, al contrario, piensa que ninguno de esos detalles es inútil, sea para explicar los actos de un hombre, sea para mejor hacernos palpar lo real.

Aun nos queda otro rasgo peculiarísimo del arte de la observación. Este se propone la representación de la vida. ¿Con qué objeto? Con ninguno. Simplemente por el placer de representarla y de ver claro. Desde el momento que se pone en la obra una intención satírica, o social o moral o filosófica, no hay arte realista.

Contra esta estética era contra la cual se rebelaba instintivamente Domingo Arteaga. Decir que el arte «debe tener aquella delicadeza, aquella amenidad, aquellas luces y fulgores con que la poesía transfigura la verdad en belleza» y que «la naturaleza debe copiarse con la fantasía» o no quiere decir nada o quiere decir que el arte no debe reproducir la vida tal cual es, sino embelleciéndola e idealizándola. Lo que Arteaga ignoraba es que esta «copia de la naturaleza con los sentidos» había hecho de Balzac el padre de toda la novela moderna; que esa copia introducía en la literatura una revolución semejante a la introducida en la pintura por los holandeses en el siglo XVII y que lo que estos últimos y Balzac habían demostrado al mundo es que se puede ser al mismo tiempo exacto y patético. Blest Gana, en más modesta escala, dejaba fundada en Chile con *La Aritmética en el amor*, la literatura de observación. Sólo había que esperar que continuara perfeccionándola.

La novela que con el título de *El Pago de las deudas* publicó el año siguiente (1861) forma un lamentable paréntesis en la serie de novelas nacionales y realistas iniciada con *La Aritmética*. Volvemos a los tiempos de *La Fascinación* y de *El Primer Amor*. Sin duda, fué *El Pago* escrito, o al menos comenzado en esos mismos tiempos.

El autor quiere dar a la obra un propósito moral, «para disculpar—según dice—los defectos que contenga». Esta ilusión es extraña. Porque si una novela es deficiente, hay muchas probabilidades de que agregándole una nueva intención o pretensión extraña al arte, resulte doblemente defectuosa si, por casualidad, esa intención no logra realizarse. Es el caso de *El Pago de las deudas*. A la pobreza del asunto, o mejor de su desarrollo, se une el fracaso de la probanza moral.

«Es muy general idea—dice el novelista en la dedicatoria—entre los padres de familia la de que, legando a sus hijos un

cuantioso caudal, no tienen que cuidarse de acostumbrarlos a los hábitos saludables de una vida laboriosa, sin pensar que no basta una llave de oro para abrir las puertas de la felicidad. Algunas de las fatales consecuencias que origina la práctica de semejante idea es lo que he querido pintar en la presente novela».

Si el novelista no se hubiera anticipado a decirlo, nadie habría reparado en que se trataba en esta novela de las consecuencias de la errada idea que tienen algunos padres de familia sobre la educación de los hijos. Entre el suicidio del protagonista y la referida educación existe un cúmulo tal de circunstancias que ni la imaginación más poderosa ni la voluntad más condescendiente podrían establecer lazo alguno entre uno y otro hecho.

El autor no volverá ya más a desviarse de la ruta que se trazó en *La Aritmética*. En el popular *Martín Rivas*, aparecido en 1862, sus dotes de observador toman un nuevo vuelo.

Constituye *Martín Rivas*, en la obra general de Blest Gana, una isla, una excepción, que no tornará a repetirse, por dos aspectos: por la manera de abordar los sentimientos y por la manera de contar. Sin duda, quiso aquí el autor demostrarse a sí mismo la ductilidad de su talento.

Dotado de singular claridad de visión para el aspecto material de las cosas y de los hombres y para los actos humanos, no tiene Blest Gana el mismo don respecto a los móviles íntimos de estos actos. Si nos presenta un enamorado, un ambicioso, un libertino, jamás nos hace asistir al génesis de estas pasiones ni nos dibuja siquiera someramente el matiz especial que ellas toman en el personaje; mucho menos nos invita a la lucha que tales sentimientos traban, sea en su origen, sea en su desarrollo, con otros sentimientos del mismo individuo. Carece, en suma, del talento del análisis; no es un psicólogo. En *Martín Rivas*, sin embargo, se ha ensayado en serlo, por primera y última vez, y si el ensayo no es de primer orden, dista mucho también de ser absolutamente desdeñable. Ha estudiado el nacimiento de una pasión—la de Leonor Encina por Martín—desde el mismo momento en que comienza a prender en el corazón de la joven, ignorándose a sí propia y deseando ignorarse, cohibida por el

orgullo y los prejuicios de clase, hasta que, a favor de las circunstancias, concluye por estallar y abrirse a la luz del sol. El amor no es, pues, aquí, como en las demás novelas de Blest Gana, un hecho inicial, ya dado, que debemos aceptar sin mayores explicaciones, en cuyo trabajo íntimo no entramos; es, al contrario, el asunto mismo—o uno de los asuntos—de la novela.

Hé aquí la otra novedad: esta novela es toda acción; no hay una página, un período, una línea que no conduzca directamente al desarrollo de las situaciones planteadas. Nada o casi nada de reflexiones a lo Balzac; la descripción del ambiente reducida a lo estrictamente necesario; los cuadros de costumbres (tomando esta vez la expresión en el sentido pintoresco y especial en que solemos usarla en Chile; porque, en cuanto a lo demás, allí abundan las costumbres) los cuadros de costumbres sólo en la medida en que los sucesos mismos lo exigen; por sobre todo, hechos y más hechos. El autor quiso contar simplemente una historia, sin distraerse en nada que la entorpeciera. El relato marcha a su término rápido, seguro, ágil como un libre río en su cauce hacia el mar. *Martin Rivas* es el tipo de la novela eminentemente entretenida.

La historia del joven pobre que, por su inteligencia, carácter y seriedad, logra vencer el orgullo de la patricia, corre el riesgo, en manos de un novelista vulgar, de convertirse por su propio fácil optimismo, en la cosa más majadera del mundo. Blest Gana ha evitado todos los escollos. Ha sido discreto, medido y se ha colocado siempre dentro de lo real. Su conclusión no nos resulta como el consabido «premio del valer personal», sino como la consecuencia natural de las cosas.

Llegamos a la última de las novelas que debía publicar Blest Gana en el primer período de su actividad literaria. Me refiero a *El ideal de un calavera* (1863).

El «calavera» se llama Abelardo Manriquez. Es joven, buen mozo, valiente, generoso, listo, y, por lo demás, no tiene escrúpulos morales de ninguna especie en todo lo que se refiere al amor y a las mujeres. Es una nueva edición de Don Juan. ¿Cuál es su «ideal»? «Quiero—le dice a un amigo—el amor de una de esas divinidades del gran mundo; pero no conquistado

a fuerza de un paciente galanteo, sino natural y espontáneo; no arreglado al respeto de las leyes sociales, que pide permiso al mundo y a la iglesia para no avergonzarse de existir, sino espontáneo y franco, sumiso esclavo del presente, confiado en el vigor de su fuerza y no en juramentos legales, cuando mire al porvenir. Fácilmente pensarás que hasta ahora mis pesquisas han sido vanas». Agreguemos nosotros que continuaron siendo vanas durante toda su corta vida. Comprometido en la conspiración de Quillota contra Portales, es fusilado junto con varios compañeros del ejército y muere exclamando: «¡dios, amor, única ambición de mi alma!» La frase fué efectivamente pronunciada por uno de los ajusticiados del Barón. Un escritor ha supuesto que Blest Gana ha tomado para su novela al oficial Carvallo.

El tipo, en teoría, no es falso. Ser amado incondicionalmente, con prescindencia de leyes y de ritos, encontrarla a *ella*, la mujer única que nos estaba quizás destinada desde la eternidad, soñar que con ella se vive lejos de los hombres, en una casita blanca perdida en la montaña: he ahí una aspiración que tal vez pocos hombres sensibles y ardientes han dejado de sentir hasta cierta edad. Y Blest Gana, defendiendo a su personaje contra ciertas objeciones que le hacía Lastarria, está en lo cierto al decir que «Manriquez tiene irresistible el instinto que otros hombres dé corazón moderan por conveniencia, por hipocresía o por moralidad; el instinto que el Querubin de Beaumarchais expresa con tanta infantil sencillez cuando dice que quisiera abrazar a todas las mujeres en una sola. Es un Werther que se habría reído de los escrúpulos de Carlota; tipo, si usted quiere, de la inmoralidad que en materias de amor profesan la mayor parte de los hombres, pero que lleva la chispa sagrada de esa necesidad de adoración que es el más poderoso móvil de las acciones humanas».

Todo eso, en abstracto, está muy bien. En el hecho, en la novela misma de Blest Gana, es diferente. Existe tal desproporción entre las aspiraciones del personaje y el ambiente en que se mueve, entre sus periódicos accesos de romanticismo y la vulgaridad de los hechos que habitualmente ejecuta,—que nos es absolutamente imposible tener presente que en este hom-

bre de buen humor se trata de un Werther. Cada vez que el autor se pone a recordarnos, después de regocijadas escenas a la chilena, que el calavera tiene su ideal amoroso, lo tomamos por un intruso que viene a echarnos a perder la fiesta. Era otro el marco, otro el escenario en que el ideal de nuestro calavera hubiera podido interesarnos. Este supuesto Werther produce el efecto de quien exhalara sus delirios de amor infinito en una atmósfera con olor a empanadas fritas y a chanco arrollado. (Pocas novelas de Blest Gana abundan más que ésta en cuadros, admirables por lo demás, de la vida vulgar, tomadas del natural).

Luego, se ve a las claras que no es Manriquez sino el novelista el que está hablando por él y tratando de justificar el título y la intención de la obra. Porque en Manriquez, tal como aparece ante nosotros, no hay profundidad alguna pasional. Nada es él menos que un Werther, de nada siente menos necesidad que de adorar. ¿Qué cosa más reveladora de la superficialidad de sentimiento de Manriquez que aquello de querer el amor «de una de esas divinidades del gran mundo»?...

De *El ideal de un calavera*, los lectores, a punto fijo, harán dos partes: nadie recordará el «ideal», pero todos conservarán en la memoria al «calavera», simpático, audaz y alegre. Imagino que no se olvidará tampoco a Francisco Timoleón Miraflores...

El sentimiento de la naturaleza le ha sido negado a Blest Gana. Él parece comprenderlo mejor que nadie y no ha pretendido afectarlo. No obstante, en esta novela ha querido, por primera vez, pintar un paisaje campesino tal vez por sentirse obligado a ello (*En durante la Reconquista* hay uno o dos más, un poco superiores). Como les ocurre a todos los individuos desprovistos del don de percibir y sentir las formas y los colores, aquello no es una descripción, es un inventario. No creo inútil reproducir el trozo:

«Era la una del día y el viento mecía suavemente las copas de los árboles, cuyas hojas, al moverse, mezclaban su ruido con el canto del zorzal, que tiene cierta armonía melancólica y dulce al mismo tiempo. De cuando en cuando, salía de la enramada ese silbido con que las aves, que en el campo nombran

toritos, parecen llamarse a gratas confidencias... Al concierto que formaban el ruido de las hojas, las notas cadenciosas del zorzal y los silbidos amorosos de los *toritos*, se unía el de las malvas y de la *hierba loca* agitadas por el aire: el zumbido de las abejas y moscardones, y el lejano bullicio de la *loica*, que vuelve hacia el sol su roja coraza y manifiesta su alegría con notas prolongadas y bulliciosas, de una armonía superlativamente agreste»...

III

LAS ÚLTIMAS OBRAS

En 1864, un año después de la aparición de *El Ideal* publicó Blest Gana en *El Independiente* una novela corta titulada *La Flor de la higuera*, que no ha sido recogida en volumen. A partir de esta fecha, el autor había de enmudecer durante más de 30 años. En el mismo 64, fué nombrado Intendente de Colchagua; en el año subsiguiente (1866) Encargado de Negocios en Washington, en 1867 Ministro Plenipotenciario en París y poco después en París y en Londres. En 1870 fué elegido diputado, puesto que no vino a desempeñar; está ausente de Chile desde 1866. Fué jubilado en su cargo de ministro diplomático en 1889. En 1893, una de sus hijas, Carmen, contrajo matrimonio con el barón Alberto de Batz, perteneciente a una de las más antiguas y distinguidas familias del departamento del Ger. Su otra hija, Blanca, casó algún tiempo después con D. Alejandro Nariño, hijo del general cubano Nariño, que fué desterrado a Francia en la guerra de Cuba con España.

En 1897 rompe su largo silencio con la novela histórica *Durante la Reconquista*. La ejecución de esta obra colosal había comenzado, por lo ménos, treinta y tres años atrás, cuando el autor residía aún en Chile. En efecto, en 1864 le escribía a Lastarria. «Ud. me hace la honra de esperar una gran novela de mi pluma. Veremos, pues, si lo que estoy trabajando merece tan alto título. He llevado mi exploración al campo de la historia para componerla. Esta vez, abandono los cuadros de

costumbres y lanzo mi imaginación en el estudio de las pasiones inspiradas por ciertos hechos históricos, tratando, por supuesto, de enlazar ese estudio con una vasta y complicada intriga, que espero será abundante y sabroso pasto para los aficionados a las emociones de una trama enredada, sin ser inverosímil mi estupenda; como ya no puede admitirse en sana literatura».

Es una observación ya banal la de que, en las novelas históricas, lo que ménos debe buscarse es la rigurosa verdad histórica, sea de los hechos, sea de los personajes. Y si se quisiera una nueva prueba de esta verdad, oigamos lo que dice un juez harto competente, don Diego Barros Arana, sobre la propia obra que nos ocupa: «En nuestro concepto, el General Ossorio, sin ser ni con mucho un hombre regularmente superior, valía más que en el retrato que de él ha hecho el señor Blest Gana... El capitán San Bruno era un esbirro desapiadado, leal y honrado en su fanatismo por la causa del rey, astuto para perseguir a los patriotas y cruel para castigarlos, pero el señor Blest Gana, realzando la importancia de ese personaje en las resoluciones del Gobierno, lo ha convertido en un intrigante artero y dominador». Continúa Barros Arana objetando al novelista el haber «dejado en la sombra a los numerosos colaboradores de Manuel Rodríguez».

Pues bien, no hay, sin embargo, novela más verdaderamente histórica que *Durante la Reconquista* y ello, precisamente, a causa de la desfiguración de los personajes históricos y de la introducción de personajes no históricos, que son la mayoría. Es que la única manera de que dispone una obra de imaginación para evocar las épocas pasadas es la de aspirar, no tanto a hacer revivir hechos que han ocurrido y personajes que han existido, sino a darnos idea del espíritu de esas épocas; no tanto a pintar individuos, sino grupos de individuos, encarnados en un tipo que resume sus ideales y su modo de pensar y de sentir en presencia de los acontecimientos. De este modo, de este solo modo podremos saber de una época lo que la historia oficial no nos dice; de este solo modo puede una novela ser histórica. Blest Gana lo ha comprendido bien y así, cuando ha desfigurado un poco a Ossorio es, como lo dice el mismo Ba-

rros Arana, «porque ha querido personificar en ese mandatario la impotencia de los hombres moderados y humanos que aspiraban a calmar las pasiones por los medios de conciliación y la templanza». Si ha alterado la personalidad de San Bruno es «porque ha querido representar en él el espíritu implacable del odio y de la venganza que revistió ordinariamente el gobierno de la «Reconquista». Y si ha aislado a Rodríguez de sus colaboradores es para «presentarlo como la personificación de la resistencia nacional contra la dominación de la Reconquista».

Los personajes ficticios representan a su vez, un tipo de la sociedad chilena del tiempo. Los hay de todos los órdenes sociales. En las primeras cien páginas de la obra, el autor se ocupa en ir esbozándolos. Desde luego, las grandes figuras: el coronel español Laramonte, Violante de Alarcón, Don Alejandro Malsira y sus hijos Abel y Trinidad, Luisa Bustos, Juan Argomedo, el mayor Robles, Cámara. Luego la comparsa: don Jaime Bustos, prima Catita y prima Cleta, don Francisco Carpesano, don José María Reza, José Retamo, ña Peta, la Marica, la Mañunga, etc., etc.

El hilo que reúne esta enorme variedad de personajes es, como lo prometía Blest Gana, «una intriga vasta y complicada,»—a decir verdad, demasiado complicada. En *Durante la Reconquista* hay tres acciones, que darían materia para tres diversas novelas. Pero tanto la cantidad de seres humanos que se ofrece a nuestra mirada como la falta de unidad de acción hacen que al terminar de leerse estas mil apretadas páginas, se produzca en el ánimo del lector un fenómeno curioso que es, desde cierto punto de vista, el mayor elogio que puede hacerse de la obra y al cual, posiblemente, aspiró Blest Gana: y es que sentimos que allí el protagonista o los protagonistas no son fulano o zutano, que los seres individuales que pueblan la novela pasan en nuestra imaginación a segundo plan, entrando a ocupar el primero la República de Chile. Es Chile, el alma chilena, en su lucha por la Independencia, el verdadero protagonista de *Durante la Reconquista*. Si existe entre nosotros alguna obra que puede merecer el título de epopeya nacional es ésta.

No se piense que esta epopeya es una idealización sistemática del carácter nacional. Nó. Al lado de la bravura se encuentra allí la cobardía, al lado de la generosidad el egoísmo, al lado de la virtud el vicio, al lado de la humanidad los instintos de la fiera humana, al lado del amor el cálculo. No es *Durante la Reconquista* una narración de fines patrióticos; es un trozo de vida.

Nos prometía Blest Gana en la carte antes citada «estudiar pasiones». Hay, en efecto, en la *Reconquista*, pasiones, pero de ningún modo estudio de ellas. Lo curioso es que en este período de su vida intelectual que se inicia con esa novela es cuando Blest Gana se ha propuesto con empeño crear mujeres poseídas de la pasión del amor y es cuando, sin duda, ha penetrado menos en estas profundidades. Ni siquiera ha logrado darnos la psicología sumaria, pero apreciable, que hice notar en *Martín Rivas*. Las heroínas, (en la *Reconquista*, en *Los Transplantados*, en *El loco Estero*) mueren de amor o se suicidan por amor; pero el novelista no se cuida de hacernos explicables o naturales semejantes fallecimientos. Se contenta con decirnos, en el comienzo, que esas mujeres están enamoradas, profundamente enamoradas, sin que alcancemos a comprender la índole especial de este amor, el secreto de la fuerza que ha adquirido, el trabajo interior que ha sido necesario para hacerlo desafiar a la muerte.

He aquí a Trinidad Malsira, una de las heroínas. Sobre su carácter y sobre el origen, la naturaleza y la formación de su amor por el coronel Laramonte sólo existen en la *Reconquista* unas cuantas líneas que pertenecen, como dice don Pedro N. Cruz, (7) a esa fraseología vaga y sutil de los pensamientos que se escriben para el álbum de una señorita. Por ejemplo: «Laramonte se dejó tentar por los ojos azules, por el cabello rubio, por el talle esbelto y flexible de una joven de diez y ocho años,

(7) De los estudios de conjunto que se han publicado sobre Blest Gana, el del señor Cruz, aparecido en *La Unión* de Valparaíso, números del 27 y 28 de Julio de 1908, es sin duda, el mejor, sobre todo como análisis del talento de Blest Gana, de sus cualidades y de sus lagunas. Han escrito además sobre Blest Gana las siguientes personas: Benjamín Vicuña Mackenna, en *El Mercurio* de Valparaíso de 4 de Enero de 1864; Justo Arteaga Alemparte, en *La Semana*, tomo I, pág. 209; Domingo Arteaga Alemparte,

que entraba a la vida del sentimiento con el corazón abierto a todas las ilusiones, como llegan las mariposas a los jardines, cerniendo las alas temblorosas sobre las flores, esas ilusiones de la naturaleza». Páginas más adelante: «Era Trinidad una de esas poéticas organizaciones femeniles, en las que el amor, como alguien lo ha dicho, generalizándolo con exajerado entusiasmo a todas las mujeres, es la historia de la vida entera, cuando es sólo un episodio en la del hombre». Con estas vaguedades no se explica un sentimiento apasionado, ni se armonizan los actos que ejecuta Trinidad Malsira con su educación, con el ambiente en que vive, con su religiosidad, con la natural debilidad e inconstancia de los afectos humanos, con la fuerza aplastante del medio. Era necesario concretar un carácter, un temperamento, y una serie de antecedentes que los modelasen. El autor no ha hecho nada de esto.

No lo hace tampoco respecto a Mercedes Canalejas, la trágica heroína de *Los Trasplantados* (1904) sacrificada por su familia a la manía que devora a ésta de relacionarse y emparentarse con la nobleza europea. La «pasión y muerte» de Mercedes apenas nos interesan. Lo que nos importa mucho más es la pintura de ese mundo especialísimo de los sudamericanos residentes en París, que ha encontrado en Blest Gana el retratista que necesitaba y que aún no tenía.

Es fácil decir que la familia Canalejas es ridícula y, en efecto, reirnos de las necedades de don Graciano, de su esposa doña Quiteria, de sus hijos Milagritos y Dolorcitas; es fácil decir que la actitud de esa familia, al violentar el corazón de Mercedes para satisfacer sus ambiciones nobiliarias, es monstruosa. La verdad, es, empero, que, a menos de ser un hombre de criterio más que mediano, de personalidad acentuada y propia, de fuerte vida interior, pocos podrían sustraerse a las influencias que París ejerce sobre los cerebros mal preparados y las voluntades

en *Los Constituyentes de 1870*, Santiago, 1870; Roberto Huneus Gana, *Don Alberto Blest Gana y la novela histórica*, París, 1897; Benjamín Vicuña Subercaseaux, *Gobernantes y literatos*, Santiago, 1907; Emilio Rodríguez Mendoza, en *El Mercurio* de Santiago de 24, 26 y 29 de Octubre de 1911; J. V. Lastarria y Miguel Luis Amunátegui, en los *Anales* de la Universidad, 1860, tomo XVII, pág. 999; Diego Barros Arana, en los mismos *Anales*, 1898.

débiles. El mismo lector que ríe en *Los Transplantados* de los Canalejas se descubriría tal vez, llegado el caso, obrando y pensando del mismo modo que éstos.

Porque las cosas pasan del modo más natural e insensible. Se hace una fortuna en América y se va a París con el sano propósito de educar la familia y, digámoslo también, con el de «gozar en Europa». La atmósfera de la gran ciudad va produciendo en los hombres cierta relajación del sentido moral y de la práctica de los sencillos deberes de la vida y en las mujeres un apetito desordenado de entrar a ese gran mundo cuyos nombres y fiestas ven en los diarios y que no es inaccesible cuando se tiene dinero. Se logra avanzar el primer paso dentro de él y aquello es para el sud-americano una revelación y un deslumbramiento. «Sentíanse extranjeros—dice el novelista hablando de los esposos Canalejas, que asisten a un baile aristocrático—en aquella reunión de gente de otra raza, de otros modales, de otro modo de ser del que les era familiar en su tierra y que conservaban sin saberlo. Aquella manera de saludar no era la de ellos; aquel mirar a las personas sin verlas, de pasar la mano izquierda con estudiada frialdad, de volverse la espalda inmediatamente después del saludo, evitando toda conversación; aquel besar de los hombres la mano a las señoras con afectación cortesana, juntando violentamente la pierna derecha a la izquierda y haciendo así sonar con un golpecito seco los tacones de las botas; ese estiramiento de convención, esos aires de importancia satisfecha, todo lo que en torno de ellos observaban, les imponía como un respeto superticioso por la tradición, por esos modos de ser que les parecían un don de casta, un privilegio de gente superior, un secreto de maneras aristocráticas heredadas de muchas generaciones de antepasados ilustres».

Pero la vanidad no descansa. Al estupor de la iniciación, se sucede, pasado el tiempo, otro sentimiento: el de creerse ya naturalizado en ese mundo que se acaba de conocer. Se comienza a olvidar la patria distante y a mirar en menos a los residentes sud-americanos. No es para menos: ¡se ha figurado en letras de molde al lado de los grandes títulos de la nobleza de Francia! Se quiere, pues, no ser *rastá*, se quiere parecer europeo, se

quiere pertenecer a la que Milagritos y Dolorcitas llaman la sociedad chic, la que se llama *Todo París*, la que da el tono, la que está en todas las primeras de los teatros, la que da grandes fiestas, la que recibe a los príncipes de las familias reinantes de Europa cuando pasan por París».

En estas circunstancias, un príncipe de una casa reinante de Europa y que bien podría llegar a ser príncipe heredero, solicita la mano de una de las hijas del ricacho sudamericano. ¡El sueño de los sueños! «Quien me hubiera dicho a mí—exclama Canalejas—cuando barría la tienda de mi padre que una de mis hijas sería princesa reinante en un principado de Europa». ¿Cómo quieren ustedes que ese hombre prefiera para marido de su hija a un sujeto pobre, sud-americano, de apellido Fuentealba? Alguien le objeta que el príncipe tiene deudas. «Puedes estar seguro—le replica Canalejas—que su Alteza encontrará en París quien le preste lo que quiera». ¿Qué por causa del mal estado de los negocios en América hay que hacer economías? «Pero ese sacrificio pecuniario—se contesta Canalejas—representa el engrandecimiento de toda la familia». Por último—y esto junto con acabar de explicar los Canalejas, constituye tal vez la más grave objeción contra la novela—nada podía hacer presumir que el matrimonio de Mercedes con el príncipe terminara en una catástrofe. La resistencia de la niña al matrimonio fué casi nula, en rigor, se redujo al mutismo. Esta mujer que se suicidó por no pertenecer a otro hombre que el que ella amaba, no tuvo la energía suficiente para decir: no me caso. El asunto es extraño. La personalidad de Mercedes se nos presenta inexplicable y fantástica; es un personaje que no se mantiene en pié.

La familia Canalejas será, pues, eterna, aunque toda ella se mirara en el espejo de *Los Transplantados*. Porque se trata de la influencia avasalladora, incontrastable de una civilización superior sobre otra inferior. Sin embargo, esta causa remota no bastaría por sí sola para producir el transplantado. Hay otra causa inmediata señalada por Blest Gana. Don Graciano Canalejas y su mujer doña Quiteria Gordanera, así estuvieran treinta años en París, no perderían de vista a su tierra, de la que han salido en edad avanzada, y concluirían por volver a

ella. Tienen demasiados años para tirar a la calle su mentalidad y sustituirla por otra. Es la famosa «educación de los hijos en Europa» la que produce el transplantado, el cual, a su vez, convierte, por contagio, en transplantados a sus padres. «Nuestros hijos—dice Canalejas—criados aquí con seres de otra clase, no pueden tener las aspiraciones de su origen, sino las de la sociedad en que viven. Los hemos transplantado a este mundo y aquí echan raíces y se aclimatan de tal suerte que ya no podrían comprender, ni practicar con fruto alguno las ideas y el modo de ser del suelo natal». ¿Es, pues, el transplantado un europeo hecho y derecho? Ya sería esto una gran cosa, o, al menos, una cosa sin mayores consecuencias individuales. Pero no hay tal. Un hijo de don Graciano, el inefable Juan Gregorio, nos dirá lo que hay. «Nosotros—dice—los transplantados de Hispano-América no tenemos otra función en este organismo de la vida parisiense que la de gastar plata... y divertirnos, si podemos. Somos los seres sin patria. Hemos salido de nuestro país demasiado jóvenes para amarlo y nos hemos criado en éste como extranjeros, sin penetrarlo. Somos la espuma de esta gran corriente que se ilumina con el brillo de la fiesta parisiense y se va desvaneciendo como los globulillos de esa espuma, sin dejar rastro de su paso. Los transplantados suceden a los transplantados, sin formar parte de la vida francesa en su labor de progreso, sin asociarse a ella más que en su disipación y en sus fiestas».

Lo que dice Blest Gana por boca de Juan Gregorio Canalejas es, seguramente, la regla general. Hay escepciones. Y entre ellas ¿no podría encontrarse el propio Blest Gana? Su alta distinción moral, su equilibrado juicio le han permitido formar en Europa una familia de transplantados, compuestas de hombres de trabajo (7) y de mujeres de hogar. Los nietos son europeos (8). El sigue siendo chileno; ama a su país y lo recuer-

(7) A D. Alberto le queda un solo hijo hombre, Willy. Su otro hijo, Albertito, murió en Santiago en 1888.

(8) «La gran preocupación de la familia es la presencia del hijo de Carmen, Manaud, en la parte más activa del ejército. Este muchacho, que jamás se había separado de sus padres, ha empezado a distinguirse de un modo que manifiesta que en él revive el espíritu guerrero de sus antepasados. En menos de dos meses, ha sido ya ascendido a sargento, por su conducta.» (Carta de D. Alberto, de 27 de Octubre de 1915, a su hermana Luz).

da en sus obras. No hay aquí las caídas cómicas de la familia Canalejas, la que, en suma, no es ridícula tanto por su apetito de adquirir buenas relaciones y de asimilarse lo europeo, sino por los medios de hacerlo—por su tontería y su vanidad.

Nada más revelador de la inconciencia con que se emiten muchos juicios, aún por plumas eminentes, que la aserción emitida hace algunos años por un escritor español—D. Miguel de Unamuno, según creo—de que *Los Trasplantados* era un plagio de *Los Desarraigados* (*Les déracinés*) de Maurice Barrès. ¡Evidentemente sólo la semejanza de los títulos pudo hacer brotar esta maravillosa afirmación! En cuanto a lo demás no hay un solo punto de contacto entre ambas obras.

Había motivo para suponer que después de *Los Transplantados* concluiría la carrera literaria de Blest Gana. Contaba ya, a la publicación de esa obra, setenta y tantos años y trascurrieron algunos más sin que se imprimiera nada suyo. Pero he aquí que, con sorpresa general, publica a los ochenta años *El loco Estero*, recuerdos de la niñez (1910) y, con sorpresa mayor aún, dos años más tarde, *Gladys Fairfield* (1912).

Lo que más sorprende en las dos postrimeras obras de su vejez es que talvez nunca el novelista ha escrito cosas más jóvenes. Hay en ellas una frescura de imaginación, una nitidez de visión, una ligereza de estilo, una gracia que las colocan entre las más livianas y agradables, si no las más profundas, que han salido de su pluma.

En 1911 había muerto su esposa, a cuya memoria dedica *Gladys Fairfield*. Esta había de ser, definitivamente, su última producción (9).

(9) «Nada podría haber escrito en los dos primeros años de mi viudez. Menos oprimido hoy mi ánimo, siento que no me faltaría inspiración para emprender algún trabajo que, sin duda, tendría por lo menos la virtud de hacer reaccionar mi espíritu contra el desaliento que lo domina. Pero para esto hay un obstáculo material que no puedo vencer y es la anquilosis del nervio principal de la mano derecha. Yo, que he dictado sin ningún esfuerzo en mi larga carrera pública, tantos y tantos volúmenes de correspondencia oficial, encuentro torpe y vulgar mi inteligencia cuando, por evitarme la fatiga de escribir, he querido dictar cosas de imaginación. Mi mano no puede seguir el vuelo y los caprichos de mi fantasía, si escribo yo, y encuentro ramplón y vulgar todo lo que dicto en esos casos. En tales condiciones, no me atrevo a emprender ningún nuevo trabajo literario.» (Carta de 30 de Abril de 1914).

IV.

CONCLUSIÓN

Tratemos de condensar los rasgos dominantes del talento de novelista de Blest Gana. Ya he dicho que carece de penetración psicológica; no ahonda en el corazón humano. «Sus personajes—como dice D. Pedro N. Cruz—interesan no tanto por sí mismos como por el papel que desempeñan en los lances y sucesos o por singularidades de carácter que entretienen.» Así, sus mejores personajes son aquellos que no exigen mayor análisis: seres mediocres o rudimentarios, que no se elevan sobre las circunstancias sino que son dominados por ellas y que carecen de vida íntima. En las obras de Blest Gana no hay estudios de caracteres.

En cambio, por su extraordinaria claridad para ver el aspecto exterior de los actos y de los hombres, es un excelente costumbrista. Las obras, a comenzar desde *La Aritmética en el amor*, son hoy día verdaderos documentos históricos sobre el modo de vivir de la sociedad chilena en la primera mitad del siglo XIX. Quien quiera estudiar ese período no podrá prescindir de Blest Gana.

Su método de composición es, casi invariablemente, el mismo en todas sus novelas: no da importancia a la unidad de acción. Lo que le preocupa es mantener el interés por medio de una intriga complicada. La acción es doble y aún triple y a veces en el curso de la narración, no se llega a discernir bien cuál es la principal y cuál la accesoria. Es un gran inventor de asuntos, como no lo ha habido igual en Chile y, posiblemente en América.

Su estilo produce, habitualmente, el efecto de una elegancia convenida y banal y se caracteriza por cierta imprecisión. «Abunda en palabras ociosas, en términos que se acercan a la idea y que necesitan agruparse para decir algo» (P. N. Cruz). Como suele ocurrir, nunca es menos feliz el autor que cuando quiere «escribir bien», esto es, brillantemente o poéticamente.

La *Reconquista* está sembrada de comparaciones ambiciosas y enfáticas que son de la última impropiedad.

Si alguna concepción de la vida y de los hombres pudiera desprenderse del conjunto de la obra de Blest Gana, ella sería más bien optimista que pesimista. Es verdad que la mayoría de sus personajes—cosa inevitable en todo escritor que se aplica a retratar las costumbres y no los caracteres—no representan sino instintos, egoísmo y pequeñez; pero el buen humor del novelista nos hace más bien considerarlos como tipos curiosos y dignos de benévola sonrisa, que como una personificación de una idea general sobre la naturaleza humana. Blest Gana carece de amargura y misantropía.

Si los defectos de Blest Gana fueran todavía más considerables de lo que son, todos ellos no impedirían que estuviéramos en presencia de un hombre que se avecina mucho al genio, por su vigorosa originalidad. Es un creador. El hizo lo que antes de él nadie había hecho: reproducir la vida nacional. La forma—el relato novelesco—estaba constituida y debió recibirla de manos de sus maestros; la materia hubo de forjarla él solo. Es el padre incontestado de la novela chilena. (10)

ELIODORO ASTORQUIZA.

(10) Fuera de las obras que se mencionan en este estudio, agregaré, para completar la bibliografía de Blest Gana, las siguientes: tres cuentos o novelas cortas, *Un drama en el campo*, *La venganza* y *Mariluán*, reunidas en un volumen, Stgo. 1862;—un libro de viajes, *De Nueva York al Niágara*, Stgo. 1868; y una comedia en tres actos, *El jefe de la familia*, publicado en *El Correo Literario*, 1858, págs. 107 y siguientes.

DOS PREEMINENCIAS QUE DEBEN TENER LOS MINISTROS DE HACIENDA

Lo que necesitamos ante todo para salir del desorden, de la anarquía financiera en que desde hace cuarenta años vivimos y que la gran guerra ha agravado considerablemente, es tener en materia de orden, equilibrio y regularidad en la gestión de las finanzas una autoridad responsable con las facultades necesarias para que sepa y pueda, con rigurosa disciplina, poner un freno a la anarquía y hacer entrar al país por el buen camino. Francia, en las grandes crisis de su historia, ha encontrado siempre, en el momento preciso, el hombre que necesitaba para levantar sus finanzas. Hace cien años, ese hombre fué un gran organizador, hoy demasiado olvidado, el barón Louis, que, Ministro por primera vez en 1814 y por segunda en 1830, decía amargamente que «siempre se le llamaba para administrar la miseria de su patria». Después de las convulsiones revolucionarias, tuvimos a Mollien y a Gaudin, primeros artífices de la reconstrucción bajo el Consulado. En el siglo XVIII, Turgot, de quien Malesherbes dijo que tenía «no el amor, sino la rabia del bien público», habría alcanzado pleno buen éxito, si hubiera dispuesto del tiempo indispensable. Ese buen éxito lo alcanzó Colbert en el siglo XVII. Y el mas grande de todos fué, quizás, Sully, cuyo carácter duro y áspero «espantaba» a los pordioseros y de quien dijo un contemporáneo «sus ojos y sus manos infunden pavor». Fué impopular porque sabía decir nó, porque jamás transigió con la dilapidación ni con el desorden y porque dejó rico un reino que había recibido pobre y endeudado.

¡Cosa extraña! Francia no tiene hoy una autoridad responsable en materia de finanzas! Debería serlo, en el Gobierno, el Ministro de Hacienda; pero ese Ministro, en la República, no es el Inspector (controleur) General de los gastos de la monarquía. No puede, como lo observaba un Ministro de la Restauración, «ese modesto continuador de los Sully y de los Colbert entrar en los detalles de la administración de sus colegas, ni apreciar la utilidad, necesidad y urgencias de sus gastos». La constitución no le da ningún privilegio sobre los otros Ministros. «No tiene sobre ellos otra influencia, dice Leon Say, que la que le dan su competencia especial y la situación política que puede tener en las Cámaras. Es generalmente poco escuchado y sus colegas nada hacen para facilitar su tarea.»

En Inglaterra el Canciller del Echequer disfruta de una primacía tradicional sobre los demás Ministros. Cuando estos piden créditos, la tesorería acepta o rechaza sus peticiones. Además la tesorería vigila los gastos de los demás Ministros, es el árbitro de sus presupuestos. Algo debe haber perdido de su influencia desde 1908 para adelante, cuando con Mr. Lloyd George a la cabeza, se convirtió en un departamento derrochador; pero, con todo, su derecho subsiste y aun hoy día opone serios obstáculos al espíritu de derroche. Las costumbres políticas han hecho siempre del Canciller del Echequer el depositario de las buenas tradiciones, la garantía del orden financiero, «el Ministro del equilibrio».

Nada semejante ocurre entre nosotros. Nuestro Ministro de Finanzas tiene a su cargo la preparación del presupuesto anual, con tal objeto sus colegas le envían, tardíamente de ordinario, sus proyectos de presupuestos. El los examina, formula observaciones discretas y oficiosas; pero no es el juez, ni el árbitro, su intervención es solo de centralización. Votado el presupuesto por el Parlamento, debe o debía vigilar su ejecución. Laudables esfuerzos se han hecho en estos últimos veinticinco años para ponerlo en situación de seguir las operaciones por medio de la vigilancia de los gastos, laudables pero ineficaces, pues no tiene la facultad de oponerse a la creación de un empleo inútil o a un compromiso irregular de gastos; no puede criticar el empleo de los fondos; carece de poder para

impedir gastos superfluos, y para prevenir los abusos más flagrantes. En cuanto a la política financiera general, por sobre su autoridad está la del Consejo de Ministros que resuelve en último término. Y en el Consejo de Ministros, el Ministro de Finanzas no es más que un voto como otro cualquiera, un consejero financiero que ordinariamente esta sólo, que sólo tiene que luchar contra la corriente derrochadora, que no dispone de más voto que el suyo propio, voto que en las más de las veces es ahogado por el de sus colegas. ¿Puede estar garantido el interés superior de las finanzas en un consejo en que la autoridad está dividida, es decir debilitada, y la responsabilidad repartida, es decir aniquilada?

Sustituyamos, pues, la práctica inglesa a la nuestra, confie-mos al Ministro de Finanzas, bajo la vigilancia del Parlamento, la autoridad y la responsabilidad financieras, dándole, como en Inglaterra, prerrogativas más extensas, dotándolo de un derecho de voto sobre sus colegas y un voto preponderante en el Consejo de Ministros. Tiene que restaurar nuestras finanzas, démosle los medios para que pueda hacerlo. El problema financiero prima hoy día sobre todos los otros; que de igual manera el Ministro de Finanzas predomine sobre todos sus colegas desde el punto de vista económico; que dirija efectivamente las finanzas del Estado, las entradas como los gastos, que sea en realidad en nuestra república «un superintendente de las finanzas.»

Los otros Ministros corren de continuo el peligro de comprometerse a la ligera: ¡es tan fácil prometer cuando no se tiene que pagar! En su interés, como en el interés del erario es preciso que exista tras de ellos una autoridad que tenga la última palabra y pueda en momento oportuno reparar sus errores y sus imprudencias. Para todo esto no es necesario recurrir a una reforma constitucional; la reforma puede hacerse en la práctica antes de inscribirla en las leyes. Basta con proponerla y aceptarla de común acuerdo, como una restricción de guerra. Solo es necesario que los Ministros se decidan a abandonar por un momento su libertad de gastar en mano del Ministro de Finanzas que, con la responsabilidad efectiva del orden, de la economía,

del equilibrio, tendrá la autoridad efectiva, necesidad temporal, esperémoslo así, pero necesidad imperiosa.

Si es indispensable, desde el punto de vista financiero, que el Ministro de Hacienda disfrute de un cierto derecho de preeminencia en el gobierno, no lo es menos, que, desde ese mismo punto de vista, ejerza cierta autoridad en el Parlamento. I no es eso lo que hoy ocurre. La debilidad del Ejecutivo, en sus relaciones con el Legislativo, es uno de los grandes males de nuestra vida política. En Inglaterra ocasiona quejas el hecho de que el Gobierno vigile, controle como dicen los anglosajones, al Parlamento, de que es una simple emanación y con el que hace todo lo que quiere mientras en él conserva la mayoría. Es ese el resultado de un régimen disciplinado de partidos. En Francia, por el contrario, es el Parlamento el que manda y tiende a absorber al Gobierno: consecuencia del régimen de mayorías artificiales y sobre todo de las costumbres políticas de nuestra República. El régimen parlamentario ha sido entre nosotros reemplazado por el gobierno del Parlamento, lo que es precisamente todo lo contrario. Franca o encubiertamente, paraliza la acción de los Ministros esforzándose por reemplazarla por la suya propia. Es un círculo vicioso: a medida que la Cámara invade más y más las atribuciones del Gobierno, éste tiene menos autoridad en la Cámara, lo que provoca nuevas y mayores usurpaciones.

Estas costumbres deplorables son las causantes principales del desorden que reina en nuestras finanzas. Las asambleas parlamentarias no son cuerpos aptos para el gobierno de ellas, su función es la de fiscalizar y sancionar al Gobierno. Las Cámaras, con todo, como lo hemos visto en las últimas legislaturas, quieren gobernar las finanzas, como todo lo demás. Por medio de la Comisión de Presupuestos, «ese Ministerio oculto», se apoderan de todo el trabajo de preparación de los presupuestos, por medio de la Comisión Fiscal (de Hacienda) rehacen, cuando no destruyen, los proyectos y programas tributarios. Y aún cuando no les interesa gran cosa el cumplimiento de las leyes y reglamentos que rigen la ejecución del presupuesto, se valen de ellos para inmiscuirse en los detalles de la administración. Y por sobre todo esto, se han acostumbrado, por notorio abuso de po-

der, a votar todos los gastos nuevos o aumentos de gastos que se les antojan, de propia autoridad, sin cuidarse de las consecuencias financieras de sus decisiones i sin consideración al equilibrio entre el debe y el haber. De todas las medidas necesarias para ordenar nuestras finanzas, la más urgente es la de reprimir la iniciativa parlamentaria en materia de gastos.

Que todo diputado tenga el derecho de proponer gastos nuevos o el aumento de los existentes, sin límite ni condición, en la Comisión de Presupuestos o en las Cámaras, en las leyes de finanzas o en otra cualquiera ley, es lo que, según los teóricos parlamentarios, resulta de la Constitución de 1875, que reconoce a los elegidos de la nación el derecho de proponer leyes y modificaciones a los proyectos de ley de origen gubernativo. Raramente aplicado, y, por otra parte, muy discutido, en tiempo de la Restauración, ese derecho ha producido bajo la tercera República, como lo había ya ocasionado en 1848, abusos constantes y manifiestos. Así, por ejemplo, en 1887 (presupuesto para 1888) los gastos nuevos o aumentos de gastos propuestos por los diputados llegaron a 276 millones. El escándalo fué tal que en 1900, la Cámara, presionada por la opinión, se resolvió a limitar ella misma la libertad derrochadora de sus miembros. Por medio de una reforma de su reglamento interior, resolvió que en la discusión del presupuesto no podría proponerse aumento de gastos sino en las tres sesiones siguientes a aquella en que se hubiera dado cuenta del informe de la Comisión de Presupuestos. Se quería por este medio impedir los aumentos de gastos votados por sorpresa en el curso de una sesión. Se acordó además que las proposiciones de aumento de sueldos no serían aceptadas en forma de modificaciones o artículos adicionales. Bien frágil era la barrera, tanto más insuficiente cuanto que ninguna limitación se imponía a las facultades de la Comisión de Presupuestos, ni a la de los diputados fuera de la ley anual de presupuestos. En el hecho, los aumentos de gastos provenientes de iniciativa parlamentaria continuaron como antes: en 1912 ascendieron a 138 millones y a 116 en 1913. Y, todavía, esas cifras sólo expresan una parte de la verdad, porque los créditos votados estaban destinados a aumen-

tarse año a año. Nada diremos de los abusos que el derecho de iniciativa produjo durante la guerra, ni después...

Preciso es decirlo, no hay nada que esperar y todo es de temer si en cada presupuesto el equilibrio que el Ministro de Hacienda debe esforzarse, cueste lo que cueste, por establecer entre las entradas y los gastos, es inevitablemente destruído por los votos irreflexivos de una asamblea derrochadora e irresponsable. La representación nacional tiene la misión de conceder créditos, de autorizar entradas, no la de incitar al despilfarro. Es necesario un freno, es necesario que la Cámara no tenga el derecho de proponer gastos, que se contente solo con el de otorgar o rehusar los créditos que el Gobierno le pida. Solo este debe tener la iniciativa, porque solo él conoce las verdaderas necesidades, porque solo él debe saber y prever, porque solo él es responsable del equilibrio. Esa es la tradición en Inglaterra, donde, según sir Erskine May «los Comunes no votan más fondos que los que la Cámara les pide.» Si hay excepciones a este principio, ellas son tan restringidas y de aplicación tan escasa que no alcanzan a destruir el principio en virtud del cual la iniciativa de los gastos reside exclusivamente en el Gobierno. Necesitamos adoptar ese principio. Es inexacto que la constitución sea obstáculo para ello. Según la opinión de sabios autores, el presupuesto es un acto administrativo, no uno legislativo. Se puede, de consiguiente, sin violar la Constitución, limitar la iniciativa parlamentaria en materia de presupuesto, siempre que no se limite en materia legislativa. La nueva Cámara, por otra parte, conciente de sus deberes, puede prohibirse ella misma el ejercicio de un poder cuyo abuso pone nuestras finanzas en inminente riesgo. En todo caso, de esta o de otra manera, la reforma se impone. La exigen el interés supremo del equilibrio, la necesidad de detener la carrera que nos conduce al abismo. «La verdad, escribió hace años un distinguido parlamentario, las asambleas están condenadas a que se ponga un dique a su omnipotencia. Una asamblea no es el Estado, como no lo es un rey...

UN HERMANO DE SANTA TERESA DE JESÚS EN CHILE

En los contrafuertes occidentales de la Sierra de Guadarrama, sobre el Adaja, afluente generoso del Duero, se levanta el pueblacho secular de Avila de los Caballeros.

Allí, hacia 1509, reconstituía su hogar, deshecho por la muerte de su esposa doña Carolina Peso y Enao, el hidalgo don Alfonso Sánchez de Cepeda, «noble, de loables costumbres, útil a la causa pública, con mérito propio y heredado»... Llamábase su nueva consorte doña Beatriz Dávila de Ahumada, procedente de notorios fijosdalgo de sangre, limpios por los cuatro abuelos. De esta unión vinieron al mundo, entre 1510 y 1530, nueve hijos: don Hernando, don Rodrigo, Teresa la Santa (1515), don Lorenzo, don Antonio, don Pedro, don Jerónimo, don Agustín y doña Juana.



Eran los más gloriosos días en que España, bajo don Carlos I, por la gracia de Dios Emperador y Rey, lanzaba sus naos, tripuladas por la flor de los varones, a la conquista de un Mundo Nuevo; y en que no bien develados los imperios aborígenes, se despedazaban en la emulación de la gloria y la fortuna los audaces castellanos que acompañaron al Marqués Pizarro y al anciano descubridor de Chile, en sus audaces incursiones entre el Cuzco y Cajamarca.

Las noticias de las crueles desventuras de una guerra sin cuartel entre los propios conquistadores de los Incas, indujeron al Rey a enviar al Perú un representante, tan de su confianza y de su amaño, y con tales facultades y prerrogativas, que

dudó no poco antes de decidirse a la elección entre don Juan de Leyva, el Mariscal de Navarra y don Blasco Núñez Vela, hermano éste de don Cristóbal, Arzobispo de Burgos y de don Hernando, Gentil-hombre de Cámara de su Cesárea Católica Real Magestad. Por fin, tras empeños, consultas y vacilaciones del Monarca, don Blasco fué instituido, por real cédula de Abril de 1543, expedida en el histórico Castillo del Pardo, Virrey, Lugarteniente del Rey, y Capitán General de los Reinos del Perú, Tierra Firme y Chile.

Antes de partir hacia el país del oro, alejóse don Blasco de la Corte para ir a despedirse de su familia en Avila de los Caballeros, pueblo de su solar y hacienda. Allí, unidos a los suyos por vínculos de vieja amistad y devoción, vivían los Cepeda y Ahumada, jóvenes aún, alguno todavía niño, que crecieran oyendo las relaciones heroicas de la guerra de siete siglos contra el Islám.

Los mayores se habían alejado ya, rumbo a América, en busca de aventuras. Don Hernando de Cepeda, el primogénito, arribara al Perú con el conquistador Pizarro y concurriera en Cajamarca a la captura de Atahualpa. Don Jerónimo y don Lorenzo siguiéronle más tarde y después de naufragar en Buenaventura, costa de la Nueva Granada, sobre la Mar del Sur, emprendieron a pié el viaje a través de aquellas desconocidas y dilatadas regiones, bajo el sol del trópico, hasta el campamento del Marqués Pizarro.

Así, cuando en Noviembre de 1543 se embarcó don Blasco Núñez hacia el Nuevo Mundo, no es de extrañar que llevara entre su servidumbre, compuesta de fijosdalgo de su tierra y de su sangre, a los cuatro restantes varones de la familia Cepeda y Ahumada. El 2 de Julio siguiente arribó al Perú, en donde Gonzalo Pizarro había de disputarle a mano armada la posesión del mando.

Era don Blasco, dice un cronista, irascible y en extremo arbitrario, nada cauteloso, imprudente, precipitado en sus pasos, ligero y mordaz en el hablar... En suma, el hombre menos adecuado para la pacificación de las viejas discordias entre los conquistadores de los incas.

Gonzalo Pizarro libró a la suerte de las armas sus derechos de conquista, y el Lunes 18 de Enero de 1546 presentó batalla a don Blasco al pié del Pichincha, en la llanura de Iñaquito. Núñez Vela fué vencido; y entre muchos amigos que dejó en el campo quedaba su paisano el joven don Antonio de Cepeda y Ahumada; don Hernando, Alférez Real, fué herido en el vientre de una lanzada, y huyó... Este y sus hermanos don Lorenzo y don Jerónimo, acompañaron a Benalcazar al gobierno de Popayán, de donde fué despachado don Hernando, años adelante, a la conquista de Antioquía. Pero sucedió que en la misma época, la Audiencia de Santa Fé de Bogotá encomendaba igual empresa al Capitán don Francisco Núñez de Pedroso.

«Estos dos Capitanes que decimos,
Aunque entraron por vías diferentes
(Sin saber uno de otro), se juntaron
Y tuvieron pesadas diferencias,
En las cuales Pedroso, descompuesto,
Al Reino se volvió do residía,
Quedando Cepeda más pujante,
El cual con aquel bárbaro gentío
Tuvo batallas y recuentos varios
Que contrastaban siempre sus intentos,
Y así potencia bárbara le hizo
Dejar de proseguir esta demanda,
Con pérdida de muchos españoles» (1).

El hermano predilecto de Santa Teresa, don Lorenzo, al que ella recuerda con singular cariño en sus «Fundaciones», por el generoso apoyo que siempre prestara a las empresas religiosas en que vivió empeñada, formó hogar en Lima el 18 de Mayo de 1556 en compañía de doña Juana Fuentes y Espinosa, en la que hubo numerosa descendencia que ha perpetuado en América y Europa el lustre del linaje.

(1) Don Juan de Castellanos; *Elegías*.

En pos de sus andanzas por el Perú y Nueva Granada, don Rodrigo concurrió a la fundación de Buenos Aires, y murió ahogado en el Río de la Plata.

Don Pedro, después de haber ensayado infructuosamente las empresas de colonización y conquista de Puerto Rico y la Florida, fué a radicar a Pasto, ciudad que había de ser, andando el tiempo, el centro de la mas obstinada resistencia realista durante la revolución emancipadora. Más tarde, don Pedro volvió a España, donde «se lo llevó Dios al cielo, en Avila, su patria».

Nació don Agustín de Ahumada en Avila de los Caballeros, hácia 1527. Era, pues, doce años menor que su hermana Teresa la Santa. A los dieciseis años de edad enrolóse en el séquito de Blasco Núñez, en compañía de don Francisco Vela, hermano del Virrey y padrino de pila de Teresa.

Cuando don Andrés Hurtado de Mendoza confió a su primer hijo don García el gobierno de Chile, vinieron con el nuevo Gobernador, entre muchos fijosdalgo, don Alonso de Ercilla y don Agustín de Ahumada.

«Envueltos de encajes en blanca espuma
Están los dos Guzmanes y Ahumada,
Y don Alonso haciendo por la espada
Aún más de lo que dijo con la pluma.» (2)

Contóse don Agustín entre los castellanos que más se distinguieran en las guerras de Arauco. En 1560 alcanzó el puesto de regidor del Cabildo de Cañete, y Alcalde Ordinario de la misma villa por los años de 1563 o 1565. Este interregno de relativa tranquilidad duró poco. Organizada la expedición de descubrimiento a Chiloé, tomó en ella parte; y de regreso fué destinado al fuerte de Arauco en calidad de Capitán, puesto de peligros y zozobras continuos en que permaneció hasta el año 1568.

(2) Pedro de Oña.—Arauco Domado.

Don Agustín vino a Chile, como antes al Perú, «en traje y estofa de caballero, bien aderezado de armas y caballos» y con seis mil pesos de oro en la gabeta. Durante dos lustros peleó en las interminables guerras estivales de la Frontera, reclusándose durante lo crudo del invierno en Cañete o Concepción.

En la última ciudad nombrada dejó una hija, la única cuya que recuerdan las crónicas, doña Jerónima de Ahumada, probablemente mestiza. Casó ésta con don Juan de Córdova, cuya descendencia se perpetúa hasta el presente.

Don Agustín volvió al Perú, en donde tomó parte en revoluciones, guerras y otras aventuras. Allí peleó contra Tito Cusi en la batalla de Vilcabamba e hizo prisionero al General Curi-paucar.

En la visita que efectuó al Plata el Virrey del Perú por aquellos años, le acompañó don Agustín. De regreso fué nombrado Visitador de las encomiendas de Charcas y de Lima, y promovido poco después al cargo de gobernador de Quijos y Mainas, en las provincias septentrionales del Virreynato. Tres años desempeñó su gobierno, hasta que, en 1583, el Licenciado don Pedro Venegas lo exoneró del puesto «a petición de los vecinos, por cosas graves que había hecho contra su oficio»... Don Agustín no se conformó con la providencia del Licenciado y pretendió trasladarse a Lima a reclamar ante el Virrey. Pero don Pedro lo encarceló y sólo después de medio año de encierro logró fugarse.

Durante su estada en el gobierno de Quijos escribió al Virrey Enríquez, anunciándole que proyectaba una expedición a «cierta Provincia, la más rica de gente y oro que se ha visto, que, según lo que de ella cuentan y señas que dan, se cree sin duda de ser *El Dorado*, en demanda de quien tanto y tantas veces se han perdido mil capitanes y gentes.»

Fué don Agustín el más inquieto, altivo, gallardo y aventurero de los hermanos de la Santa de Avila, y por eso talvez, vino a Chile.

Un biógrafo de Santa Teresa, dice: «Volví sus cansados ojos la anciana y venerable Madre hacia esas Indias que medio siglo habían ocupado su pensamiento, y allí encontraba aún al menor de sus hermanos, Agustín, el más belicoso y ambi-

cioso, metido en las cosas del mundo con peligro de su salud eterna»...

Murió en Lima, hacia la segunda mitad de 1591, «muy quitado de ruidos, por haberlos dejado muchos años antes».

Tenía 64 años de edad y 48 de estada en América.

Yace en la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de los Reyes, no lejos del Conquistador Pizarro.

ERNESTO DE LA CRUZ.

DON FEDERICO HANSSEN

Para muy pocos españoles será conocido el nombre de este profesor ilustre de lengua española, fallecido en Santiago de Chile en el mes de Agosto último. Hanssen llegó a Chile en 1890, poco después que el eminente filólogo Rodolfo Lenz, llamados ámbos por el Gobierno para introducir nuevos métodos en la enseñanza de la lengua nacional. Téngase en cuenta que Chile fué la patria adoptiva de Andrés Bello, aquel hombre admirable, de interés múltiple, a quién debemos la única Gramática castellana de carácter general y psicológico que puede ponerse en manos de un estudiante.

Hanssen y Lenz—este último, por fortuna, en plena actividad científica—han tratado de introducir en Chile los métodos de la lingüística moderna, hasta donde yo sé, con resultados no muy considerables, pues no vemos aparecer trabajos originales que revelen la existencia allá de una escuela rigurosamente formada. Las Repúblicas hispanoamericanas se parecen a nosotros hasta en eso de ser incapaces de continuar una tradición de esfuerzo y de doctrina. En Méjico, el excelente García Icazbalceta—lexicógrafo exacto, historiador, bibliógrafo—ha dado paso a una serie de escritores vulgares en cada una de esas ramas de la cultura. En Colombia, la personalidad extraordinaria de Rufino José Cuervo, el más grande hispanista del siglo XIX, no ha dejado sucesores que estén aptos siquiera para imprimir la masa enorme de materiales que aquél legó a su país. ¿Tendrán más fortuna en Chile y podrán reanudar la tradición de Bello, reforzada por la sólida colaboración de Lenz y Hanssen?

Federico Hanssen representa una valiosa contribución a la ciencia gramatical de nuestra lengua. Pertrechado de los me-

jores métodos de la investigación filológica, que adquirió en Alemania en la época del esplendor de estos estudios, nuestro amigo se consagró a analizar con precisión varios aspectos de la historia del español. Desde poco después de 1890, no obstante carecer de muchos elementos de trabajo y de encontrarse, por decir así, *in partibus infidelium*, Hanssen no ha cesado de lanzar monografía tras monografía, llenas de observación minuciosa, de interpretaciones originales y valiosas. Aprendan en él estos sujetos quejumbrosos, tan propicios a achacar al aislamiento de la provincia o a la carencia de «material científico» su pertinaz improductividad.

La sintaxis y la versificación antigua fueron los campos que Hanssen cultivó con más brillantez; lo cual no quita que haya realizado muchas otras investigaciones de carácter filológico, ninguna de ellas insignificante. Como estas publicaciones han aparecido en revistas chilenas, creo útil dar aquí una lista de ellas; en realidad, casi nadie conoce su existencia entre nosotros. Designaré por A. U. los *Anales de la Universidad de Chile*, y por V. D. W. V, las *Verhandlungen des deutschen Wissenschaftlichen Vereins in Santiago*. Es posible que haya escapado a mi conocimiento algún artículo; en todo caso no creo omitir nada importante.

Sobre un trozo de música griega; 1893, 10 páginas, (A. U.)

Sobre la interpretación de un pasaje de la Iliada (de Iovis consilio), 1893, 62 páginas (A. U.). Según Hanssen, el quinto verso de la *Iliada*: «y se cumplió la voluntad de Jove», alude a la fábula según la cual Júpiter movió la guerra de Troya para disminuir el número de los hombres.

Sobre el ruego de Tétis (de *Theitidis precibus*), 1893, 16 páginas (A. U.). Es un complemento del trabajo anterior.

Sobre la formación del imperfecto de la segunda y tercera conjugación castellana en las poesías de Gonzalo de Berceo, 1894, 42 páginas (A. U.).

Sobre la pronunciación del diptongo ie en la época de Gonzalo de Berceo, 1895, 7 páginas (A. U.). Se deduce de las rimas que la pronunciación castellana era *ié*, no *ie*.

Sobre la conjugación de Gonzalo de Berceo, 1895, 50 páginas

(A. U.). Estudio muy importante para la morfología verbal de la época.

Sobre la conjugación del Libre de Apolonio, 1896, 31 páginas (A. U.). Contribución valiosa para el conocimiento de la antigua conjugación aragonesa.

Estudios sobre la conjugación aragonesa, 1896, 21 páginas (A. U.).

Estudios sobre la conjugación leonesa, 1896, 57 páginas (A. U.).

Aunque hecho sólo sobre fuentes impresas, las únicas accesibles al autor, este trabajo es muy valioso y rico en datos.

Das Possessivpronomen in den detspanischen Dialekten, 1897, 24 páginas (V. D. W. V.). Uno de los mejores ensayos que se han hecho para clasificar morfológicamente los antiguos dialectos.

Un himno de Juan Ruiz, 1899, 11 páginas. (A. U.). Análisis métrico del himno del Arcipreste de Hita: «Aver María gloriosa—virgen santa preciosa,—como eres piadosa—todavía».

Sobres las coplas 1656-1661 del Arcipreste de Hita, 1900, 12 páginas (A. U.). Análisis métrico de los versos: “En tí es mi esperanza,—virgen santa María”, parecidos ya al arte mayor.

Zur spanischen und portugiesischen Metrick, 1900, 64 páginas (V. D. W. V.). Trata de la “sílabas perdida” en los versos de arte mayor; da una bibliografía de los textos que han de estudiarse relativos al arte mayor; el dodecasílabo portugués; correspondencia con el arte mayor a la lírica portuguesa; “sílabas perdida” en versos portugueses antiguos; datos sacados del *Cancionero*, de Barbieri; los alejandrinos del Arcipreste de Hita; el cómputo de sílabas; el metro de las «muñeiras».

Elementos de fonología castellana, 1900, 21 páginas (A. U.). Antes de la publicación de fonéticas históricas del castellano, este breve estudio servía de útil introducción a la Gramática histórica de nuestro idioma.

Los metros de los cantares de Juan Ruiz, 1902, 62 páginas. (A. U.). Con motivo de la edición del Arcipreste por Ducamin, el señor Hanssen agrupó y amplió sus observaciones sobre la

versificación de Juan Ruiz. Este tratado será siempre la base para cuanto se haga sobre esta materia.

Sobre el metro del poema de Fernán González, 1904, 29 páginas (A. U.).

De los adverbios «mucho, muy y much», 1905, 37 páginas. Estudio muy importante sobre la sintaxis de estos pronombres durante la Edad Media.

El arte mayor de Juan de Mena, 1906, 24 páginas. (A. U.).

Dos problemas de sintaxis, 1907, 39 páginas. (A. U.). Trata de la colocación del verbo auxiliar en antiguo castellano, llegando a conclusiones de interés para la cronología gramatical. Además hay aquí un suplemento sobre «mucho, muy y much».

Notas a la vida de Santo Domingo de Silos, escrita por Berceo, 1907, 51 páginas. (A. U.). Estudiando la edición de esta obra, hecha por Fitz-Gerald, Hanssen llegó a resultados distintos de los del editor por razones profundas. Una edición de la *Vida de Santo Domingo* deberá hacerse sobre la base de lo que dice Hanssen.

Sobre un compendio de Gramática castellana anteclásica, 1908 (A. U.). Excelente crítica de la *Gramática* de Zainer.

La seguidilla, 1909, 104 páginas (A. U.). Estudio muy sugestivo, rigurosamente planeado, sobre este metro popular a través de la Historia.

Epicilegio gramatical, 1911, 23 páginas. (A. U.). Formas irregulares de pronombres y adverbios. *Geles* por *gels* (selo); comp. el uso vulgar de América: «se los prevengo». *Sos*, vulgar por *os* («no sos pongáis») se ha originado por influencia del pronombre reflejo «se». *Ive*, por *y* «allí» en aragonés antiguo. *Híde*, en aragonés antiguo, formada de *y* «allí» con influjo de *ende*. Da etimología acerca de *sandio arropea*, *entregar* (muy buena esta última), *tanda*. Acaba el estudio con una disquisición sobre *xe* y *se* en portugués antiguo, y otra sobre la preposición *ptr* en leonés antiguo.

Notas al poema del Cid, 1911, 55 páginas (A. U.). Es este el estudio más importante que suscitó la publicación del *Cantar de mio Cid*, por R. Menéndez Pidal. Toma Hanssen como base la reseña de esta obra que publicó en la *Revue de Dialectologie Romane*, de 1909; hay una amplia discusión de la métrica y

observaciones de detalle. Luego un análisis de la teoría de Menéndez Pelayo sobre el metro del poema del Cid, y, en fin, hay aquí un buen estudio de la preposición en el poema, haciendo cosa parecida con el antiguo portugués.

La pasiva Castellana, 1912, 28 páginas. (A. U.). Es el estudio más preciso y más comprensivo que se ha hecho de este asunto. Este trabajo apareció en alemán en las *Romainsche Forschungen*, XXXIX.

Como resultado de estos largos años de laboriosidad filológica, aparece en 1913 la *Gramática histórica de la Lengua castellana*, Halle, M. Niemeyer, 4.º, 367 páginas. Una primera redacción había aparecido en alemán en 1910, pero la edición española le es muy superior en método y claridad. Las características de esta obra de conjunto son rica información y análisis minucioso de los fenómenos de sintaxis.

Mirada en conjunto, la aportación de este hombre, ilustre en la disciplina filológica, nos aparece como el fruto de aplicar metódica y sagazmente los métodos que rigen la lingüística durante la última parte del siglo XIX. No le interesó a Hanssen penetrar en los amplios campos que abre a la Ciencia la observación conjunta del lenguaje y del mundo interior que lo condiciona; ni tampoco estudiar el lenguaje como expresión literaria o en conexión con otras zonas de la cultura humana. Quizá el descuido de esos aspectos hace que a veces echemos de menos una superior unidad que ligue sus observaciones, admirables de técnica y de precisión.

Pero al decir esto quiero señalar, más bien que un defecto, una modalidad de la obra de Hanssen. Su pérdida puede calificarse de muy lamentable, sin riesgo de incurrir en un lugar común. Tenía sesenta y dos años, se hallaba en plena actividad docente y científica (dirigía el Instituto Pedagógico), y, sin duda, habríamos aún logrado de él más de un estudio fundamental. Ojalá el ejemplo de su actividad sobria y vigorosa sirva para que en Chile se perpetúe una escuela que se ilustra con tan altos precedentes. Y entre nosotros, que su honrado ejemplo sea un aviso para tanto filólogo chirle, nutridos o de bellaquería o de frivolidad.

AMÉRICO CASTRO.

Sin tiempo para haberlas agregado al texto, al corregir las pruebas, añadimos a las obras citadas de F. Hanssen las siguientes:

- Zur lateinischen und romanischen Metrik*.—1901.—80 páginas (V. D. W. V.). Estudio de suma importancia sobre las relaciones entre la poesía latina medioeval y la primitiva poesía románica.
- Metirische Studien zu Alfonso und Berceo*, 1903, 36 págs.
- Notas a la versificación de D. Juan Manuel*.—1902, 27 páginas (A. U.).
- Über die alt spanischen Praeterita vom Typus ove, pude*.—1908, 68 páginas (V. D. W. V.).
- Sobre la conjugación de Gonzalo de Berceo*.—1895, 50 páginas (A. U.).
- Estudios ortográficos sobre la «Astronomía» del Rey D. Alfonso X*.—1895, 35 páginas (A. U.).
- Notas a la prosodia Castellana*.—1900, 23 páginas (A. U.).
- Cuestiones de Gramática: Observaciones sobre la preposición «para». Sobre algunas formas de los pronombres posesivos castellanos*.—1911, 6 páginas. (*Bulletin Hispanique*).
- Los alejandrinos de Alfonso X*.—1913, 63 páginas (A. U.).
- Los coplas 1788-1792 del Libro de Alexandre*.—1915, 9 páginas (*Revista de Filología Española*). Sobre el tema del romance «Por el mes era de Mayo»,
- La elision y la sinalefa en el «Libro de Alexandre»*—1916, 11 páginas. (*Revista de Filosofía Española*).
- Los endecasílabos de Alfonso X*.—1913. (*Bulletin Hispanique*).
- Die Jambischenmetra Alfonso des X*.—1914. (*Modern Language Notes*).
- Materiales sintácticos*.—1915, 24 páginas.

A. C.

POEMA DE LA NOCHE

Hasta el manso retiro de mi vida
llega una voz dolida
que viene de no sé qué vida extraña;
una voz como de mujer
que viene por el río y la montaña
y hiere la conciencia de mi sér.

En la noche serena
con el relente de la noche viene
rendida de fatiga.

Y es como una gran pena
que se prende a mi espíritu y que tiene
en su pesar, modulación amiga.

Dormido, aun la siento!
Voz como de esperanza
y de remordimiento
que toma forma y danza
en el viento...

JORGE GONZÁLEZ B.

LOS ESCRITORES Y LA POLÍTICA

Nuevamente estos días se ha resucitado un viejo tema: ¿deben mezclarse en política los intelectuales? No sabemos a punto fijo cuáles son las fronteras de un intelectual, es decir, quiénes merecen este sonoro título y quiénes son indignos de él. Si por intelectual ha de entenderse el que preponderantemente trabaja con la inteligencia, ¿serán intelectuales un músico, un astrónomo, un teólogo, un estratega, un economista, un secretario de sindicato? Puestos a ser precisos y a dar al concepto de intelectual la extensión justa, tal vez hallásemos intelectuales incluso en el banco azul y en los consejos de las grandes sociedades plutocráticas. Pero no es ese amplio sentido el corriente. La palabra intelectual tiene frecuente uso entre escritores, los cuales propenden a asignársela a sí mismos con exclusión implícita de los que no escriben profesionalmente. El intelectual por antonomasia es, pues, en España el escritor, y así el tema planteado viene a ser éste: ¿deben mezclarse en política los escritores?

Todavía es demasiado genérica la pregunta. Todo hombre, escritor o no, debe intervenir en política, esto es, en el gobierno y perfeccionamiento de la vida colectiva, porque quien no combata los males de la sociedad está expuesto a que a él también le alcancen, y quien solo aspire a gozar de los bienes de la existencia en común, sin prestar ningún esfuerzo a la eliminación de sus injusticias, es un espíritu parasitario y mezquino, digno de emular a Robinsón en una isla desierta.

Acorralemos un poco más la cuestión. No basta intervenir en política de una manera individual e insolidaria con el resto de los ciudadanos. Esa forma de acciones casi siempre es estéril. No siempre. Llegan momentos en la historia en que

un hombre solo puede tener razón contra todos los demás; su deber, en tal trance, es sostenerla, aunque haya de separarse de los otros si estaba asociado. Pero normalmente, la acción de un individuo desligado del resto ha de ser, si no baldía del todo, poco fecunda. Su palabra es efímera como la de un pasajero, como la de un extraño; su acto no suscitará secuencia, como el de transeunte. Los hombres están sujetos a una ley de correspondencia. Si un hombre permanece señero y ausente cuando se solicita su compañía para una empresa impersonal y desinteresada, es lo más probable que cuando él solicite la ajena se le acoja con desvío o indiferencia. Por lo tanto: todo escritor que sienta el deber o la ambición de la eficacia política se equivocará encerrándose en el aislamiento de su individualidad.

Los escritores españoles se han dividido en dos categorías en relación con los partidos políticos. Unos—singularmente los del siglo XIX—han buscado en los partidos políticos holgadas sinecuras que les compensasen de la aridez económica de las letras. Eran el ornamento y muchas veces el instrumento literario de los hombres de gobierno, que al lograr el poder, premiaban a los escritores, por sus servicios de amistad y en ocasiones de bufonería, con pingües y cómodos empleos. Este tipo de escritor, parásito de la política, va desapareciendo gradualmente: los Echegaray, los Núñez de Arce, los Cavestany, los Grilo, octopos de la canongía burocrática, dejan ya escasos sucesores.

El nuevo tipo de escritor—la segunda categoría—desdeña, en general, las agrupaciones políticas. Teme por su personalidad, cree que se la van a oprimir o avillanar los partidos, con sus exigencias materiales y el mediocre nivel medio espiritual. Pero un partido político no se diferencia sustancialmente de ninguna otra agrupación humana, familia, comunidad de amigos, empresa intelectual o económica: el individuo está obligado a una doble lucha, quiera o no, consciente o inconscientemente, a defender su personalidad de la tendencia absorbente e igualitaria del conjunto y a procurar imponer al conjunto su propia personalidad. El destino de un hombre en un partido, como en un hogar, como en una relación amistosa,

como en un negocio, dependerá de su temperamento, no del partido a que se incorpore.

Pero es evidente que los escritores van venciendo—hasta en España—la pueril desconfianza hacia los partidos políticos. De día en día sienten con más imperio el deber moral y la ambición personal de engranarse en una acción política de grupo que no tenga por fin—por lo menos, por fin exclusivo—una sinecura. Los tiempos son de convulsión creadora, y los escritores, espíritus de arte, intuición e ideación, después de todo, se sienten llamados a prestar su esfuerzo a la nueva fábrica del mundo. La arquitectura social que empieza a nacer sobre los escombros de la vieja fábrica, es un poderoso excitante para todo temperamento creador.

Queda contestada la pregunta de si los escritores deben participar en política: deben participar y deben hacerlo en una acción colectiva, de partido, liga, asociación o lo que fuere, no individualmente, que es poco menos que ineficaz. Pero aquí nos sale al paso otro interrogante: ¿hasta dónde deben intervenir en política los escritores? ¿Son aptos para los cargos de representación popular? ¿Deben buscar la acción parlamentaria? Sería ilícito dar una respuesta categórica, absoluta. Seguramente hay escritores que harían excelentes parlamentarios. Pero atendiendo a la mayoría, es notoria su escasa aptitud para la acción en el Parlamento. En España, estos últimos años, han ido al Parlamento algunos escritores. Diputado fué Galdós y diputados han sido Benavente y Manuel Bueno y diputados son Azorín y Alomar. ¿Qué les debe el parlamentarismo? ¿Qué prestigio deben ellos al parlamento? Ninguno. Recientemente nos decía Alomar: «En el Congreso se habla de todo y en todos los tonos y formas; es un error suponer que allí se puede decir nada nuevo». Consecuencia tácita: lo único nuevo puede ser el estilo oratorio, y esto los escritores no suelen tenerlo, lo cual quiere decir que los escritores sobran en el Parlamento.

Imaginémonos en las Cortes a Unamuno, a Ortega y Gasset, a Baroja, a Valle-Inclán, a Ramón Pérez de Ayala, a Maeztu. Unamuno y Ortega pronunciarían alguna vez un discurso denso, lleno de preocupaciones ideales, emotivas y estilísticas;

probablemente caería en el vacío, porque el Parlamento español desdeña a quien no sea agresivo, a quien no pueda herir, y a quien no sea representativo, a quien no hable en nombre de alguna fuerza social. Baroja y Ayala serían probablemente parlamentarios mudos. Valle-Inclán y Maeztu desplegarían en alguna ocasión extraordinaria elocuencia, pero sus palabras y sus gestos sonarían a cosa fuera del espacio y del tiempo parlamentarios. Hombres capaces de concebir cualquier orden y de vivir cualquier época, no son aptos para moverse dentro del «orden del día».

En el consorcio de los escritores con el parlamentarismo suele darse una doble ilusión. La primera proviene de los escritores mismos, a quienes fascina el halo del parlamento con su resonancia local y su repercusión en todo el país. El escritor es lento en la elaboración de su discurso, amigo de la corrección y la sobriedad, hipercrítico y antihistriónico, mas versado en las ideas generales que en los hechos concretos; esto es, todo lo opuesto del buen parlamentario, que ha de ser rápido, improvisador, desdeñoso de la exactitud, ampuloso para poder pensar mientras habla, efectista, más nutrido de hechos que de ideas. El parlamentarismo es una técnica difícil, como lo es la de escribir, y del mismo modo que suele parecernos risible, en general, lo que escribe un gran orador, nos suena a ineficaz y extemporánea la oratoria de un escritor. Son dos formas de actividad mental penosamente conciliables.

La otra ilusión procede del público. Es muy frecuente que se confunda el talento de escritor con el talento de político práctico. Si un hombre escribe bien, se supone que ha de ser un buen estadista. Grave error. El escritor de raza se preocupa más de explicar realidades y concebir ideas que de mover una pesada realidad, función del político positivo. La misión del escritor es averiguar cómo es la sociedad y cómo debe ser; llevarla de un punto a otro, del cómo es al cómo debe ser, es tarea de político, del hombre de pies de plomo, de posaderas a prueba de interminables sentadas parlamentarias, de ojo y oído hipersensibles al menor hecho real, de infinita paciencia, de más amor a la letra de la ley que a su espíritu, de mayor pasión por las cosas que por las ideas, en suma, de especial apti-

tud par el realismo y para el oportunismo. El escritor es vigía; el político militante, timonel.

Tal debe ser, pues, el límite del escritor en política: acción difusa, crítica, clarificadora, estimulante, de creación y renovación de las ideas ambientes; dentro de un partido debe ser el pensamiento espontáneo e individual frente a la ideación tradicional y gregaria. El parlamentarismo, en sus diversas formas, es o el aniquilamiento o la picota para el escritor: o destruye su personalidad o decepciona a sus electores. Ni en política, donde se burlan todos los principios, es posible burlar el de la división del trabajo.

LUIS ARÁQUISTAIN.

LA CAPTURA DEL TRANSPORTE RIMAC EN 1879

Santiago, 7 de Agosto de 1879.

Señor don Guillermo Matta.

Querido Guillermo:

La captura del *Rimac*, aunque uno de esos incidentes que debemos esperar en tiempo de guerra, ha sido un triunfo para los peruanos y una derrota para nosotros. Ha sido derrota, más por lo que importa en sí, por el efecto que ha producido. Las malas pasiones se han aprovechado de ese incidente desgraciado y hemos dado a nuestros enemigos el espectáculo más vergonzoso. La noticia de esa desgracia dió lugar en Santiago a escenas parecidas a las que tuvieron lugar cuando vino Bilbao. La misma chusma embriagada, incitada por los mismos agentes.

La captura del *Rimac* ha sido debida a una serie de incidentes desgraciados. Ese buque debió salir el sábado. Lo detuvieron por miedo y salió el domingo, cuando se creyó que el *Huáscar* se había dirigido al norte.

Pudo haber entrado a Antofagasta el martes en la tarde; pero disminuyó de andar para no entrar de noche y también porque sabía que el *Cochrane* debía salir de Antofagasta para protegerlo.

Quiso la casualidad que cuando los buques peruanos se retiraban se encontraron al frente de Antofagasta con el *Rimac* que se dirigía al puerto, y, según se dice, en este buque creyeron que los vapores que se divisaban eran los nuestros, motivo por el cual no emprendieron con tiempo su fuga.

El *Cochrane* no salió a protegerlos porque quiso también la fatalidad que un parte tuyo a Santa María diciéndole que los transportes habían regresado a Valparaíso llegase en el momento en que salía el *Cochrane* a cumplir su comisión. Allí entendieron que los transportes de que tú hablabas eran *Rimac* y *Paquete del Maule* y Santa María envió al *Lamar* para llevar ese parte a Simpson, y éste, en vez de seguir su comisión, se dirigió al sur en busca del *Huáscar*.

Esta serie de accidentes casuales produjo la captura del *Rimac*, más lamentable, como te he dicho antes, porque ello ha descubierto nuestras llagas internas, que por lo que vale el buque y su cargamento.

¡Haz guerra cuando con motivo de un incidente desgraciado hay partidos que aprovechan la oportunidad para sublevar las turbas y, para maquinar intrigas políticas!

La situación que atraviesa el país es muy difícil, más que por el estado de guerra en que nos encontramos, por la desmoralización política de que sufre.

Teniendo en vista esta situación envié a Altamirano en días pasados un telegrama para tí, con encargo de enviártelo en carta, y en el que te decía que convenía que en las circunstancias presentes Manuel Antonio (Matta) estuviera en Santiago. Creo que cuando la Patria está en peligro, como sucede ahora, todos los hombres de patriotismo y de prestigio deben encontrarse en Santiago.

Envié el telegrama a Altamirano y no a tí directamente porque Altamirano tiene cifra para entenderse con nosotros.

Muy conveniente sería fortificar bien a Caldera; pero ¿de dónde te pinto más cañones de grueso calibre? Para enviar los que se han remitido a Caldera y Coquimbo ha sido necesario desmantelar uno de los fuertes de Valparaíso, y en este puerto no consentirían se desmantelase otro. Sueñan con el bombardeo del *Huáscar*.

Hemos encargado cañones de grueso calibre y cuando lleguen tendré presente tu pedido.

Saluda a Manuel Antonio y manda a tu afmo.

A. PINTO.

DON MARIO JOSE DE LARRA.

(Memoria de prueba para optar al título de Profesor del Estado en la asignatura de Castellano.)

Con indecisión juvenil he pasado revolviendo en mi cerebro mil y mil temas para mi Memoria desde que resolví encarrilar mi porvenir por esta senda áspera del Magisterio a que con voces perentorias parecía llamarme más tal vez cierta inclinación natural que una aptitud efectiva.

Como el pequeñuelo a quien su madre pone en el duro aprieto de escoger un juguete entre la asombrosa variedad que le ofrece un bazar, que deslumbrado por el brillo de unos y la hermosura de otros no halla a cual irse, pues quiere llevarlos todos consigo, yo también no acertaba a elegir ningún asunto que calmara mi inquietud: Benavente me entusiasmaba con su inmensa gloria, tan discutida ahora último; don Andrés Bello arrastraba las simpatías que siempre he tenido por los grandes jurisconsultos y humanistas; don Juan Valera me hacía soñar con su prosa impecable. Si atinaba a salir de Chile y España, aprisionaban mi espíritu inquieto una multitud de ideas nuevas: ora fuera Baudelaire, con el espejismo de sus visiones alucinantes; Julio Lemaitre, con el exquisito gusto del *dilittanti*; Anatole France, con su escepticismo irónico y aristocrático; Juliano Viaud, con la nostalgia de lo indefinido; Paul Bourget, con el enigma de la vida y la incesante inquisición de su finalidad.

El manco inmortal me había producido una sensación parecida a la que debe experimentar el creyente peregrino que penetra por primera vez bajo las austeras bóvedas de la catedral de San Pedro, que visita las catacumbas o que recorre los Santos Lugares, testigos de su redención.

Hubiera yo de buenas ganas tenido cien almas para darme por entero con cada una de ellas a las diferentes sensaciones y entusiasmos que me brindaba esa pléyade de escritores ilustres. Por momentos me figuraba ser yo uno de ellos; era yo el que decía cosas tan bellas y tan ciertas, era yo el conocedor de todos los resortes del corazón humano. ¡Cómo vibraba mi espíritu de felicidad! Stambul y Djenana parecían el edén de mi corazón. El recuerdo de las citas misteriosas que narra Pierre Loti embriagaba mi fantasía. ¡Qué duro se me hacía volver a la realidad!

Sin embargo, las impresiones que me producían estos escritores y otros muchos eran fugaces. La que más había persistido en mi ánimo había sido una voz grave y risueña a la vez, que me había hecho reír y meditar.

Pasé las vacaciones del año anterior con Fígaro. Juntos recorrimos las calles de Madrid, buscando ese personaje tan conocido, al menos de nombre, que llamamos público. Con sencillez de campesino recién llegado a la capital, iba creyendo encontrarlo a la vuelta de la primera esquina. Pero, después de muchas preguntas, de mucho atisbar y examinar sin resultado positivo, mi algo de latino empezaba a recobrar su hegemonía. El público es un ente ficticio, el público no existe en realidad, sólo existen pretextos de público: tal gritó por fin al oído mi mentor. Me declaré convencido, más por continuar nuestro viaje que por evidencia o intuición. Y seguimos adelante. De Madrid a Batuecas, no sabría decir cuanto tardamos! Vivimos a veces más cerca de lo que quisiéramos de este país en entredicho! Allí me esperaban por el momento muchas novedades: en ese país no se escribe, en ese país no se lee. Posteriormente he caído en la cuenta de que tampoco se habla... De allí tornamos a Madrid. Mediante la complicidad del Diablo Cojuelo, lo revistamos durante la noche y pudimos admirar situaciones y cuadros muy entretenidos. Continuando nuestra peregrinación, íbamos ya del matrimonio de un sobrino de Fígaro a un banquete suculento de un castellano viejo, y de allí al teatro a silbar una comedia o a observar a las actrices, entre bastidores. A los toros no me quiso llevar.

Con decir que mi compañero de viaje es tan curioso que se introduce hasta en los álbumes y el corazón de las mujeres, nos podremos formar una idea no muy aproximada, ciertamente, de la minuciosidad que gasta en enterarse de todo, aunque no le importe.

A mí se me figuraba esos naturalistas adocenados que recorren las plazas y los campos en busca de mosquitos y de hierbas raras, con sus grandes gafas montadas en la punta de la nariz. Pero es bien divertido hacer una excursión en compañía de tan extraño amigo. Y pronto esta misma simpatía, que iba naciendo en mí, hizo que lo mirase con menos prevenciones y desechara la triste idea que de él estuve a punto de formarme.

Se me antojó, en seguida, un escéptico que ríe de todo, despechado tal vez porque su espíritu es incapaz de penetrar la realidad. Y, por segunda vez, me ví obligado a desechar este nuevo concepto. Los escépticos no hablan con fuego, no tienen amores, no se dan con abnegación de sí mismos a una causa.

Fígaro no fué ya para mí un naturalista adocenado ni un pirroniano del siglo XIX. Sus observaciones eran profundas, su método era el de un verdadero hombre de ciencia, de un filósofo. Su móvil no era hacer reír por reír, me obligaba a menudo a reflexionar. Bien pronto la reflexión me hizo entrar dentro de su pensamiento y de su corazón: había conquistado mis simpatías con su amplitud de criterio.

Y un hombre de criterio amplio siempre es guiado por móviles elevados, por una superior capacidad de penetración y comprensión.

Yo, que, como él, he odiado siempre el fanatismo y la intransigencia, donde quiera que asomen su cabeza de cíclopes; yo que, como él, amo esa libertad, con anverso y reverso, que quiere para los demás todas las garantías que reclama para sí yo, que, como neófito de nueva secta, vibro de entusiasmo al ver preconizar con vehemencia en los escritos de Larra el progreso, la evolución, pero no buscados por medios violentos como lo ansían muchos reformadores modernos de escasísima cordura, sino un progreso i evolución lentos pero seguros, ni tan tímidos que se confundan con el estacionamiento, ni tan atrevi-

dos que a fuerza de tales nos arrojen de nuevo en la sima del despotismo, de la tiranía. Yo, que, meditando muchas veces en las exageraciones de los hombres, me he forjado un ideal patriótico muy semejante al que sirvió de norte a Fígaro en el medio social en que le cupo actuar; un amor intenso a la patria, pero un amor racional que vea las buenas cualidades y los defectos, que no agigante las primeras ni disimule los segundos, que, en una palabra, diga la verdad sin miedos ni reticencias. Yo, por fin, que en presencia de los escritos de Larra había experimentado «esa extraña correspondencia de dos almas que se ponen en contacto con toda facilidad», esa interdependencia psicológica, como la llamaría, casi no me sentí dueño de separarme de sus libros.

Todas estas impresiones parciales habían formado en mí la impresión de conjunto: Larra era el hombre de más amplio criterio con que había tropezado en mis incursiones literarias, el hombre más independiente, y por tanto, de personalidad más acentuada, sin caer por cierto en el artificio de los que a trueque de aparentar cierta personalidad no vacilan en sustentar opiniones absurdas, reñidas con los más elementales principios de sentido común o de buen gusto, como la de un estudiante, conocido mío por desgracia, que con insuperable candor sostenía que le reventaba el Quijote, tal vez a causa de la estrechez de su cerebro.

Esta inclinación hacia Larra ha sido la que me ha hecho volver a él, recorrer de nuevo sus escritos con mirada menos impresionable y más justiciera, para afirmarme en la convicción que me tenía formada si ella encuentra asidero en un examen más concienzudo de sus obras, o para rectificarla, si ha sido producto de la exajeración a que el criterio juvenil se encuentra por naturaleza expuesto.

Tal es lo que vamos a ver a través de estas líneas que la misma obra de Larra se ha encargado de dividir. Trataré sus artículos de costumbres, sus artículos políticos y su labor literaria propiamente tal como tres entidades, aunque se encuentren íntimamente ligadas por el sello inconfundible de su originalidad y por el acopio de observaciones atinadísimas con que agota los temas que desarrolla.

De su vida privada, sólo diré lo imprescindiblemente necesario para penetrar más a fondo en su actuación pública. Nunca he mirado con agrado ese afán loco de averiguar hasta los más leves pasos de un escritor de nota. Demasiado hacen ellos con regalarnos su mentalidad, sus energías y parte, a veces, de su alma, para que nosotros, obrando peor que avaros, les arrebatemos también la parte que deliberadamente han querido reservarse para sí. Más censurable es este afán, si no lo guía otro propósito que una curiosidad erudita, si las tales investigaciones no tienen por fin aumentar el acervo que buenamente nos han legado. El bien que nos hacen, el nuevo impulso que nos dan hacia adelante en ciencias o bellas artes o letras, se los pagamos privándolos de la facultad que tiene cualquier hijo de vecino de vivir sin que nadie se esté preocupando de sus acciones.

Consecuente con estos principios, no pretendo introducirme en el santuario de la conciencia de Larra sino por las puertas que él mismo quiso abrir. Su psicología aparece bastante diseñada en sus obras para que hechos domésticos vengán a empañar su brillo. Sus escritos son una constante autobiografía. Las conjeturas, por muy fundadas que a veces parezcan, se estrellan casi siempre con la anormalidad del yo. Hay móviles tan secrotos, tan en aparente oposición con el fin que se proponen, que es pretensión grave querer adivinarlos; cuánto más difícil en el alma de Fígaro torturada por el ansia de perfeccionamiento, complicada con mil deseos encontrados.

Quiero estudiar además, como dice Azorín en «Clásicos y Modernos» (pág. 283), «la razón de ser de estos artículos de Larra, su trascendencia, su relación con el medio en que se han producido, el grado de sensibilidad que reflejan; sus matices». Quiero comprender la verdadera realidad que tuvieron en su tiempo.

EL ESCRITOR POLÍTICO Y DE COSTUMBRES

Si no se puede establecer en forma absoluta que las circunstancias hacen al hombre, puede decirse sin asomos de dudas que ellas las más de las veces influyen de una manera muy

eficaz en modelar la personalidad, el carácter. Se requiere mucha fuerza de voluntad para desviar de nuestro espíritu las influencias del ambiente que nos rodea. En la mayoría de los casos carece nuestra alma de dinamismo suficiente o los acontecimientos son completamente ajenos a nuestra determinación de encauzarlos. Por eso vale poco menos que un axioma el decir: cada cual es hijo de su tiempo. Por eso consideramos como hombres superiores a los que consiguen situar su pensamiento en el porvenir, salirse de ese marco estrecho del presente que nos aprisiona con sus prejuicios, con su misoneismo, con sus intereses creados. Todo lo cual contribuye a formar el ominoso lastre que da siempre en tierra con nuestras aspiraciones más caras, con nuestros proyectos más atrevidos.

A Figaro le cupo actuar en un medio asaz retardado e ingrato. Nacido tres años antes de la famosa constitución liberal de 1812, cuando abrió sus ojos a la luz de la razón, ya la carta fundamental era letra muerta. Fué sólo una estrella rutilante que se hundió presto en el vacío del absolutismo. La Francia misma, cuna y escuela de la democracia latina, bullanguera y quisquillosa, espantada de su engendro, trataba de ahogarla con sofismos y manejos reaccionarios. La Cuádrupla Alianza pretendía ser su camisa de fuerza.

Pero los gobiernos y los tratados en pugna con las aspiraciones de los pueblos llevan en sí el germen de su disolución.

Era demasiado atrayente el nuevo panorama de libertad individual y pública que habían dejado vislumbrar las revoluciones; era demasiado cierto el bienestar efectivo que habían experimentado en momentos de goce de una franca autonomía intelectual que jamás habían conocido, para que la opinión tolerara por mucho tiempo que las bayonetas de la tiranía sepultasen de nuevo en la oscuridad los ideales de luz, progreso, independencia.

Larra, en sus artículos, se hizo intérprete de esos ideales. Comprendió el verdadero carácter del periodista: su misión es auscultar el corazón de las masas, no para halagar simplemente su sentir, sino para hacer el diagnóstico, como un profesional honrado. No sólo dio expresión a lo que los demás sentían,

sino que señaló una multitud de abusos que casi no se percibían ya en fuerza de su connaturalización con ellos.

El período de tiempo que media de 1828 a 1836 inclusive, fué teatro de las actividades del autor que analizamos. Período borrascoso, fecundo en revoluciones y asonadas, consecuencias unas de la abierta lucha entre el pensamiento que, sintiéndose amordazado por la censura y otras mil trabas, quería respirar el aire de libertad; consecuencias otras de las funestas pretensiones del Infante don Carlos y de sus secuaces.

Fernando VII, de nula visión política, fluctuante entre la vida y la muerte, rodeado de ministros ineptos que jugaban con el pueblo al tira y afloja a compás de los acontecimientos, y después María Cristina, más liberal que su esposo, pero no lo suficientemente enérgica para impulsar al país por la senda de las modernas libertades, ofrecieron a Fígaro material en abundancia para criticar una política tan estrecha, un desconocimiento tan completo de las necesidades de todo un reino.

Las mismas trabas que oponían al que, como Fígaro, pretendía develar los abusos, señalar remedios y hacer marchar ese carro desvencijado de la España, la censura inquisitorial a que sometían la manifestación del pensamiento español, el prurito de controlar lo que era dable decir y fuerza callar, todo contribuía a exacerbar los ánimos, a aguzar el ingenio para que la suspicacia del gobierno no se cebara en él con medidas atrabiliarias.

Fígaro, de espíritu reconcentrado y reflexivo, rebelde por temperamento y por convicción, que veía con pena el desbarate existente, la especie de inconsciencia con que dirijían al antiguo reino en cuyos dominios no se ponía el sol a una completa desorganización política y administrativa, aguzó su ingenio para decir la verdad con prudencia y hasta con un muy explicable sin duda. Era preferible decirlo con reticencias o envuelta a su pesar en una adulación forzada, que no por eso indigna. Bien claramente dejaba vislumbrar que acudía a ese medio en cambio de un pasaporte para su verdad, que deslizaba, aunque fuera entre líneas, seguro de que así lograba siquiera despertar las conciencias adormecidas por el temor o por la indiferencia.

Hasta qué punto influyeron sus artículos en renovar la conciencia colectiva de la madre patria, sería muy difícil intentar establecerlo de una manera definitiva. Negar que dejaron un légamo que vigorizó el esfuerzo nacional para la conquista de derechos cuya valía desconocemos en parte porque hemos nacido en el goce de sus beneficios, sería incalificable ceguera.

No se contentó Larra con servir de ariete al despotismo, con señalar horizontes de libertad, rumbos de progreso en el orden político; no escapó tampoco a su talento que el individuo y la familia, que son los órganos de la sociedad, transforman a ésta en la medida que ellos evolucionan. A corregir los malos hábitos, a ridiculizar costumbres absurdas e inveteradas, a combatir prejuicios y fanatismos inconscientes, en una palabra, a hacer entrar al hombre dentro de sí mismo tendieron sus artículos de costumbres.

La falta de instrucción, la apatía, la rutina, cristalizan en el pueblo sus maneras, sus palabras, sus actos de tal suerte que se convierten en meras máquinas humanas. Algunos artículos de Larra son como espejos que reflejan las facciones morales de cada persona. Al mirarse en ellos uno se ve obligado a reconocer su fealdad, aunque sea sólo ante su fuero interno. Todo esto con la favorable diferencia que está a la mano de cada cual corregirla.

Los artículos de nuestro Figaro están impregnados de filosofía. Conocedor de la repugnancia y desdén con que ésta es mirada por la mayor parte de los hombres, se propone inocularla en las venas de sus compatriotas a manera de apólogos divertidos, con cierto ropaje de chisme, porque no ignora que esta es la única manera de atraer la curiosidad de muchas gentes. Les presenta la realidad un poco aumentada para que algo quede. Se la hace amable con su estilo impregnado de buen humor y se aprovecha de este don precioso para darles lecciones de moralidad y de patriotismo, para infundir deseos de mejorar de vida.

Los escritos de Larra forman, a mi ver, un curso completo de filosofía práctica. Allí uno aprende a conocer la vida, los vericuetos de ese laberinto que llamamos corazón humano. Los

tipos que allí faltan los forma el lector comparando los contrastes y semejanzas que ofrecen sus heterogéneos personajes.

Sin duda el tipo más acabado que fluye de ese conjunto es el del mismo Larra que inconscientemente, quizá, se retrató con pinceladas maestras. El es el periodista valiente sin afectarlo, más desconfiado de sus semejantes que de sí propio, que sabe decir verdades amargas, rebozadas de finura y sinceridad, de ironía punzante y alegre chiste. Aparentemente es la personificación de aquel *devenir* de Heráclito: sus aguas no pasan dos veces por el mismo río, pero el río de su talento permanece sin alteración. Tal vez en el fondo de su alma ansía esa versatilidad que pregonaba en sus escritos, como un medio de huir de su yo; de ese yo que le hizo tomar como seudónimo el nombre de *Fígaro*, personaje del Barbero de Sevilla de Beaumarchais y como divisa su filosofía:... «aburrido de mí, disgustado de los demás, haciéndome superior a los acontecimientos, alabado por unos, censurado por otros, ayudándome del buen tiempo, soportando lo malo, burlándome de los tontos i menospreciando a los malvados... aquí me teneis». ¿Quién había dado a este nuevo Fígaro filosofía tan peregrina? Quizá también el hábito del sufrimiento. Como su personaje favorito, se ufanaba de reír de todo a trueque de no tener que llorar de dolor.

Pero, estudiando en lo más íntimo el pensamiento de Larra, recorriendo y analizando con más detenimiento sus palabras, me inclino a creer que esta no fué su filosofía sino un arma de que se sirvió para aparecer como invulnerable. Los dardos de su pluma eran sobrado punzantes para que no temiera de rebote las saetas del error y de la maldad. Era Larra de bastante talento para no tener ideales, era por demás apasionado para formarse un concepto tan pobre de la vida. En su alma jóvenes pudieron agostarse las esperanzas de un porvenir mejor y los ensueños de gloria, pero eso fué sólo poco antes de su triste fin.

¿Por qué hemos de generalizar en la vida de Fígaro los momentos de pesimismo y desaliento que invaden a todo ser humano? Que los experimentara más intensos no es suficiente argumento para suponer que ellos constituyeran una modalidad de su ser.

Por otra parte el seudónimo de Fígaro, dice él mismo, se lo insinuó Grimaldi, uno de sus amigos; no fué él quién lo eligió. Mesonero confirma esto y añade que combatió su adopción por ser nombre extranjero.

El epígrafe que hemos visto con que inició sus colaboraciones en «El Español» no basta tampoco para asegurar que nuestro autor, que en sus artículos era un dechado de cordura y sentido práctico, no viera en la existencia más que resabios de amargura. Es cierto que en algunas de sus producciones, como «La noche buena de 1836» y «El día de difuntos», ha cedido su carácter equilibrado ante el peso abrumador del escepticismo y del infortunio. En ellos más semeja un agriado que un escritor de costumbres.

A fuerza de dirigir su mirada hacia los defectos y los males para corregirlos y estirparlos, parece que su vista se ha atrofiado para contemplar el lado amable de la vida. Allí todo es para él sospecha, mala intención, doblez, superchería. Lo bueno ha emprendido el vuelo de la tierra; no queda más que fango y miseria.

«La noche buena d 1836» es uno de los artículos más lúgubres de Larra. Lo escribió un mes y medio antes de su trágico fin. Su primera lectura deja la impresión de que el infierno ha salido de madre: tal es la presión de las palabras que brotan de boca del beodo, su criado. Es un verdadero diluvio de bilis largo tiempo comprimidas que sepulta cuánto encuentra al paso. Es un volcán que antes de apagarse para siempre, envuelve en fuego y cenizas cuanto abarcan sus contornos. «Tú buscas la felicidad en el corazón humano (le dice el borracho), y para eso lo destrozas hozando en él, como quién remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza». Y termina: «Ténme lástima literato. Yo estoy ébrio de vino, es verdad, pero tú lo estás de deseos y de impotencia».

Juzgar a Larra por tales artículos sería pecar de injustos. Bien sabido es que cada cual tiene que pasar muchos ratos amargos en la vida en que todo se lo figura preñado de dolor, enturbiado por una esperanza fallida, por una ilusión que se esfuma. Si en esos momentos en que el corazón a solas con su

pesadumbre se deja vencer por el instinto egoísta de comunicar a otros sus males, si vacía por lo menos en unas cuantas carillas de papel ese fondo obscuro, ese vértigo quejumbroso que abisma y anonada, tendremos al día siguiente una persona en cuya presencia nos avergonzaremos, una página semejante a éstas de Larra. Mientras más apasionado es el corazón del hombre, más exajera sus bienes y sus males.

En cambio, a quien haya leído «El castellano viejo», «En este país», «Polémica literaria», y en general cualquiera de sus artículos políticos, literarios o de costumbres, le habrá sido facilísimo notar esa soltura de espíritu, un fondo de chiste dulce, ligero, sin empaños de amargura, sin resabios de dolor y aburrimiento. En ellos hay una exageración que deleita, una ironía que brota espontánea de las cosas que narra con tanta naturalidad. El oleaje de su pecho es suave, las naves de sus ideas salen con toda felicidad del puerto de su mente a surcar un mar que, si en parte es borrascoso, amaina la tempestad para contemplarlas con su blanquísimo velamen desplegado al viento.

Así escribía Fígaro en momentos normales. Entonces su ideología era serena, tranquila, sus pensamientos nobles, sus pasiones elevadas y bien dirigidas. A pesar de que su inteligencia y corazón habían sido moldeados para vivir en una esfera más perfecta, a pesar de que no le conformaba el ambiente que lo envolvía, no por eso vamos a imaginar que pasaba agobiado por el peso de la realidad. Siquiera tenía la satisfacción, no concedida a muchos, de develar la existencia del mal dondequiera que lo encontrara. ¡Y qué manera tan contundente de develarlo!

EL LITERATO

Hemos estudiado a Larra como escritor político y de costumbres. Veámoslo ahora como literato.

Sin duda que aspiró también a conquistarse un lugar en el templo de la gloria. La modestia aparente de sus escritos es sólo hija de su tiempo. Aconteció lo que ocurre casi siempre a todos los grandes escritores: se equivocan medio a medio ya

sea en el género literario, ya en la obra en que creen cifrar su celebridad. Se dió a la comedia, al drama, a la novela, pero sin el éxito que era de esperar de su talento. Era demasiado analítico para sobresalir en la pintura de las grandes pasiones, para elevarse por sobre los acontecimientos. Sabe mostrar la verdad, pero ignora dar relieve estético a los sentimientos.

Floreció en la época en que el romanticismo empezaba a adueñarse de la escena española. Larra no lo miró con malos ojos sino que por el contrario rindió tributo de admiración y entusiasmo a la libertad que venía a introducir en el dogmatismo cesáreo de los preceptistas clásicos. No significa esto afirmar que se afiliara a este grupo. Demasiado celoso de su independencia, los principios de una escuela, cualquiera que ésta fuera, eran para él insoportables. Por eso no reconoció otro magisterio que su voluntad, asesorada del buen gusto y de una fantasía muy circunspecta. Su amplitud de criterio le mostraba cuán antipático es abanderizarse, cuán funesto es campear por cuenta ajena.

En literatura, se había forjado su sistema: no un eclecticismo que elige lo mejor de cada secta literaria, sino un sistema de armonía *sui generis*, que no toma precisamente lo que el arbitrio encuentra mas bello, como si un pintor tomara las figuras de sobresaliente hermosura de telas de Rafael, Leonardo de Vinci, Murillo, Goya etc. y las amalgamara en un cuadro que no representaría más idea que la de perfección de las formas. Resultaría en buenas cuentas un adefesio artístico, sin el alma de la proporción y del sentimiento que es lo que busca Larra, no desdeñando las sombras de una escuela si sientan bien para hacer resaltar el brillo que ha encontrado en otras.

El ideal estético de Larra se echa de ver en la norma que lo guía al criticar las obras dramáticas que se dieron a las tablas en su tiempo. En la composición de sus propias obras, pierde de vista con frecuencia este principio, por más esfuerzos que hace por parecer original.

La educación clásica que había recibido ejerció a veces en él cierta influencia que por momentos lo avasalla sin que logre repararlo. En el prólogo de su drama «Macías», protesta que no pertenece a escuela alguna. Que no esté escrito en verso

heróico, que sólo tenga débiles destellos de la entonación del estilo trágico, que no se elevara a la altura de los grandes clásicos, no quita que se le encuentre sabor a tragedia griega. La fatalidad que separa para siempre a dos seres que se quieren con todo el ardimiento de una pasión ¿qué es sino rasgo de la tragedia griega?

Sin embargo, algunos autores han considerado romántico este drama y precursor del «Don Alvaro», que fué el primero de esta tendencia que subió a las tablas y cuyo argumento es el desarrollo de la fatalidad.

Pero ¿no es acaso de la esencia del romanticismo no reparar en barreras, salvar los obstáculos, pasar por sobre cien cadáveres con tal de alcanzar el logro de sus ansias, en este caso el objeto de su amor? ¿Por qué, entonces, prefirió Larra separar para siempre a Elvira de Macías, cuando estaba en su mano unir su felicidad? ¿Se dirá que respetó el fondo histórico de la leyenda? Pero, un romántico no respeta verdades históricas. Por el contrario, ésta debe conformarse a las concepciones de un subjetivismo que no admite límites. Y la leyenda del bardo Macías no es, ni con mucho, un asunto histórico que merezca tanto respeto.

No seré yo, sin embargo, quien arbitre argumentos para probar que Larra careció de un espíritu romántico; lo que sé decir es que supo temperarlo, porque, a mi juicio, el romanticismo consiste en el predominio del sentimiento sobre la razón, y en Larra parece que imperó esta segunda, por lo menos en sus obras literarias, no así tal vez en su vida privada.

En sus piezas teatrales y en su novela «El doncel de don Enrique», hay una razón de orden psicológico, un no sé que íntimo, un instinto subconsciente, un presentimiento telepático quizá, que lo inclina a su pesar con atracción irresistible a estos asuntos de trágico desenlace. Ya varios autores han hecho notar esta circunstancia. Particularmente en su drama «Macías» y en la novela que acabo de citar, se deja ver como una pre-narración del fin que le aguardaba.

Con una simpatía indefinible miró siempre los amores del trovero Macías con Elvira, esposa de Hernán Pérez de Vadillo, escudero de Enrique de Villena. Es admirable la fuerza pasio-

nal que presentan esas cortas entrevistas de Macías, el enamorado, con la hermosa que no le iba en zaga.

Dada su idiosincrasia, Larra, aunque hubiera nacido en el siglo de oro de la literatura española, se habría sentido subyugado por ese antiguo trovador que, según suponen algunos cronistas del siglo XV, escribió los siguientes versos para que sirvieran de epitafio a su tumba y que resumen su vida aventurera:

«Aquesta lanza sin falla
¡ay coytado!
non me la dieron del muro
¡mal pocado!

Mas, viniendo a ti seguro.
amore falso e perjuro
me firió, e sin tardanza,
e fué tal a mía andanza
sin ventura.

¿Es todo esto romanticismo? Sí y nó. Es el romanticismo de todos los tiempos, si lo equiparamos a las naturalezas melancólicas e inquietas que viven en perpétua zozobra. Pero no es el romanticismo exajerado, nacionalista, que tuvo su origen en un movimiento de protesta contra el clasicismo cuyo ideal era uniformar los gustos. En este segundo sentido, Larra fué más bien un romántico teórico que práctico.

Una cuestión interesante y de actualidad a causa de una discusión entre Azorín y Julio Casares es conocer el pensamiento de Larra en lo que se refiere a la literatura española y al teatro clásico español.

Dice Casares: «Afirma Azorín que el teatro clásico es una enseñanza de toda clase de desafueros, iniquidades y villanías; no hay en él estudio de caracteres, hondura, trascendencia, idealidad. En suma, salvo algún momento de *La vida es sueño*, nuestra dramaturgia no tiene ningún interés». (Julio Casares en *Crítica profana*, pág. 215 y siguientes).

En su artículo *El teatro y la novela* sostiene también Azorín que la antigua dramática reposa en la casualidad, en la inverosimilitud.

Azorín trae a Larra en apoyo de su aserción y cita algunos párrafos de artículos de crítica literaria, entre otros del titulado *Panorama Matritense* en que considera a los grandes dramaturgos del siglo de oro «excelentes escritores de costumbres». De aquí deduce Azorín que siendo el teatro algo más que un cuadro de costumbres, Larra concedía al teatro clásico (y en general a la literatura española) una importancia secundaria.

«Falso, falso de toda falsedad», exclama Casares, interpretar en ese sentido el pensamiento de Larra en el artículo citado. En realidad, se ve claro que Fígaro no quiso allí decir nada entré líneas. Sólo estaba preocupado de poner en parangón los costumbristas españoles con los extranjeros.

En seguida Casares trata de completar el pensamiento de Larra, favorable al teatro clásico, pero, a mi juicio, con muy débiles argumentos, como es el de que el progreso en el orden material y político trae consigo el florecimiento de las letras: verdad histórica no sólo aplicable a España que Larra no pudo desconocer.

Otro argumento de Casares a este fin es este párrafo de Larra: «Entonces, nosotros lo afirmamos, entonces tendremos teatro español, entonces el suelo de los Lopes y Calderones volverá a retoñar ingenios».

¿Queda en pie la discusión? Tenemos que, según Azorín, Larra mira con indiferencia el teatro clásico, más aún, sustenta un criterio análogo al suyo. Según Casares, Larra nunca abandona respecto de un teatro clásico «un evidente tono de alabanza, siempre concorde»... Cada cual cita trozos de artículos del disputado Fígaro que, según ellos, comprueban su afirmación y destruyen la del adversario.

¿Cuál tiene razón? Sería interesante averiguarlo. Lo más probable es que ninguno la tenga por entero. Intentemos un juicio salomónico, a ser posible, con tal que no padezcan ni la verdad, ni la justicia, ni la reputación de estos dos paladines del criterio antiguo y moderno.

Pero, para que este juicio sea valedero es preciso que lo dé el mismo Larra. Estudiemos, pues, su pensamiento en literatura y en especial su pensamiento sobre el teatro clásico que es lo que importa a nuestro propósito.

En su artículo *Literatura etc.*, la considera como «la expresión, el termómetro verdadero del estado de civilización de un pueblo». En la crítica «*Margarita de Borgoña*» completa su pensamiento diciendo que no puede ser nunca sino la expresión de la época. Atribuye el estacionamiento de la literatura en [España a la mano de hierro con que fué reprimida toda innovación auspiciada por los reformadores. La literatura del siglo de oro no tuvo, añade Larra, un carácter útil y progresivo en el sentido de que no fué sistemáticamente investigadora y filosófica. Fué más imaginativa que razonada, más brillante que sólida, más poética que positiva. Termina este artículo afirmando que la literatura debe mostrar lo que es y no lo que debe ser.

Estos defectos que señala comprenden de lleno al teatro, como una especie de obras literarias. Además de la frase citada «tan pródigo en fábulas estériles», en un artículo cuya paternidad le atribuyen, en que critica el «*Don Alvaro*» del duque de Rivas, dice: «Verdad es que en España teníamos nuestros comediones llenos de sucesos espantosos y de bufonadas».

Los pasajes en que habla del teatro clásico en tono halagüeño son también numerosos.

¿Se contradiría Larra? Estoy seguro de la negativa. ¿Qué hay, entonces? Veamos. Para resolver la dificultad, a mi juicio, hay que establecer una distinción entre el mérito absoluto, humano, intrínseco del teatro, tal como lo concibe la evolución de la sensibilidad y del ideal estético, y su importancia relativa a la época que representa, al reflejo que nos ha dejado de ella.

A lo primero atiende Azorín, a lo segundo, Casares.

Larra, a mi ver, ha aplicado dos criterios distintos para juzgar el teatro clásico; de allí una aparente contradicción. Cuando le aplica el criterio referente al medio es más benigno y se inclina más a alabar al autor que sus producciones, y a considerar más bien el mérito de la originalidad, que el acuerdo con nuestro modo de concebir el arte y realizarlo. Entonces sostiene que cuando España recupere su perdida grandeza, cuando sus soberanos dicten leyes a medio mundo, entonces sus escritores y artistas brillarán también de nuevo imponiéndose con el prestigio de sus producciones. Aquí tienen plena cabida los

párrafos que Casares trae en abono de su tesis, aquí el «Entonces, nosotros lo afirmamos, entonces tendremos teatro español... etc.»

Por la inversa, cuando Larra pesa el valor de fondo de la obra clásica, cuando le aplica la luz de una crítica sana, cuando, aparte de consideraciones de tiempo y espacio, acerca su corazón y analiza las emociones que experimenta, cuando trata de encontrar allí lo que es la vida humana, el verdadero desarrollo de las pasiones, de los sentimientos, cuando se figura que allí se resuelven los problemas psicológicos, sociales y religiosos tales como la experiencia de cada cual los traza de continuo, entonces Larra no alaba la literatura española, entonces no enzalza al teatro español porque lo encuentra vacío, imaginario, sin verdadero apoyo en la realidad.

«En el teatro, dice en su segundo artículo sobre el «Antony» de Dumas, los acontecimientos han de ser deducción forzosa de algo; la acción ha de ser precisa; lo demás no es convencer sino hacer suceder para pintar lo que se quiere convencer». Sólo le agregaría que no tanto han de ser los acontecimientos deducción forzosa de algo con el propósito de convencernos sino para presentar la ilusión de la realidad, de la vida, que es lo que con particularidad anhelamos en las representaciones en que tantos factores nos están diciendo a cada paso que todo eso que queremos tomar como real, no es más que la creación subjetiva de un hombre: el autor dramático.

Por eso, cuando allí encontramos encadenados los acontecimientos como ocurre en la vida diaria, cuando vemos que el desenlace no es sino la resultante lógica de los hechos que se han producido, apartamos el pensamiento de los telones y demás inverosimilitudes para fijarlo sólo en la emoción que produce una realidad intensa e idealizada que no se confunda con la fotografía o con la historia, como lo preconiza la escuela naturalista en estética.

De la aserción de Larra de que la literatura del siglo de oro no fué sistemáticamente investigadora, hemos dicho que se deduce su manera de apreciar el teatro clásico español porque esta es una especie de aquella literatura.

En realidad, las pasiones que pintan son conglomerados en un héroe de observaciones parciales. Personifican la generalización. Son caracteres más objetivos que subjetivos. «Tienden a retratar en sus obras la vida externa más que el análisis erudito y entrometido de los afectos y de las ideas, es decir, de la vida interior», lo afirma el clásico Gabino Tejado.

En todo orden de cosas esta era la tendencia de la época, y con mayor razón en España donde la influencia oriental de los árabes era preponderante. Querían ser originales y la imaginación se encargaba de suplir con creces lo que no les suministraba la experiencia. No conocían el verdadero sentido de lo exacto; no columbraban todavía el moderno teatro psicológico y verdaderamente humano.

Bien hace, pues, Larra en considerar al teatro español: «tan pródigo en fábulas estériles». Y si estas acusaciones fueran insuficientes, no dejaría de sugestionarnos, por lo menos, el que hombres tan eminentes como un Goethe, un Jorge Meredith hayan comparado la estructura del teatro clásico español con las marchas que siguen las piezas de baile.

Empero, estas cosas, que para nosotros son ahora defectos, en aquellos tiempos eran buenas cualidades. De ellos adolecía no sólo la literatura española sino también la francesa, inglesa, alemana, etc. Prevalerse de ello para tratar en forma despectiva el teatro del siglo de oro, como lo hace Azorín, es pecado de apasionamiento muy censurable en un crítico de mérito. Paliar de tal suerte sus faltas y tratar de presentárnoslo como algo insuperable, es también un contrasentido, explicable tan sólo en los que pretenden acomodar la realidad a sus concepciones apriorísticas.

Yo creo que el teatro clásico español, como expresión del período en que floreció, es lo mejor de lo mejor, si lo miramos a través de una de los criterios de Larra: como fiel retrato de su época. Y en tal caso no sólo sería, como lo intenta Azorín, la enseñanza de desafueros, iniquidades y villanías, sino con la misma razón, el testimonio perenne de la hidalguía castellana, de su culto a la mujer y a la religión de sus mayores, la resultante de esa acumulación fácil de riqueza y progreso que les

deparó el nuevo mundo de Colón y la impronta del carácter aventurero que despertó en los españoles.

Hay, sin embargo, en toda obra de mérito, sea clásica o moderna, antigua o coetánea, algo indefinible, pero que sentimos como su tinte estético, como un algo que nos produce placer, que nos atrae y que es independiente de estas consideraciones críticas referentes al medio en que estas obras fueron producidas o a su falta de verdad o de base en la experiencia. Ese algo es la sensibilidad subjetiva de cada lector que prescinde muchas veces de si hay vida, si hay animación, si hay verdad, pues no sólo estos son los caracteres de la belleza.

Hasta ahora se cree que es el artista el que nos da la medida de su sensibilidad. Yo creo que es cada uno de nosotros el que da la medida de la sensibilidad de una obra de arte. O para ser más exacto que depende de ambos sujetos; cada cual pone algo de su parte.

Muchas veces estamos dispuestos a buscar idealidad, imaginación, música de ideas o palabras, nostalgias o esperanzas imposibles y esto nos produce afecto por el autor que logra despertar tales emociones con independencia de estas normas generales en que se basa la crítica. Hay que recordar, como dice Faguet, que de un libro hay tantos autores como individuos lo leen. Esto nos explica el origen de las numerosas escuelas literarias. Esto nos explica el por qué no hay nada escrito sobre gustos, si prescindimos de ciertos principios generales de la estética, comunes a toda obra de literatura.

Larra fué innovador respecto del concepto de clasicismo y de lo castizo, que consistía en la imitación servil de los modelos griegos y del siglo de oro en su manera de ver únicamente el lado externo de las cosas, en expresarlo en giros ya consagrados por los buenos estilistas y en no admitir palabras sin abo-lengo literario. Con relación al fondo, quiere una literatura humana, joven, nacional, fundada en la experiencia y en la historia, libre de trábas y de modelos, verdadero exponente de la sociedad española.

Respecto de la forma no pregunta a los neologismos de dónde vienen sino para qué sirven: este es su criterio. Al leer sus

artículos uno cree estar leyendo a un contemporáneo nuestro: escribía hace cerca de un siglo como escribimos actualmente. Con mucha exactitud le cuadra el manoseado dicho de Buffón de que el estilo es el hombre, porque Fígaro fué un hombre moderno hasta en su manera de escribir. El artificio, principal carácter del estilo cincelado, del período grave y sonoro en que el lector de buen oído presiente cómo va a finalizar, es extraño a la manera de escribir de Larra; sus pensamientos aparecen en el orden que les va dando su importancia psicológica, subordinando siempre las palabras a la expresión de la idea.

Con mucha razón, pues, dice Olivier que Larra ha sido el menos formalista de los escritores castellanos y el que menos se ha complacido en vaciedades palabreras. Entendió el idioma como un medio adecuado a un fin ideológico y no como finalidad en sí mismo.

Su léxico fué relativamente pobre en giros y vocabulario, «con todo un artista» como lo sostiene Azorín haciendo ver que el arte no necesita imprescindiblemente de gran copia en giros y palabras y como lo comprueba con el ejemplo de la Celestina y de Larra.

La ideología sociológica de Larra era más o menos la que en la actualidad suele ser patrimonio de esos espíritus que se llaman liberales moderados. Probemos. En religión era partidario de ésta, despojada de fanatismos e intransigencias, como base de orden. Estimaba que el individuo del pueblo, sin religión, es peligroso. Sin embargo es casi seguro que Larra fué descreído. A no ser por el ambiente que lo rodeaba, tal vez hubiera sido un encarnizado enemigo de la religión. En su tiempo, por lo menos, fué anti-clerical.

El dogma igualitario en todo senlido, especialmente de fortunas, que preconizan los socialistas de nuestros días era para Fígaro la grito de la flojera y de la tontería. Estaba convencido, como buen individualista, que el hombre de talento se abre paso por sí mismo, «que la puerta del trabajo está abierta a todo individuo». ¡Felices tiempos aquellos!

Cita numerosos casos de hombres de baja esfera que llegaron a puestos encumbrados; pero no cita muchísimos más que

de seguro habrían sido honra de su país o de su siglo, si una voz amiga, una ocasión favorable les hubiera repetido el «levántate y anda» de Jesús al paralítico.

Compensa arbitrariamente los vicios de los de arriba con los de abajo, las cualidades de éstos con las de los primeros, para dejarlos a todos en el mismo estado. Ni más ni menos que muchos hombres de nuestros días que pretenden acallar la sensación colectiva de injusticia social con saludos protectores al desvalido.

Al matrimonio y a la familia, como base de la constitución social, se aferra como molusco a la roca. Se indigna contra el «Antony» de Dumas que pone en tela de juicio el matrimonio, que deja abandonada la prole a la suerte que le toque, que trata de socavar abiertamente la fidelidad como imposible, como contraria a la naturaleza, como absurda, porque no siempre puede amar el corazón.

Su airada protesta contra el fondo inmoral de este drama nos revela a primera vista un nuevo aspecto de la personalidad de Larra. Su espíritu innovador parece que vuelve hácia atrás. Sin embargo, no es así. El ha atacado preocupaciones irracionales que dificultan el logro de un mayor bienestar humano. Pero jamás ha hecho blanco de sus sátiras las preocupaciones, virtudes mejor dicho en su sentir, que contribuyen a la cohesión de la sociedad.

Por eso su espíritu, siempre abierto a las reformas, no acepta éstas que a su juicio no importan una finalidad útil y feliz, sino un mero afán de destruir con el propósito de ver qué se levantará sobre tanta ruina. No acepta que los caprichos de una pasión se erijan en leyes, que los vínculos sociales se relajen hasta convertir en derechos el deshonor y la infamia.

Una especie de inconsecuencia se desprende del tono de estos artículos en que Larra combate las ideas de Alejandro Dumas. Nos ha dicho repetidas veces que el teatro rara vez ejerce influencia en la conducta de los individuos para que se perviertan o corrijan. Y al censurar el «Antony» se alarma de que tales ideas se expongan ante una sociedad de moral muy diversa

de la preconizada por el drama y en una forma tan briosa, y lo que es más grave, tan persuasiva.

Si no temía a la expansión dinámica que encierran las ideas descabelladas que caen todavía en un medio desfavorable, podía haberse ahorrado nuestro Fígaro un par de artículos serios y contundentes, a los cuales no era muy aficionado. Hoy no los firmaría sin cierto rubor, si acaso llegaba a firmarlos. ¡Cómo avanza la amplitud de criterio!

A manera de complemento de estas ideas sociólogas, es curioso citar un párrafo de Larra en que augura un porvenir de solidaridad humana, de una sola nación universal, tan en boga en nuestros días. Dice (t. III, pág. 90): «Viajeros los hombres de las distintas fuerzas a la caída del imperio romano que había abarcado el mundo, se separaron para hacer el viaje cada cual por el camino más en armonía con sus fuerzas y su inteligencia, dándose cita para el día de la nueva nivelación de la igualdad completa; a ella caminamos y a la nueva uniformidad que en un escalón más alto de la civilización humana nos ha de volver a reunir algún día, como nos tenía reunidos a la caída del imperio».

Ha terminado nuestra incursión a través de la obra de Fígaro. Como el viajero que a costa de grandes esfuerzos y tanteos, vueltas y revueltas, logra llegar a la cima de una encumbrada montaña que tiene que atravesar forzosamente, desde donde divisa expeditos los caminos que a ella conducen, así veo ahora con mayor claridad la vía que debí trazarme desde un principio y que siquiera aprovecharé para descender.

No nos detengamos a considerar su muerte prematura. Bástenos contemplar su tumba cubierta de verde ramaje. Bástenos ver a su alrededor a un grupo de jóvenes selectos que han ido a rendirle un tributo de admiración y gratitud.

Era la tarde del 13 de Febrero de 1901. Cumplíanse en esa fecha histórica 64 años de sueño eterno para nuestro Fígaro. Esos jóvenes han depositado flores sobre su sepulcro, han turbado su reposo reconociéndolo como su maestro. Esos jóvenes forman ahora la llamada *generación de 1898*. No son hierba co-

rrompida, son retoños de su espíritu no conformista, son los revisionistas de valores consagrados. Su lema es juzgar a los muertos con arreglo a los vivos, es decir, juzgar a los artistas literarios por medio de un juicio práctico en que nuestra sensibilidad acepta lo agradable y repele lo no conforme a ella.

Pues bien, esta generación de hombres animosos que todo lo examinan, que todo lo pesan, que censuran cuanto ellos no sienten, se dice continuadora de la obra de don Mariano José de Larra, porque la obra de éste fué de rebeldía, de no conformismo, de inquietud constante, de observación atenta. Baroja y Azorín, Maetzu, Bueno y Unamuno, Rubén Darío, Valle Inclán y Benavente, y antes Leopoldo Alas y Emilio Bobadilla, componen, con otros que se escapan, el grupo renovador de reputaciones establecidas, de valores literarios consagrados por la crítica anterior. De éstos, Valle Inclán y Benavente parece que han apartado tienda; en cambio han incrementado su núcleo Alomar y Pérez de Ayala, Antonio Machado y Enrique de Mesa.

Prescindiendo de analizar la labor de este grupo de escritores, de criticar sus entusiasmos y sus censuras, para uno de los tópicos que nos hemos propuesto, esto es, averiguar las fluctuaciones de mérito de los escritos de Larra, ¿qué significan estas demostraciones de afecto y sublimación que le tributan esos talentosos jóvenes que se proclaman sus discípulos?

Que individuos de indiscutible personalidad, que se ufanan de no doblar su cerviz sino ante la inteligencia y la verdad, hayan llegado hasta Larra y, considerándolo su precursor, sigan sus huellas, no teniendo a veces más que amplificar su pensamiento empolvado al parecer por el trascurso de casi un siglo; que al contacto de la vara de estos nuevos mágicos viertan los escritos de Fígaro agua fresca de ideas que todavía hoy aparecen nuevas para nosotros; que sus visiones intuitivas tengan al presente en su apoyo la realidad, la confirmación casi unánime de las actuales generaciones; todo este cúmulo de hechos y muchos más que es fuerza pasar en silencio para no alargar demasiado este trabajo. todo esto, repito, aunque fuera esto sólo, dice más en honra de la obra de Larra que lo que podrían valerle mil de esos discursos declamatorios en que todo es

oriflama, todo palabrería, todo un concierto de lugares comunes y de alabanzas de protocolo.

Lo cierto es que el mérito intrínseco de la producción de Fígaro ha sido puesto patente por estos sus amigos actuales. Ante nosotros no existe el Larra que existió ante sus contemporáneos. Unos lo tuvieron por un ingenio que escribía comedias en forma de artículos periodísticos. Otros lo consideraron un agriado y un envidioso, un espíritu mordaz sin más finalidades que darse el placer de censurar y maldecir.

La prensa de aquella época, portavoz de las distintas opiniones, no dió gran importancia a la muerte de Larra. Al anunciarla algún diario lo llama «el jóven literato conocido del público por sus graciosos artículos»; «El Español» en que colaboraba: «el escritor que hacía asomar la risa a los labios de todos, el que se burlaba de cuanto el mundo admira y aplaude.....»; los demás lo calificaron con esa fraseología como hecha sobre medida para estos casos de muerte.

Los biógrafos suyos, llegando al *non plus ultra* de los elogios lo pusieron como el satírico más perfecto, superior a Moratín. Pero de allí no pasaron.....

A nadie le vino en mientes una reflexión, una idea vaga siquiera, acerca de la trascendencia y fecundidad de ese legado, en apariencias enmarañado y confuso, con que el recién fallecido enriquecía la cultura española.

Ni sus mismos amigos, ese grupo de literatos de las más opuestas tendencias e ideas que habían hecho nacer el Parnasillo y que se reunían cotidianamente en el destartalado «Café del Príncipe» a cambiar impresiones sobre arte, sobre política, sobre renovación social; ni esos íntimos, depositarios de las aspiraciones y ensueños de Fígaro, fueron capaces de penetrar su compleja psicología, de adivinar el alcance de sus visiones.

Muchos de ellos llegaron a la ancianidad y fueron testigos, cuando no autores, de ese efímero renacimiento de las letras españolas que se inició precisamente en la época en que Larra abandonaba la vida. Y sin embargo a ninguno se le ocurrió asociarlo, siquiera en la distribución de laureles, a esos instantes de renovación.

El mismo Mesonero, amigo de Fígaro, en sus «Memorias de un Setentón» lo trata con cierto tono protector. Hablando de los escritores que se reunían en el citado «Café del Príncipe», dice: «allí estaba Larra con su innata mordacidad, que tan pocas simpatías le acarrearaba», y se esfuerza en probar que Fígaro siguió sus pasos alentado por el feliz éxito que obtuvieron sus cuadros de costumbres.

Y sin embargo, en otra parte nos dice que esos mismos escritores para quienes Fígaro era antipático, costearon sus funerales y acompañaron sus despojos, contristados y gemebundos por tan irreparable pérdida, hasta su última morada, tributándole un homenaje que no tenía otro precedente que el ofrecido al inmortal Lope de Vega.

Era natural que Mesonero no comprendiera a Larra. Es menester no echar en olvido, como dice E. Merimée, que el Curioso Parlante está siempre vuelto hacia el pasado y Fígaro, agrego yo con cualquiera que haya leído sus artículos, está siempre vuelto hacia el porvenir.

Un contemporáneo de Larra, nacido en 1818 y muerto en 1848 casi tan joven como él, Pablo Piferrer, crítico y poeta, fué el primero que supo comprender la importancia trascendental de la obra de Larra. Dice en su Antología «publicada en 1846:» Así como en Martínez de la Rosa y en Quintana remata la serie de escritores que restauraron la literatura, don Mariano José de Larra *encabeza otra mucho más fecunda* y en cierto modo representa la época nueva que va discurriendo. ¿Y no marcan también otro período aquella viveza, aquel desasosiego que tanto lo desemejan no sólo del sesgo majestuoso de nuestros clásicos, sino aun de la sátira de Quevedo?

Con todo, estas palabras juiciosas y exactas de Piferrer no tuvieron eco entre sus coetáneos. Es preciso llegar hasta 1889 en que Leopoldo Alas, en «*Mezclilla*», inicia la reivindicación de su valer: «Fígaro era el primer escritor de su tiempo; veía horizontes que sus contemporáneos no columbraban siquiera».

Poco antes, Menéndez y Pelayo había quedado asombrado de encontrar en los artículos de Larra «ideas de que su propio autor no se daba cuenta, verdaderas germinaciones espontáneas y aforismos inconcisos para la crítica futura».

¿Por qué se asombra Menéndez y Pelayo? Acaso porque había echado hondas raíces en su espíritu la reputación mediana que le crearon a Larra los que no supieron estimarlo en su verdadero valer. Acaso esas preocupaciones constriñeron al gran polígrafo a estampar inconscientemente esa frase gratuita: «ideas de que su propio autor no se daba cuenta».

Lo que Larra es actualmente ya lo hemos visto al tratar la peregrinación de los escritores del 98 a su tumba y lo está diciendo la obra de éstos, inspirada en gran parte en el examen atento de los escritos de Fígaro, que nos revelan año por año nuevos aspectos de su personalidad.

Algo prometido quedaba en el tintero. ¿Cuál fué la razón de ser de los artículos de Larra? Muchas se podrían buscar que no pecarían por cierto de inverosímiles. Empero, domina en mí una que se ha ido robusteciendo a medida que dejaba atrás volumen por volumen, hoja por hoja, la recopilación de sus obras.

Yo atribuyo sus artículos a un profundo sentimiento de justicia, a la clarovidencia poco común con que intuía las violaciones frecuentísimas de que es objeto esta virtud que constituye la esencia de toda colectividad y que debería informar siempre la esencia de las relaciones entre los individuos, entre el pueblo y el gobierno. Su pluma estuvo siempre al servicio de los oprimidos, de los débiles, de todos los que sufren el desconocimiento de sus derechos.

Un espíritu de profunda justicia preside también sus críticas. Si con más frecuencia censura, es porque estima merecidos los reparos que hace, porque piensa que obraría mal callando defectos que, sólo haciéndolos notar, pueden corregirse.

De este espíritu de equidad ha de haber nacido su amargura, su escepticismo relativo, así como pudo nacer en un carácter análogo al suyo el misticismo, el deseo de otra vida en que se dé a cada cual lo que le corresponde.

Es preciso haber experimentado alguna vez personalmente la injusticia y tener un temperamento y una voluntad enderezados a justipreciar la relatividad del mérito para comprender en toda su intensidad cuánto dolor, cuánto desasociado, cuánta desconfianza futura, cuánta desmoralización del yo traen con-

sigo esos golpes de autoridad en que una simpatía, una recomendación, el pago de un servicio, un sentimiento partidarista, son antepuestos a la buena conducta probada, al talento, al trabajo entusiasta y tesonero.

He querido comprender y sentir a Larra. Confieso que lo primero no ofrece tantas dificultades, por no decir la imposibilidad de lo segundo. Estoy seguro de que Fígaro ha sido un hombre de una sensibilidad exquisita, pero que se guardó para sí. ¿Por qué? ¿No fué capaz de expresarla? Cuando lo pretende, pinta cuadros que causan terror, que abisman, que, si se quiere, anonadan, pero no logra producir esas sensaciones que hacen amable la vida, que uno se figura eternas. Los amores en Larra son por demás apasionados: siempre hasta la muerte; pero siempre también el hado fatídico se interpone entre los amantes para condenarlos a eterna separación. Allí están para que lo digan don Juan de Austria y la judía Florinda, Macías y Elvira.

En las ruinas de Mérida, Larra siempre el mismo. Su alma no puede apegarse a los objetos, por más artísticos que estos sean, por muchos recuerdos que evoquen. Un Bourguet habría hecho revivir con vida nueva las vetustas ruinas de aquella ciudad que llegó a ser una de las principales del imperio romano. Lotí nos haría alejarnos de ellas dejando mitad de nuestro corazón, la nostalgia de su recuerdo. Larra entona una especie de elegía fúnebre y se aprovecha de los contrastes que presentan al observador la magnificencia de sus ruinas para censurar la pequeñez de miras del gobierno.

De su corazón no brotan esos efluvios de ternura con que algunos saben rociar los objetos y los seres que más les conmueven. No es un avaro de sensaciones que quiera atesorarlas dentro de su pecho. Pasa sin preocuparse de lo que va quedando a sus espaldas, sin ocurrírsele ni una vez sola echar una mirada de despedida.

Es que no encuentra su vista el lado amable de las cosas. Parece un loco con una idea fija que lo abrumba, pero que sin

embargo le permite dar una contestación exacta al que pretende desviarlo de su senda, al que quiere inoportunarlo con majaderías. Parece ignorar que el hombre ha llorado siempre las mismas lágrimas y sufrido los mismos sinsabores, y que los mismos problemas que lo agitan, las mismas incertidumbres lo han agitado en épocas pasadas.

No obstante, al correr de sus páginas, uno aprende a contemplar la vida en todos sus aspectos. Larra la mira, es cierto, las más de las veces por el lado ridículo, por el lado más débil, por el que ofrece mayor cebo a la curiosidad, a la meditación. Leyendo sus artículos el lector aprende a pensar, a reflexionar más intensamente. Queda uno convencido de que las cosas y las personas no son tan malas como a primera vista aparecen a través de sus líneas ni tan buenas como el inexperto se las forja.

Para cerrar este estudio de Larra, en gran parte subjetivo, en que he prescindido de datos que son de rigor para dar a conocer algunos pasos biográficos, y me he limitado muchas veces a consignar cómo interpretaba yo diversos hechos y situaciones de la vida de Fígaro, sólo me resta confesar que no tiene este trabajo otro mérito que el ser espontáneo. No he querido recurrir a andaderas, como las hay y muy numerosas. Sólo he citado autores para dar más consistencia a mis opiniones.

ANTONIO TAGLE G.

EL OCASO DEL DOGMATISMO LITERARIO

De labios de Jesus Castellanos—ese alto y noble pensamiento, a cuya prematura desaparición no me ha sido dable resignarme todavía—oí en cierta ocasión una frase que no he podido olvidar y que adquiere hoy para mí singular importancia, por hallarme investido del cargo de profesor de literatura. Habléle alguien de la conveniencia de fijar, de manera clara y concisa, en vista de las grandes transformaciones que habían sufrido las letras durante la edad contemporánea, las bases de una retórica nueva. Y Castellanos, rápidamente, objetó:

—Y si la retórica está ya muerta, y bien muerta ¿para qué pretende usted resucitarla, aunque sea dotándola de nueva vestidura?

El problema estaba mal planteado, pero el problema, de todos modos, existe. No es que haga falta una nueva retórica, pero sí hace falta adoptar, dentro de los planes de enseñanza, la manera de substituir el dogmatismo literario. No es de hoy que la retórica está en bancarrota. Esa bancarrota se hizo patente desde el momento en que, por obra de algunos tratadistas, la retórica buscó un nombre vergonzante y se hizo llamar «preceptiva literaria» para que no le pusieran reparos en el mercado. Empero, lo mismo en estos tratados de literatura preceptiva que en los antiguos de retórica, se estudiaban cuestiones que parecían relacionadas más bien con la arqueología literaria que con el arte de escribir. Bien sabido es que nadie aprende a escribir merced a un tratado de retórica, y que, si algo pudiese aprender, de bien poco le serviría, pues casi todos los géneros de que tratan los libros de retórica son géneros muertos, desaparecidos u olvidados, como la epopeya, el idilio pastoril, la oda o la anacreóntica, según hizo notar, de manera

perspicaz, el insigne Rodó, o bien como la loa y la letrilla; géneros y formas que aún pueden cultivarse y a veces se cultivan como ingeniosa evocación de moldes en desuso, pero que no son ya la expresión genuina y constante de la literatura de nuestro tiempo. En cambio, bien poco se encuentra que sirva de contribución al estudio de los moldes actuales.

«La epopeya es un género muerto,—dijo el maestro uruguayo—a lo ménos en su forma clásica; las actuales condiciones de la sociedad lo repudian; nadie lo cultiva; nadie puede soñar en cultivarlo;... pero el retórico consagrará largas y nutridas páginas a estudiar la construcción orgánica de la epopeya, el desenvolvimiento de su acción, los caracteres de sus personajes, las condiciones de su estilo y de su forma métrica, como si en todo esto pudiera haber algo más que un interés de erudición o de arqueología literaria. La épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo es la novela, orbe maravilloso donde caben todo el infinito de la imaginación y todo el infinito de la realidad, con su abreviada imagen: el cuento, que es una novela menor, más alada, más leve, más primorosa;... pero para el retórico la novela y el cuento seguirán siendo especies secundarias, porque lo son dentro de la jerarquía que tiene por tipo supremo a la epopeya; y para legislar sobre aquellas dos especies prescindirá, o poco menos, de la experiencia inagotable en originalidades y rectificaciones, que ofrecen la evolución romántica y la evolución naturalista, aún sin contar las tendencias que han venido después.

«La magnífica explosión de subjetivismo poético que es uno de los grandes caracteres literarios de la pasada centuria, desde Leopardi y Musset hasta Verlaine, ha dado a la lírica una extensión y variedad que nunca tuvo, en formas y en sentimientos, y las clasificaciones de la lírica clásica resultan notoriamente mezquinas para encauzar esa caudalosisima corriente; pero el retórico no ensayará una clasificación nueva y tan fiel como lo consienta la multiplicidad incoercible de las modificaciones líricas, sino que se atenderá a las divisiones que bastaron para la homogeneidad y sencillez de la lírica del Renacimiento o del siglo XVIII, y nos hablará de la oda, de la anacreóntica y del madrigal como de formas típicas y florecientes todavía. El con-

vencionalismo pastoril y bucólico está tan muerto y sepultado como las novelas de caballería; pero para el retórico existe, sólo porque alguna vez existió. En cambio, en esas dilatadas fronteras de la ciencia y el arte, donde se entrelazan de mil modos distintos verdad y belleza, el pensamiento moderno ha suscitado riquísimos modelos de obras *intermedias*, singularmente adecuadas a nuestro gusto y a nuestras necesidades espirituales; obras que, como las de Quinet, como las de Guyau, como los *Diálogos* de Renán, como cien otras, anticipan acaso las formas que tendrán preferencia en la literatura del porvenir;... pero el retórico no se sentirá tentado a penetrar en este campo inmenso y florentísimo, y se excusará de ello señalando el obscuro rincón que dedicará en su tratado a hablar de las obras *didácticas y doctrinales* concebidas a la antigua manera» (1).

No obstante, esos tratados de retórica siguen usándose en no pocos países de habla castellana. Raro es, en Cuba, por ejemplo, el profesor que se decide, franca y resueltamente, a sustituirlos por un sistema mejor. A muchos alcanza lo deficiente y absurdo de esta forma de enseñanza, mediante la cual sólo se logra atiborrar la mente del discípulo con definiciones más o menos convencionales y con una nomenclatura de tecnicismos tan ridícula como inútil, que nunca ha sido usada por los maestros de la crítica contemporánea; pero la dificultad de reemplazar el sistema les ha parecido un obstáculo insuperable.

Y sin embargo ¿qué obras son las que puede poner hoy en manos de sus discípulos un profesor de literatura? Si subsistiera la boga de Hermosilla el mal, con ser grave, no lo sería tanto, porque, en Hermosilla encontramos siquiera un cuerpo sistemático de principios, dentro de limitaciones estrechas, pero precisas y claras. No fué Hermosilla, como humanista, una de las más altas cumbres de la España de su tiempo, pero su *Arte de Hablar* es, por lo menos, el reflejo de un momento histórico de la literatura española, puesto que resume, mejor que ninguna otra obra análoga, las doctrinas de la escuela pseudo-clásica. Siempre adolecerá su obra del defecto

(1) *El Mirador de Próspero*, por José Enrique Rodó. Montevideo, 1913. Artículo sobre *La Enseñanza de la Literatura* págs. 69-75.

esencial de aquella escuela: el apego a la infabilidad de las reglas, fundado en el error de que la retórica, desde Aristóteles hasta la edad contemporánea, estaba llamada a establecer las bases seguras e inmutables del arte literario; y del defecto, grave también, ya que no fundamental, porque podría ser subsanable si se ajustara la retórica a las transformaciones sucesivas de los géneros literarios, de conceder preferencia absorbente a los géneros muertos o desaparecidos; pero la obra de Hermosilla, con todo, supera a muchos otros tratados posteriores, porque puede afirmarse que los libros de retórica han sufrido en castellano una evolución a la inversa, y que por hacer gala de eclecticismo, muchos tratadistas revelan no tener siquiera una orientación definida. Valga como ejemplo la obra de Gil y Zárate, que aunque hecha con propósito mercantilista, fué el producto de un literato profesional, y en algunos aspectos resulta inferior a la de Hermosilla, no obstante los principios absurdos e intransigentes preconizados por éste. Es interesante recoger lo que sobre ella, aunque refiriéndose principalmente a la parte de historia de literatura, dijo Menéndez y Pelayo:

«Cuando la enseñanza de la historia literaria, que ya habían profesado, aunque por breve tiempo, Estala y otros en los antiguos Estudios de San Isidro, fué renovada por el plan de 1845, y entró en el cuadro general de las asignaturas universitarias, el mismo Director de Instrucción Pública que redactó aquel plan, encontró muy útil, y asimismo muy lucrativo para él, componer un libro de texto e imponerle a todos los establecimientos del Reino. Así nació el *Manual de Literatura* de D. Antonio Gil y Zárate, que ha servido de texto a varias generaciones de estudiantes, y que por sus condiciones didácticas merece relativa alabanza, si se le compara con todo lo que ha venido después». (2)

¿Qué fué lo que vino después? Vino Raimundo de Miguel, latinista que mantuvo en la métrica castellana la teoría de las sílabas largas y fué algo así como el heredero de todos los prejuicios de la desaparecida escuela pseudo-clásica; vino Coll y

(2) Prólogo a la *Historia de la Literatura Española*, por Jaime Fitzmaurice-Kelly, traducida por Bonilla y San Martín. Madrid, sin fecha (1901).

Vehí, cuyo claro talento no logró evitar que su libro resultara, según declara Menéndez y Pelayo, «afeado por el exceso de reglas menudas y el demasiado, aunque discreto, amor a los primores retóricos»; (3) vino el malogrado Manuel de la Revilla, cuyo mayor renombre se debe a que, a sus cortos años, se consagró a componer obras de algún aliento; y vinieron, en fin, esos monstruosos adefesios de Campillo y Correa, y de Arpa y López.

¿Qué decir del criterio de Campillo, que, refiriéndose a la hipérbole, la figura que más llamada está, por su misma índole, a herir la imaginación, dice: «La regla mejor de esta figura es que apenas la adviertan quien la usa y quien la oye o lee»? Y si a la parte métrica vamos, encontraremos párrafos como éste, que no tiene desperdicio, sobre todo si se considera que, mucho antes, autores como la Avellaneda habían usado, gallarda y armoniosamente, cierta clase de versos:

«También se han escrito versos de quince sílabas y de diez y seis, suponiendo que merezcan llamarse versos combinaciones tan inarmónicas. Realmente sólo deben citarse como tales los de cinco, seis, siete, ocho y once sílabas, pues tienen carácter propio, y han sido usados por nuestros mejores poetas, constituyendo desde la sencilla endecha hasta el grandioso poema épico.» (4)

MAX HENRÍQUEZ UREÑA.

(Continuará)

(3) Prólogo a los *Diálogos Literarios*, de Coll y Vehí. Quinta Edición Barcelona, 1907.

(4) *Retórica y Poética o Literatura Preceptiva*, por Narciso Campillo y Correa. Tengo a la vista la quinta edición (Madrid, 1893). La he utilizado para estas y otras observaciones.

NOTAS Y DOCUMENTOS

El reclutamiento de los oficiales en Francia.—El cuerpo de los oficiales franceses comprende oficiales de carrera y oficiales de complemento. Esto nada tiene de original. La originalidad comienza con el sistema de reclutamiento de unos y otros.

Para los oficiales de carrera existen siete escuelas: Saint-Cyr, Saint-Maixent, Polytechnique, Fontainebleau, Versailles, Vincennes y Saumur. No cuento a los oficiales del Servicio de Sanidad. Con estudios literarios o científicos, primarios o secundarios, habiendo sido o no militares, todos encuentran una puerta de entrada como oficiales al ejército. En ningún otro país se dan tantas facilidades de acceso a la condición de oficial.

La consecuencia es una diversidad de maneras de ser, de condiciones sociales, de inclinaciones que dan al cuerpo de oficiales una vida intensísima.

El cuerpo de oficiales de complemento no está menos abierto. Todo el que acepta hacer algún periodo de instrucción complementaria es admitido al examen profesional. Al propio tiempo, los alumnos de las grandes escuelas—de ciencia o de letras, de industria o de agronomía—son, por derecho propio, reclutados, tienen los mismos derechos que los suboficiales reenganchados, a quienes benefician largos servicios activos.

Si se observa, por ejemplo, el cuerpo de oficiales de un regimiento de infantería movilizado, se encontrarán en él *saint-cyriens* y *saint-maixentais*, antiguos suboficiales reenganchados, empleados de banco, agricultores, maestros, clérigos, comerciantes, contramaestres de fábrica... ¡Qué maravilloso conjunto! Las moléculas consiguen dentro de él, con trabajo, adoptar las formas más disemejantes. La envidia se ha esforzado en romperlo, oponiendo el soldado al oficial, el oficial de complemento al oficial de carrera, el oficial de tropa al oficial de Estado Mayor... Todo en vano: el block ha resistido, se ha mantenido moralmente homogéneo. El tiempo borra los disgustos inevitables en una multitud semejante y sólo queda el recuerdo de la gran obra realizada en común y de la pequeñez de las críticas.

Esta variedad dentro de la unidad asegura a nuestro cuerpo de oficiales la propiedad esencial de adaptarse a la tropa. La experiencia de siglos lo ha probado: un ejército sólo vale por la adaptación de sus cuadros a la tropa.

Y si no, allí tenéis ese desgraciado ejército austriaco en que la diferencia fundamental de las nacionalidades paralizó siempre el valor respectivo—muy real por otra parte de los soldados y de los cuadros. Aún más, y por mucha que incontestablemente fuese su solidez, el cuerpo de oficiales alemanes no pudo resistir a la prueba de la derrota, en tanto que el nuestro soportó la retirada de Agosto-Septiembre de 1914, las decepciones de Abril de 1917, las angustias de Marzo y Mayo de 1918. ¿Por qué esta quebradiza rigidez del primero y esta elasticidad del segundo? La razón es sencilla: el cuerpo de oficiales alemanes es una casta reclutada en un medio estrecho. Este origen mantiene entre la tropa y él una línea de demarcación que en las horas de peligro se convierte en una línea de ruptura. El nuestro, por el contrario, representa, como la tropa, a todos los elementos de la nación. Entre el oficial y el soldado la diferencia es de grado, no de esencia. Realiza la fórmula misma del ejército democrático.

Y si nuestro cuerpo de oficiales realiza esta conducta primordial de la nación en armas, ello se debe precisamente a la amplitud de su sistema de reclutamiento, al número y a la diversidad de las raíces por medio de las cuales va a beber la sávia en el terruño.

Antes de la guerra, ciertos espíritus enamorados de la unificación, preconizaban la unidad de origen para los oficiales de carrera y entregaban a escuelas de aplicación el cuidado de diferenciar las armas. Esa es una vista incompleta del problema. La diversidad de orígenes, más que especializar las armas, tiene por objeto atraer al cuerpo de oficiales espíritus de diferentes naturalezas. Para mandar a la nación en armas es indispensable comprender los distintos medios intelectuales y los distintos medios sociales. Y la experiencia acaba de demostrarnos cómo nuestras numerosas escuelas consiguieron reclutar la variedad de tipos de oficiales indispensables para realizar su estrecha adaptación a la variedad de los tipos de nuestros soldados.

El francés tiene, sin duda alguna, un espíritu flexible; comprende fácilmente naturalezas diferentes de la suya. Nuestros oficiales alcanzaron pleno buen éxito en los bisonños ejércitos extranjeros, sólo ellos consiguieron crear y mantener la Legión Extranjera, sólo ellos supieron mandar los contingentes árabes, marroquíes, sudaneses y anamitas. Esos hermosos resultados

son innegables, deben cargarse, con general aplauso, al activo de nuestro cuerpo de oficiales. Pero ello no obsta a que, de todos los soldados de Europa, de Africa y de Asia, el más difícil de mandar sea siempre el ciudadano francés. Tiene exigencias terribles, justificadas por lo demás. Es menester comprenderlo y satisfacerlo. Tendréis, después, un soldado incomparable. Si se le adivina tan sólo de un modo incompleto, un táctico de primer orden, un estratega sin igual nada obtendrá de él. En nuestra democracia, que no es más que una multitud de pequeñas aristocracias, la escuela única sería incapaz de alcanzar a todos los medios sociales, y atraer intelectualidades diferentes. Nos daría un cuerpo de oficiales de carrera demasiado rígido para que pudiera adaptarse exactamente a la tropa.

El sistema actual de reclutamiento ha satisfecho plenamente las más temibles exigencias. Merece ocupar el primer sitio entre los elementos que dieron a nuestro cuerpo de oficiales el poder de vencer.

GENERAL DEBENEY.

El periodismo contemporáneo (1).—Del aplastador anónimo de la redacción periodística hablaba ya, hacia la mitad del pasado siglo, con simpatía calurosa y admirativa, don Ambrosio Montt, cuando, estudiando la influencia de la opinión en el Gobierno y la de la prensa en la formación de la opinión pública, y delineando, de la manera magistral que él sabía, los rasgos caracterizantes del diarista de entónces, afirmó que, semejante a los obreros de las Pirámides y del Coliseo, este obrero intelectual abdica su personalidad en favor de la gloria del monumento.

Servidores de la comunidad social, que es *nuestro monumento*, nos entregamos, en efecto, con todas las potencias y sentidos, al estudio y dominio de los grandes y de los pequeños problemas de interés nacional; los planteamos y esponemos rectamente, en el sentido de la conveniencia pública; los defendemos en larga batalla de semanas, de meses, y de años, soportando siempre la crítica contradictoria, a veces el rumor insidioso, en ocasiones el venenoso picor de los gases asfixiantes de la difamación.

Y cuando la hora del triunfo sobreviene — cuando es realidad benefactora la pensión para el trabajador inválido en la faena, ántes librado, en el tal infausto evento, a los negros

(1). El autor, redactor de «La Nación» de Santiago, leyó hace poco en el *Ateneo* una conferencia sobre «El Periodismo Contemporáneo.» Lo que ahora publicamos es como un resumen de esa conferencia.

azares de la miseria; cuando hemos logrado para el combustible de los ferrocarriles precios que importan millones de pesos de economía, ahorrados en último término al haber de todos los ciudadanos; cuando, a fuerza de *artículos* y más *artículos*, hemos visto echarse a andar a una ley de caminos de la cual es dable aguardar para la agricultura extraordinario florecimiento, un despertar de cultura y de riqueza para remotas y perdidas regiones del territorio, nuevos horizontes de belleza para el turismo, y para el hogar oportunidades de más fácil y abundante provisión — nuestro último deber y nuestra última tarea consisten en escribir, con abnegación anónima, el último artículo para tributar a gobernantes y legisladores el condigno aplauso y señalar su obra a la consideración de la generación presente, y quizá de las venideras. ¡Todo por la gloria del monumento!

II

Quiero suponer que esta mañana habéis comprado un diario — cualquier diario —; y que, después de recorrer con detención mayor o menor sus páginas numerosas, lo habéis dejado de mano, con un si es no es de desabrimiento y desencanto, como parece que suele suceder, exclamando:

— ¡Qué diario más insípido!

Eso que así arrojastéis, esas hojas impresas que no alcanzan a satisfacer plenamente vuestra curiosidad simple o compleja, sana o morbosa, comercial o literaria, social o política, hípica, financiera, deportiva o policial; esa como cosa viva que casi ha empezado a dejar de ser en el momento mismo en que de vosotros la apartabáis, semejante en lo efímero de su existencia al frágil insecto, tan vívidamente caracterizado por Remy de Gourmont, en que nace para fecundar y muere porque fecunda; ese diario que salió con la aurora, que como ella ha despertado a las gentes para lanzarlas a la afanosa lucha por el pan, por la fortuna, por los honores, y que apenas ha durado, un poco más que ella, encarna y resume, en síntesis admirable, ingentes esfuerzos agrupados y coordinados; está compuesto de la velocidad eléctrica, de la creadora potencia del vapor, del chisporroteo del pensamiento, de la fortaleza y la elasticidad del músculo; y es, si a meditar en él nos detenemos, memorándum casero y opúsculo de divulgación científica, vocero de ideas y pregón que invita a transacciones comerciales, enseñanza para muchos, noticiero para todos, cambiante y siempre

novedosa enciclopedia, traslúcida pantalla en que se registra y reproduce, por modo que se diría de encantamiento, cada veinticuatro horas, el latido del corazón jamás cansado de la humanidad.

III

La linotipia, que ha sustituido a un tiempo a la ágil mano del cajista y al fabricante de caracteres de imprenta, mejorando la condición económica de aquel al trasformarlo en linógrafo, y facilitando, con la perenne integridad del tipo, la buena presentación, la lectura y por lo mismo la virtud penetrativa y la difusión de los diarios; el fotograbado, que ha hecho posible la improvisación gráfica, o sea la ilustración improvisada; lá esteotipía, con cuyo auxilio se acuña esa como edición anticipada e invertida de aquellos, que son las matrices metálicas; la prodigiosa estructura y el espedito funcionamiento de las prensas ultrarrápidas, inteligentes como personas y tan celosas de lo que reciben y de lo que deben entregar que a sí mismas se fiscalizan, no se sabe si voluntaria o automáticamente, todo eso hace ver que el diario es el producto de una de las técnicas industriales mas perfectas y, aunque parezca paradoja, mas sencillas y complicadas; todo eso, sumado al importe nunca antes registrado del papel de imprimir, constituye a la de editar un diario en una de las empresas económicas mas arduas y costosas, y que eso no obstante, espenden su producto a precio mas bajo y menos remunerador.

Es que el periodismo industria en cuanto fabrica una cosa material, sin perjuicio de ser ejercicio intelectual, género literario y hasta, para ciertos espíritus, especie de apostolado cívico — tiene esto de singular: no vive de su producto, que es el diario; vive o prospera merced al aviso, que es un subproducto...

IV

Ved ahí cómo el anuncio, de que algunos abominan todavía, costea la información abundosa, que a los mismos interesa y aprovecha; cómo el comerciante que quiere impulsar la venta de sus téas y de sus automóviles, el profesional que intenta dar permanente cita a creciente o decreciente clientela, y hasta el modesto empleado doméstico que ofrece sus servicios en la página de los avisos económicos, todos contribuyen a satisfacer con su dinero el presupuesto anual del diario, mayor de varios millones de pesos; cómo y por qué solo gracias a que éste ha adquirido ese carácter puede ser lo que es y no puede dejar de ser, en estos tiempos de intensa e irrefrenable convivencia in-

ternacional; en que la solidaridad de los mercados constituye, según una expresión que pediríamos prestada a Norman Angell, una *realidad sensorial*; en que se hacen en días viajes que ántes tomaban meses y en horas viajes que ántes demoraban días y semanas; y en que la chispa eléctrica y la onda aérea mantienen en contacto quizá no interrumpido a las regiones mas apartadas de los cinco continentes—un eco palpitante, un reflejo vívido y sincrónico, un fragmento, escrito en unas cuantas hojas periódicas y volanderas, de la historia del gozar y del penar cotidianos, del incesante vivir y morir de la humana especie sobre la superficie del planeta.

V

Pero la insuperada eficacia del periodismo no nace toda de la grandiosidad de las instalaciones mecánicas, de ese como sojuzgamiento que de las fuerzas de la naturaleza ha realizado para ponerlas bajo servidumbre. Sin las libertades espirituales, que él mismo contribuyó a conquistar en lides memorables y trágicas, el diario sería como un cuerpo sin alma, como una locomotora detenida en la mitad del páramo, falta de combustible, como un lago al que estuvieran conduciendo sus aguas, para clarificarlas allí, todos los ríos del mundo, y sobre el que no fuera posible la magia del iris por haberse apagado para siempre la luz del sol. No olvidemos que el derecho de imprimir era, no hace dos siglos, privilegio otorgado por el Rey, y que la libertad de prensa, como la libertad de pensamiento, como la libertad de reunión, como casi todas las libertades, surgió a la vida, batiendo gloriosamente las alas entumecidas, en medio de tormentosa aurora de la Gran Revolución.

Y he ahí que ahora la publicidad no es ya una institución local que pueda o no plantearse a voluntad del despotismo de uno o de la sanción legislativa de muchos, sino una consecuencia de la civilización, uno de los elementos integrantes, primordiales e ineludibles de la sociedad, una como atmósfera permanentemente oxigenada de la democracia.

Quien enseña a leer — escribía Montt desde Francia, donde la reacción del Segundo Imperio amagaba a la sazón sofocar la libre expansión del pensamiento— otorga de antemano el derecho de leer y su consecuencia inevitable: el derecho de publicar. El Gobierno que funda universidades, academias, escuelas; que favorece la difusión de las luces con su autoridad y sus tesoros; el Gobierno que impone al padre el deber de enviar su hijo al aula, señalando premios a la instrucción, severo castigo a la ignorancia; ese Gobierno no puede, si se ha de mostrar

racional y lógico, aborrecer la publicidad ni poner trabas a la prensa. ¡Si hay individuos que prenden su lámpara para dormir, no hay sociedad que cree la luz para cerrar los ojos!

VI

Razones son todas esas, de orden espiritual y material, que explican el constante incremento, el auge portentoso de la prensa contemporánea; razones que explican por qué la tarda gaceta hebdomadaria, de tirada escasa y restringida circulación local, ha sido reemplazada por esos que ahora solemos llamar *rotativos*, de hasta cuatro y cinco ediciones diarias, parecidos a un libro por el número y contenido de sus páginas, y cuya difusión e influencia se extiende mucho más allá de los lindes nacionales; que explican por qué en Chile, donde hace cincuenta años apenas se darían a la estampa diez diarios, se publican hoy ciento cinco diarios y más de seiscientas hojas periodísticas; por qué, en el espacio de un siglo, ha subido de trescientas sesenta a más de veinte mil la cifra de las publicaciones periodísticas de los Estados Unidos de América; por qué una estadística reciente registra más de ciento cuarenta mil periódicos que a estas horas están llenando, en el ámbito del mundo, misión a veces obscura pero casi siempre iluminadora.

VII.

Rodó, el gran Rodó, grande escritor como para haberse atrevido, en magnificador ensayo biográfico, con don Juan Montalvo, ese otro maestro americano del habla castellana; Rodó, más pensador y menos polemista que el insigne polígrafo ecuatoriano, es quien ha formulado, en el molde de la elocuencia más cálida, la palabra más justa sobre el periodismo,

Así como Gutenberg—dijo el uruguayo ilustre ante un auditorio de periodistas, que, sin ejercer él mismo, sin haber jamás ejercido el periodismo militante, le había aclamado su presidente, presintiendo y anhelando acaso la iluminación, que no el deslumbramiento, de este chispazo-síntesis del cerebro de *Próspero*—así como Gutenberg, si se restituyera al mundo, había de maravillarse y de desconocer su propio invento cuando se le presentaran como derivados de él esos portentosos organismos mecánicos en que la imprenta parece infundir el soplo de su espíritu, creando monstruos inteligentes dotados de la fuerza y de la agilidad de los que imaginó la fábula, así también los que, apenas hace dos siglos, lanzaron tímidamente los *Mercurios* y *Gacetas* que encerraban el germen de lo que

había de ser la prensa periódica, se pasmarían de estupor si les fuera dado contemplar la transformación prodigiosa que ha hecho del diario contemporáneo una de las fuerzas que dominan al mundo: una fuerza que rivaliza con los gobiernos, porque difunde, en formas democráticas y accesibles a todos, los resultados de la cultura humana; que sustituye a la tribuna, aventajando al Agora y al Foro de los antiguos tiempos como centro de deliberación y de acción cívica; que complementa la obra del ferrocarril y del telégrafo en la aproximación y el conocimiento mútuo de los pueblos; que remueve, con la formidable palanca del anuncio, las energías del comercio y de la industria; que con los nuevos medios económicos de reproducción gráfica, populariza un reflejo de las creaciones del arte, antes reservadas en el santuario de los museos y de las galerías de los ricos; institución compleja y enorme, que participa de la plaza pública, de la cátedra, del club, del correo, del mercado, y que constituye en sí misma la más exacta imagen, la más característica expresión de la vida moderna; a tal punto que, si la moderna civilización quisiese levantar la bandera que fiel y enteramente la simbolizase, en sus excelencias lo mismo que en sus defectos, no podría escogerla mejor que enarbolando por bandera dos hojas desplegadas de un diario y haciendo del vendedor de diarios el abanderado plebeyo de sus ejércitos en marcha.

VIII

He de terminar.

Y puesto que casi todo queda por decir acerca de la prensa periódica, como institución universal, termino sin *conclusiones*, acogiéndome al *no decido* con que en la última página de la novela de Nordau se deja suspendida la preferencia del ánimo entre los dos extremos de la eterna antimonía: Eynhardt, soñador, inepto para el provechoso ejercicio de la vida real, y Haber, triunfador en la vida, pero a su vez inepto para el empleo provechoso de esa mas noble parte de la personalidad que es el espíritu; y reconociendo que acaso sea aplicable al diario—símbolo, pues, y síntesis cabal de la sociedad moderna, como enseña el impecable ensayista de *Motivos de Proteo*—lo que, definiendo la virtualidad, bienhechora y maléfica del instrumento verbal escribiera el poeta: «La palabra es espada. Así produce—según quien la maneje, el bien o el mal:—lo que es espada en manos de un hidalgo—en manos de un bandido es un puñal.»

JORGE GUSTAVO SILVA.

Lo que costaban los artículos de consumo diario en la ciudad de Santiago en 1691.—Para desesperación de los que se quejan de la carestía de la vida en la actualidad, vamos a recordar aquí lo que costaban los principales artículos de consumo diario en esta ciudad de Santiago en el año 1691. Constán esos precios de un Arancel que el Cabildo de Santiago mandó hacer el 20 de Julio de 1691 y aprobó el 27 del propio mes y año.

«Seis panes de a libra, por un real
 Seis velas de buena calidad, por un real
 Un almud de sal, por dos reales
 Una arroba de sal de Lima, seis reales
 Un almud de ají, dos reales
 Un almud de lentejas, dos reales
 Un almud de garbanzos, cuatro reales
 Un almud de porotos, dos reales
 Cuatro pejerreyes grandes, un real
 Seis cabezas de ajo, un real
 Seis cabezas de cebolla, un real
 Medio tocino grande, dos pesos
 Un pernil grande, un peso
 Una libra de tocino, un real
 Vara y media de longaniza, un real
 Dos morcillas, un real
 Una libra de manteca, un real
 Libra y media de grasa, medio real
 Un cuartillo de miel de cañas, tres reales
 Un cuartillo de aceite, ocho reales
 Dos libras de higos, medio real
 Una libra de queso, medio real
 Un almud de papas, real y medio
 Un almud de maíz, un real
 Un almud de chuchoca, dos reales.»

El vino no figura en este Arancel porque pocos días antes el mismo Cabildo había mandado venderlo a no más de dos pesos la arroba del de la última cosecha ni a más de tres la del añejo.

¡Y de fijo que en aquellos buenos tiempos, ni más ni menos que hoy, la gente no se cansaría de lamentarse de la carestía, de la exorbitante carestía de la vida!

R. H. F.

¿Voto secreto o público?—Después de las recientes elecciones, se ha vuelto a proponer la cuestión de si nos conviene conservar el voto secreto o hacerlo público.

El voto público ha tenido abogados de consideración desde Stuart Mill; pero las legislaciones electorales contemporáneas han tendido tal vez unánimemente el voto secreto. Después de la gran guerra, los antiguos países que han cambiado de forma de gobierno y las nuevas naciones que emergen en la carta geográfica europea, adoptan también el voto secreto. No sería natural que hiciéramos una excepción a dicha tendencia, tanto menos cuanto el voto secreto fué una conquista estimada de progreso hace cerca de treinta años; apareceríamos como reaccionarios. Y las razones que recomiendan el voto secreto no se han desvanecido; las elecciones últimas, precisamente, dan nuevas razones para insistir en él.

El voto secreto vela por la independencia del elector respecto de toda clase de presiones extrañas, diversas de las racionales o de libre convencimiento. Se quiere consultar la opinión nacional sinceramente. El voto público deja al elector común con escasa defensa respecto de influencias de muchas clases. Hablamos del elector común, porque habrá otros, tal vez muchos, pero siempre la minoría, cuya independencia política, económica, social, y sobre todo de carácter, pueda no afectarse con el voto público. Hay que ver cómo pasan prácticamente las cosas entre nosotros, y en todo el mundo. El voto público, en muchas ocasiones, haría perder su independencia a los electores que figuran en la administración pública y municipal; el temor de perder una situación adquirida les movería a inclinarse hacia el lado de la mayoría de gobierno o municipal. Los empleados particulares, muchas veces temerían apartarse de las tendencias conocidas de sus superiores. Las jerarquías sociales son un hecho; hay dependencias múltiples que no deben influir en el voto, salvo la obra del convencimiento o de libre deferencia hacia la opinión de personas cuyo criterio se respeta.

¿El problema del cohecho, relacionado con el voto público? Es una cuestión nacional, ya que el cohecho está tan extendido entre nosotros. El voto público, en la generalidad de nuestras elecciones, no lo impediría; haría simplemente subir los precios, porque evidentemente se pagaría más caro un voto seguro que otro incierto, cualesquiera que sean las precauciones que se tomen para asegurarlo en cierto modo. Se dice, sin embargo, que el voto público haría conocer a los que se venden, a los que votan fuera de las fórmulas de partido, y disminuirían las ventas de votos por temor a ciertas sanciones de opinión. Pero, así, concluiríamos a un mismo tiempo con la independencia del elec-

tor, todos, o la mayor parte, se verían forzados a votar según las fórmulas de los partidos, de los grupos, de las clases sociales a cuya influencia están más próximos. Tendríamos una especie de tiranía electoral de partidos, grupos o clases sociales, absolutamente contraria a la independencia personal del elector, y a la flexibilidad indispensable de los movimientos de opinión, para que ésta alcance todo su valor y mérito.

Los que particularmente hayan observado las elecciones recientes, no habrán podido por menos de advertir positivas ventajas en el voto secreto. A pesar de él hemos visto la obra de intimidación llevada a cabo en muchas partes del país contra los electores de una candidatura; ¿qué habría sido con voto público?

Y tenemos ahora un nuevo factor de influencia que llamaremos también social, contrario a la independencia de los electores. Están muy extendidos los sindicatos o federaciones obreras. Y aunque éstos oficialmente declararon que sus fines eran sólo económicos y no políticos, que sus adherentes quedaban en libertad para seguir sus simpatías políticas, en la realidad de las cosas el estado mayor de las más de las federaciones obreras tomó partido por un candidato determinado e hizo difícil la independencia en su voto de muchos electores; y esto siendo el voto secreto; más afectada habría sido esa independencia con voto público. El hecho de la existencia de las federaciones obreras, que en general están dominadas por grupos poco numerosos, es otra razón contemporánea para el secreto del voto.

Este secreto debe ser además garantido por la represión de los grupos de intimidadores que amenazan y veján a los electores que, suponen, no han votado con ellos. Es el secreto del voto, la libertad del sufragio, además, lo que se ha visto comprometido gravemente en las recientes elecciones.

Sobre todo, como decíamos al comenzar, nuestra legislación electoral no debe tomar el rumbo reaccionario que resultaría del voto público.

ALEJANDRO SILVA DE LA FUENTE.

BIBLIOGRAFIA

Dr. Cabanès.—*Meurs intimes du passé. (5.ª serie).*—*Les fleaux de l'humanité.*—París.—Michel, Editeur.—1920.

Un nuevo libro del doctor Cabanès es siempre una buena nueva para los admiradores de esa su peculiarísima erudición en que la ciencia más profunda se da gentilmente la mano con una amable liviandad, feliz consorcio que rara vez alcanzan los médicos y ménos aún los médicos eruditos.

En esta ocasión la infatigable curiosidad del doctor Cabanès lo ha arrastrado a registrar—para enseñanza y esparcimiento nuestro—los archivos de la peste, de la lepra, del cólera, de la viruela, de la gripe, enfermedades todas viejas como el mundo; pero siempre, infortunadamente, de actualidad.

En cada epidemia encontramos las mismas reacciones emotivas. El terror engendra las supersticiones; la imaginación popular observa grandes prodigios, ve fenómenos maravillosos modificar el curso de los astros y pide socorros a las diversas religiones. El miedo mata a la gente y desarrolla delirios individuales y colectivos de que caen víctimas, unos después de otros, los médicos, los sembradores del contagio y otras víctimas expiatorias las más inesperadas. El hábito de la muerte cotidiana exagera el deseo, el frenesí casi del goce. Por fin, terminada la epidemia, la humanidad se entrega sin freno a la alegría de vivir. Caso curioso, después de una epidemia, la natalidad aumenta considerablemente.

He visto, una vez más, con vivo placer en este libro del eminente historiador de la medicina, que los médicos de la antigüedad y de la edad media sabían defenderse por procedimientos que no desdeñaríamos hoy día. Y esto nos prueba que es un orgullo loco el que afecta a los muchos que hacen datar a la ciencia de sus propios trabajos. Así, los médicos de aquellas remotas épocas utilizaban las fumigaciones, los perfumes de plantas aromáticas, de que nuestros laboratorios han extraído sustancias anti-sépticas, el azufre mismo y habrían inventado trajes de preservación, singularmente semejantes estos últimos al que fué *inventado* el año último contra la gripe.

El substancial capítulo dedicado a la viruela nos comprueba que allí también el compirismo precedió a la ciencia. La inoculación que el célebre médico Fronchin puso de moda en el siglo XVIII; data en realidad del siglo X. Los chinos y los indúes la practicaban con ritos religiosos y en Turquía era el monopolio de viejas, los nombres de dos de las cuales, la vieja de Filopoli y la Fesobiona han quedado famosos. En el siglo XVIII la manía de las inoculaciones fué extrema, pues la enfermedad causaba pánico. Muchas de los grandes enamoradas del siglo galante vieron sus rostros cubiertos de picadas (Mme. d'Epinay, Mlle. de Lépinaisse, Mme. d'Haudetot, Mme. de Larnage, etc.). Nació de allí la costumbre de estenderse sobre el rostro el colorete en capas tan grue-

sas como las de mantequilla sobre el pan. Así disimulaban las picaduras, que parecían sólo poros un poco grandes. Cabanès refiere—¡caso divertido! que Mirabeau, víctima como Danton de la viruela, escribió todo un tratado sobre la inoculación para el uso de su amante la famosa Sofía de Monnier, de quién tenía un hijo. Por supuesto, la facultad combatió acerbamente a Fronchin y ese médico, que alcanzaba demasiados éxitos en la clientela privada, fué víctima de un odio feroz, de un odio que la facultad de hoy no renegaría. En cuanto a Jenner, por lo que toca a la vacuna, genialmente realizó en 1795 lo que se había entrevisto largos años há.

El libro de Cabanès es sobremaravillosamente interesante desde la primera hasta las últimas páginas. En él están, por lo que toca a la lepra, la descripción de los leproserías, las discusiones de sus asilados con las autoridades, los trajes especiales de aquellos, las castañuelas que anunciaban su aproximación. Por lo que toca al cólera anécdotas sabrosas, fenomenales procedimientos curativos. Respecto de la viruela, terapéuticos originalísimos, como ese famoso italiano Gatti que trató de curar a Mme. Helvetius por la alegría, ejecutando una série de cabriolas en su alcoba. De la gripe; por último, que sucesivamente se llamó *tac* (1414); *lorión doado* (1427); *coqueluche* (1510); *folette* (1733); *baraquelle*, *grippe*, *influenza* (1743); hace una historia muy viva, que manifiesta que desde muy antiguo esa enfermedad fué perfectamente conocida y perfectamente curada.

A.

Clemente Pérez Valdés.—*Comentario sobre el proyecto de reforma de las leyes de matrimonio y registro civil.*—Santiago.—1920.—1 vol. de 30 pág.

Contiene este folleto la reproducción del muy interesante proyecto de reforma de las leyes citadas que que el ex Ministro de Justicia, don Enrique Bermúdez, sometió a la consideración del Congreso Nacio-

nal el 2 de Junio del año en curso; la série de artículos en que el señor Pérez Valdés, desde las columnas de *El Mercurio*, estudió y propuso modificaciones a dicho proyecto, y, por último, la forma definitiva en que quedaría el proyecto del señor Bermúdez si fueran aceptadas las modificaciones indicadas por el señor Pérez Valdés.

Es, en suma, una publicación útil y que aparece en el momento oportuno, ya que es de suponer que el Congreso, que tanto tiempo malgasta en discusiones bizantinas y en estériles desahogos de pequeños intereses personales o de círculos, se decida una vez por todas a abordar la solución del problema de más vasta trascendencia social que pende de su consideración. Y, francamente hablando, lo mejor que el Congreso podría hacer, sería, no entrar en la discusión de ese problema, sino lisa, y llanamente, acatar la solución que a él le han dado juristas de ciencia y experiencia como el señor Bermúdez, especialistas como el Inspector del Registro Civil don Patricio Reyes Solar, y hombres, como don Clemente Pérez Valdés, que lo conocen por todos sus aspectos y que, abnegadamente, han consagrado a su resolución, a costa de toda suerte de esfuerzos y de sacrificios, la existencia entera. Puede el proyecto en referencia adolecer de defectos y vacíos, quizá algunos de sus preceptos son susceptibles de mejorarse; pero, en todo caso, tal como es, será, seguramente, más acabado, más armónico sobre todo, que el que resultaría de una discusión incoherente, entre un centenar de personas, todas ellas suficientes y muy contadas con mediana preparación.

C. B.

Oficina Central de Estadística.—*Estadística del avalúo de la propiedad raíz en la República de Chile*—Santiago, 1920.—1 vol. de 69 págs.

Se da en Chile tan poca importancia a la estadística que el públi-

co ni siquiera se ha percatado de los enormes progresos que las publicaciones de la Oficina Central de este ramo han hecho en los últimos años. ¡Qué enorme distancia nos separa de aquellos buenos tiempos en que el jefe de esa oficina, el inolvidable Vicente Grez, alma de artista y estadístico inverosímil, contestaba socarronamente a un Ministro del Interior, que le reprochaba sabe Dios que enormidades publicadas en algún *Anuario* o en alguna *Sinopsis*: «No se alarme, señor Ministro, eso todo lo más, manifiesta que la estadística está muy mal llevada en Chile». Y así era la verdad: estaba mal, pésimamente mal llevada. ¿Y qué más podía, en verdad, hacer la Oficina Central con los pocos elementos y los escasísimos empleados de que disponía y sobre todo con su jefe, simpatiquísimo bohemio y más que mediano novelista y poeta, que a diario repetía, a quien quería oírsele «que él no creía en la estadística». Mucho ganó el servicio, más en seriedad que en extensión, con la jefatura de Valentín del Campo, pero sus dotes de hombre disciplinado y organizador viéronse totalmente limitadas por la pobreza de elementos de que pudo disponer. La reorganización de la oficina, hecha, por desgracia, en condiciones harto mezquinas y el nombramiento de un nuevo jefe que, al revés de Vicente Grez, cree en la estadística y se esfuerza por hacerla cada día mejor, ha permitido dar a este servicio un impulso considerable, de que es buena prueba el libro que nos ocupa. En él, por primera vez en Chile, se ha publicado la estadística del valor de la propiedad raíz de la República, según el avalúo practicado en el año 1917, en conformidad a la ley número 3091, de 5 de Abril de 1916 para el pago de la contribución de haberes. El trabajo se divide en cuatro partes: la primera se refiere a la República en conjunto; la segunda, tercera y cuarta a cada una de las provincias, departamentos y comunas, respectivamente.

Si en vez de lanzarse en vagas y vacías declamaciones los reformadores sociales de choclón, que tienen por desgracia abundante representación en el Congreso Nacional, estudiaran este libro ¡cuántos errores no se evitarían! ¡cuántas verdades, que ni siquiera sospechan, no comprenderían! ¿Sospechan acaso ellos, por ejemplo, que en un total de 303,365 propiedades raíces que existen en el país, con un valor de \$ 3.435.285.275, las de un valor inferior a \$ 5.000 representa tan solo el 5,60% del valor total de esa propiedad? ¿Y qué la propiedad que podríamos llamar media, esto es aquella cuyo valor fluctúa entre 5.001 y 50.000 pesos, representa apenas el 25,56% del valor total de la propiedad? ¿No ganarían mucho los congresales que estudian y dictan leyes de contribuciones con saber que los avalúos que para su pago se forman son de tal naturaleza que, estudiados en conjunto, arrojan datos como estos: en todo el país solo existen 502 propiedades, urbanas y rurales, que tengan un valor superior a un millón de pesos y que en el departamento de Santiago las propiedades de ese valor son tan solo 88? ¿Quién sabe en Chile que las propiedades de beneficencia tienen un valor de 81.743.765 pesos, las eclesiásticas uno de \$ 81.996,683; y las conventuales uno de \$ 129.382,154?

Pues, todos y otros infinitos datos, del más alto interés, se encuentran en el libro que nos ocupa. Con su auxilio podrán dictarse mejores leyes y abordar estudios que hasta ahora eran imposibles, por falta de materiales, en nuestro país.

S.

Joseph Byrne Lockney. — *Panamericanism.* — Its beginnings. — New York, 1920. — 1 vol. de 503 págs.

Limitámonos por ahora a dar cuenta de la aparición de este libro que apenas hemos tenido tiempo de hojear rápidamente, en particular en las partes que se refieren

a nuestro país. Nos parece de grandísimo interés, así por los problemas que estudia como por el juicio certero y la vastísima erudición de su autor. Permitirá formarse una idea aproximada de su importancia la siguiente transcripción del título de sus capítulos: Significación del Panamericanismo; Formación de los nuevos estados; Fracaso de las tentativas monárquicas; Estados Unidos y la independencia hispanoamericana; Complicaciones internacionales; Antiguos proyectos de unión continental; El Congreso de Panamá; La influencia británica; Actitud de Estados Unidos; Argentina, Brasil y Chile; Bibliografía.

Z:

Enrique Vergara R — *Geografía Postal y Telegráfica de Chile*. — Santiago, 1920. — 1 vol. de 620 págs.

Al componer este libro, su autor, inteligente funcionario del servicio de correos, se propuso estos tres fines:

1.º Vulgarizar los conocimientos geográficos, relacionados con los servicios postal y telegráfico, colocando al público en situación de apreciar los medios de que dispone y lo que puede exigir y esperar en cuanto a la rapidez de las comunicaciones; 2.º Instruir al personal capacitándolo para efectuar correctamente y por la vía más rápida los despachos de correspondencia; y 3.º Facilitar la implantación del servicio de telegramas postales o sea, la extensión de los beneficios del servicio telegráfico a las numerosísimas localidades que sólo disponen del postal.

A nuestro juicio, el señor Vergara ha conseguido en su libro satisfacer, amplia y cumplidamente, su triple propósito.

P.

Maeztu (Ramiro de). — *La Crisis del Humanismo*. — Los principios de autoridad, libertad y función a la luz de la guerra. — Barcelona. — Editorial Minerva, 1919.

«Ni el individuo ni el Estado». Ambos principios han quedado vencidos en esta guerra. El viejo individualismo liberal del siglo XIX estaba ya en pleno descrédito «El individuo contra el Estado» fué la fórmula de Spencer. Y era por el contrario, el Estado el que recibía, como un ídolo nuevo, el incienso de los intelectuales y las genuflexiones de las masas. Hasta en la internacional proletaria, el individualismo extremo—anarquismo—se vió arrinconado por el triunfo del estatismo absoluto—socialismo—, que ponía en manos del Estado, no sólo, todo el poder político, sino todo el dominio económico. El Estado contra el individuo. Las singularidades individuales habían de ser sacrificadas ante el altar implacable de la colectividad.

Pero también la guerra ha traído la derrota del Estado. Cayó por tierra el ídolo de hierro del Estado, del Estado a la prusiana, onnipotente, absorbente, prodigio de organización, cúmulo de fuerza y de imperio, sostenido por los cañones y divinizado por los filósofos, inmenso mecanismo jerarquizado que tenía a su servicio a los pensadores, transformados en catedráticos; a los profesionales, hechos funcionarios públicos, y a los ciudadanos todos, convertidos en soldados. Eso se hundió al hundirse las líneas alemanas en el frente de Francia y Bélgica.

Ni el individuo ni el Estado. Ni libertad ni autoridad. . . ¿Qué es, pues, lo que ahora quiere el mundo? Empieza a bosquejarse en las doctrinas y en los hechos una tercera posición. Y a este problema central de nuestro tiempo ha consagrado un libro Ramiro de Maeztu, libro interesante, hondo, sugestivo como pocos

Proclama el fracaso de la autoridad. Las sociedades basadas en el principio autoritario evolucionan fatalmente hacia el despotismo hasta caer en un delirio de dominación universal, como el que hemos presenciado a la luz siniestra de las

ciudades incendiadas en la guerra.

Pero, a la vez, afirma Maeztu el fracaso de la libertad. La libertad es más bien un principio negativo. No puede constituir el fundamento de ninguna verdadera organización social. El principio liberal no resiste la prueba de los choques violentos y las crisis decisivas. «Ninguna guerra puede pelearse al amparo de los principios liberales». Por eso, sin duda, en las horas graves, los pueblos se resignan al autoritarismo, entregan sus libertades políticas lo mismo que sus libertades económicas y comerciales, y aceptan la previa censura, el servicio obligatorio, la unidad de poderes, la tasa, el racionamiento, la confiscación...

La libertad y la autoridad—sostiene Ramiro de Maeztu—responden, en el fondo, a una misma equivocada concepción jurídica: La de que el derecho es subjetivo, atañe a las personas, ya lo ejerza el príncipe, ya se reparta entre los miembros de la comunidad democrática. Frente a este criterio, defiende Maeztu, como León Duguit, el del derecho objetivo: no lo tienen los hombres, lo tienen las cosas, las cosas que se hacen o que deben ser hechas; las cosas en que los hombres se unen o debieran unirse. La personalidad humana no es, por tanto, un fin: es siempre un medio; un medio para la realización del poder, la verdad, la justicia y el amor.

¡La primacía de las cosas! El hombre no adquiere derechos más que en cuanto es un instrumento para el bien general, objetivo. Es decir, en cuanto desempeña una función. Ni libertad ni autoridad: función. «A la sociedad no le importa gran cosa que un pedazo de tierra vaya a manos del hijo del difunto o de su acreedor hipotecario. Lo que le importa es que se saquen de esa tierra todos los productos que se le puedan extraer sin agotarla». Tal es el principio funcional. Del mismo modo, ¿a qué pueblo pertenecerá un puerto, una isla? Ello debe de cuidarse atendiendo sólo a la respec-

tiva capacidad para desarrollar allí la riqueza i la civilización y servir objetivamente los fines morales.

Se dibuja con esto una nueva estructura de la sociedad. Los hombres, según sus funciones, se agruparían en distintas asociaciones profesionales, algo en el tipo de las guildas o gremios de la Edad Media, entre las que se repartiría el Poder público, perdiendo su cesárea unidad y su carácter imperativo. Habría, claro está, órganos de correlación y armonía. Cada persona valdría, jurídicamente, por la función o funciones que ejerciera. No cabe negar que esta íntima subordinación de la individualidad humana a la obra que debe ser hecha, encierra la belleza ética de una consagración religiosa. Es la obra impersonal, es la función la que confiere derechos. ¡Se acabaron los derechos del hombre y del ciudadano!

¿Se acabaron... ¿Quién podría escribir la frase anterior sin una amarga melancolía! No, no. Ahí está, probablemente, el punto flaco de este admirable libro de Maeztu y el peligro de toda la actual orientación gremialista y sindicalista. Lo que uno vale no lo vale como albañil, o como médico, o como catedrático, sino como hombre, porque no es la función la que da valor moral al hombre, sino el hombre el que da valor moral a la función. Hay, por ese camino que hoy se sigue, un riesgo que es preciso evitar. Pídanos lo que quieran para reorganizar el mundo; ni en nombre del mundo entero pueden pedirme la personalidad, que es sólo mía... ¡El alma sólo es de Dios!

Hemos citado a Spencer al comienzo de estas líneas. Precisamente, una de las mejores revistas francesas se preguntaba hace poco: «¿Qué queda de Spencer?» Y había de responder que, anticuadas sus doctrinas, pasada su ciencia, superado el positivismo, no queda de Herbert Spencer más que Herbert Spencer. ¡La personalidad inconfundible del genial autor inglés!

Y es que parece que los hombres pasan y las obras quedan. Pero en realidad, acaece lo contrario. Pasan las obras, cambia el gusto, envejecen las teorías, se hundén las ciudades, y quedan sólo las grandes personalidades humanas. Porque es dentro del orden mismo donde hay creación, construcción, «dureza de martillo, divina contemplación y séptimo día»... ¡Ese séptimo día, sustraído a la función y al gremio, a la jornada de trabajo y al salario mínimo, y que, sin embargo, ha engendrado todo lo que da a la vida su sentido y su dignidad!

Muchas más cosas queríamos decir. Cada página del libro de Maetzu, *La crisis del humanismo*, está llena de sugerencias que, unas veces de acuerdo con el autor, otras reaccionando contra él, despiertan el pensamiento de los lectores. Es éste el mayor elogio que puede tributarse a un escritor. Y pocas veces estará más justificado.

LUIS ZULUETA.

Eugenio María de Hostos.

—*Moral social. —Apreciación de Hostos, por R. Blanco Fombona. —Editorial - América.*— Madrid, 1920.— 8.º; LVIII pps. de prólogo y 259 de texto.

A Hostos, con ser un nombre tan americano como es por la amplitud de su acción intelectual y por el americanismo de su obra democrática, podemos considerarlo chileno desde el punto de su última y definitiva formación cultural. Porque Chile ejerció sobre él una influencia decisiva en el desarrollo de sus ideales, que llevan un sello estupendo de grandeza; y porque aquí también, la vasta información de sus lecturas, serenadas en esta tierra de hombres talentados sin grandes arrebatos, le acreditó en América la fama de sabio y de artista, que él llevara consagrada desde Chile a otros países hispanos. Pues si se estudia cómo se formó la mentalidad de Hostos y cuáles fueron los ambientes intelectuales en que le cupo desarrollar la suya,

acaso fuera de España en el sentido artístico y de Francia en el científico, el de Chile fué, de todos los países americanos, el que marcó el rumbo definitivo de su orientación intelectual. Su ser artístico era andaluz por el colorido deslumbrante de la fantasía, de la gracia, de la sensibilidad voluptuosa y de la impresionabilidad juguetona y desfloradora, su cultura científica fué parisina primero, y entró en ella mucho del arte francés, y después mucho de la fría y marmórea ciencia alemana como del propio modo, la inglesa afecta a la estadística y desdeñosa e incrédula de las primerizas hipótesis. Y porque su temperamento le llevaba a ella gusto de la ciencia italiana y de sus construcciones sociológicas y se extasió muchas veces en las novísimas concepciones de las teorías del derecho penal, porque Hostos, al par que hombre de letras, fué jurista distinguido. Empero, si esa influencia fué efectiva ¿qué debe Hostos a Chile? Toda la serenidad de esa cultura ya bastante extensa para un hombre que sabía repetir bien lo dicho, agregando acotaciones nuevas sacadas de su cabeza. Blanco Fombona le cree, sin embargo, creador de doctrinas nuevas en derecho, en filosofía y en sociología. No obstante ¿dónde están esas maravillosas concepciones suyas? Es agregar un mérito que a Hostos no cuadra bien porque tiene otros que le aseguran larga y vasta duración. Pero es preciso reconocer la influencia de Chile sobre este Hostos corazonado como lo llamara Pérez Galdós. Fueron muy largas y dilatadas las andanzas suyas para que en sus peregrinaciones no aprendiera nada. «En 1872—escribe el nervioso y admirativo prologuista—está en Santiago de Cuba, en 1873 en Brasil, en Buenos Aires; en 1876 en Nueva York, en 1877 en Caracas, donde se casa, en 1879 en Santo Domingo». Antes había estado en España, y en 1871 y después nuevamente en 1889, en Chile. En todas partes diseminó ideales libertarios muy teóricos para ser com-

prendidos y muy artísticos para tomarles en serio. Pero aprendió, con todo, una cosa: a observar honda y profundamente. Ya eso, para quien es artista por naturaleza y hombre de ciencia por una ignorancia de sus condiciones, es bastante para desarrollar teorías e ideologías en pro de ideales formadores de una fuerte democracia. Pero en Chile aprendió a retemplar las fuerzas de su cabeza pensadora de agudas sutilezas asaltada de continuo por un puñado de ideales que se perdían en el desórden de su vida de lucha y de esfuerzo. En Chile aquietó la fiebre infinita de saber que le asediaba y en Chile renovó su cultura al contacto de los Lastarria, Barros Arana y Letelier. En Chile se hizo pedagogo aún cuando ni su temperamento ni su desbordada fantasía le inclinaban a ese ministerio. En Chile supo impregnarse, en fin, del espíritu genuinamente democrático de la raza y comprender que el cimiento de ella, así como en la monarquía es el honor, en la democracia son las virtudes de una moral fundamentada en un pasado lejano. Hostos nos ha citado a cada paso en ese sentido; nos conocía bien y nos admiraba como el pueblo único de América donde las luchas cívicas, no obstante de ser ásperas y agrias, son dignas de una democracia que tiene el eco de sus virtudes en un pasado lejano y en donde su formación proviene del suelo que la alberga y de los corazones que le encienden vigor, formando patria. Nos había estudiado en las múltiples fases a que le llevara su carrera. Fué rector de un establecimiento de enseñanza y allí comprendió el alma de la raza; fué catedrático de enseñanza superior en nuestra Universidad como profesor de derecho constitucional, y allí entrevió en el alma de la juventud como se desarrollaban las virtudes ciudadanas en un pueblo cuyas instituciones semejan rocas graníticas que él muy bien conocía; frecuentó las reuniones literarias de entonces y fué miembro de ellas y acaso compren-

dió en aquellos cenáculos que, si como pueblo independiente éramos únicos por nuestro carácter, en cambio nuestra literatura, con excepción de dos o tres nombres, era demasiado poco original y caminaba todavía por los senderos de la servil imitación. Y como hombre de mundo que se complace de la buena sociedad culta y del buen trato refinado, penetró en nuestros salones llegando a percibir las singularidades de nuestra sociabilidad timorata y quisquillosa. En esos cuatro aspectos nos conoció Hostos, y nunca se adaptó a la flemática condición de nuestro temperamento. Nuestra idiosincrasia no fué parte a ahogar en él al hombre de cálida fantasía que hacía al artista y no al pensador, que formaba al novelista y no al sociólogo. Pero como venía de las islas del mar Caribe, llenas de luz, rientes de verdura, con ustorias perspectivas marinas, como las islas del mar Jónico», como dice bellamente Blanco Fombona, los temperamentos de allí son «voluptuosos, imaginativos, artistas, más que espíritus razonadores». Y, sin embargo, «Hostos fué ante todo un espíritu crítico. En Chile se acentuó la tendencia crítica de Hostos. En Chile también escribió sus más sólidas obras». Como artista, en Chile escribió su novela de ideales de reparadoras injusticias: la *Peregrinación de Bayaón*; de aquí salieron sus estudios sobre *Plácido*, sobre *Guillermo Matta*, su *Descripción Histórica de Puerto Rico* y aquel soberbio juicio, único en lengua castellana, sobre el *Hamlet* (1872). En Chile también pensó y publicó sus mejores obras: su tratado de *Derecho Constitucional*, sus estudios sobre la *Reforma de la Enseñanza del Derecho* en compañía de Letelier, su *Geografía Evolutiva* y ésta la *Moral Social*. Es este libro demasiado abstruso y abstracto para que ahora le juzguemos. Fuera de la introducción que parece griega lo demás sólo demuestra un buen estilista. Nada más. Pero al terminar este estudio

cabe hacer una pregunta: ¿fué Hostos un pensador como lo pretende Blanco Fombona? La contestación en tal caso es decisiva. Hostos no fué ni filósofo ni sociólogo; fué sólo un artista magnífico y un crítico soberbio. Desgraciadamente él an-

tes que artista, literato y crítico se consideraba filósofo y sociólogo. Fué el suyo uno de aquellos especiales casos de ignorancia de las propias condiciones.

GUILLERMO FELIÚ Y CRUZ.

INDICE DEL TOMO X

	PÁGS.
Armando Donoso.—Sarmiento y Lastarria.....	5
Manuel J. Othon.—Envío.....	35
Domingo Santa María.—Relaciones de la Iglesia y del Estado.. ...	36
Máximo Revón.—Edmundo de Goncourt y los miembros de su Academia.....	44
Ernesto Riquelme.—En la rada de Iquique en vísperas del 21 de Mayo.....	55
Hernán Castro N.—Acerca de la creación de un registro de guar- dadores de menores.....	57
Paulino Alfonso, Anselmo Blanlot Holley, Abdón Cifuentes, Ri- cardo Dávila Silva, Joaquín Díaz Garcés, Alberto Edwards, Iris, Amanda Labarca Hubertson, Juan Enrique Lagarrigue, Ricardo Montaner Bello, Adela Rodríguez de Rivadeneira, Alcibíades Roldán, Carlos Silva Vildósola, Guillermo Suber- caseaux, Emilio Vaisse (Omer Emeth) y Alejandro Vicuña Pérez.—¿Es conveniente en Chile conceder a las mujeres el derecho de sufragio?.....	62
Francisco Echaurren Huidobro.—Como fué nombrado Ministro de Guerra y Marina en 1868.....	80
Alfonso Preciado.—La generación espontánea.....	83
Notas y Documentos.—(Amado Nervo, Morfina, cocaína y opio.— Pompeyo Gener, El gramaticalismo).....	97
Bibliografía.—Armando Donoso, Un hombre libre, Rafael Barrett. —Emilio Rodríguez Mendoza, En horas de inquietud.—Eduar- do de Salterain Herrera, Cartas fundamentales.—José María Cifuentes, Las Municipalidades en Chile.—Máximo del Cam- po, El Conflicto del Pacífico.	103
Domingo Amunátegui Solar.—Leyes Orgánicas de la Universidad de Chile.....	113

Ismael Valdés Vergara.—Carta a mis hijos.....	120
Guillermo Muñoz Medina.—La zarzuela española (conclusión).....	122
Alfredo Andueza.—Los vicios de la democracia.....	130
Carmen Gana de Blanco.—En la corte de Napoleón III.....	148
Agustín López A.—El jardinero.....	151
Eduardo de la Barra.—Reforma radical de la acentuación castellana.	154
Domingo Santa María.—Cómo se hizo la alianza liberal-conserva- dora de 1858.....	156
Máximo Revón.—Edmundo de Goncourt y los miembros de su Academia (conclusión).....	165
Alfonso Preciado.—La generación espontánea (conclusión).....	177
Guillermo Rojas Carrasco.—La filosofía de Tomás Carlyle.....	183
Notas y Documentos.—Bachiller Alcañices, La novela de Cervan- tes La Tía fingida.—Dr. Guelpa, Gimnástica Visceral.—A. T'Serstevens, La superstición del pasado.....	195
Bibliografía.—Angel Ganivet, Epistolario.—Adolfo Rodríguez y Martínez, La reata del camino.—Rodolfo Lenz, Sobre la poe- sía popular impresa de Santiago de Chile.—Ignacio Santa Ma- ría, Guerra del Pacífico.—José Montero, Pereda.—Rodolfo Schreiter, Sepulturas antiguas en los valles calchaquies.— Williams Belmont Parker, Chileans of to day.—Miguel A. Va- ras Velásquez, Correspondencia de don Antonio Varas con el Almirante Blanco Encalada.—Luis Marquet, La continuité de la vie sociale.—Santiago Marín Vicuña, La división comunal de la República.....	202
A. Cabero, Una opinión discordante acerca de las causas de la baja nupcialidad y de la alta natalidad ilegítima en Chile.....	225
Gabriel E. Muñoz.—La muerte de Pan.....	236
Nicolás Segur.—La evolución de la novela.....	239
Alejandro Bertrand.—El ambiente científico en la América latina. Un esfuerzo para fomentarlo en Chile.....	246
Félix de Alzaga.—Esfuerzo del Gobierno argentino para contratar los servicios de Lord Cochrane.....	258
Arturo Orgaz.—Enciclopedia Jurídica.....	262
Víctor Alfonso.—El paisaje del sur de Chile.....	269
Luis Salinas Vega.—Tentativas de Chile en 1871, para separar a Bolivia de la alianza peruana.....	277
Guillermo Rojas Carrasco.—La filosofía de Tomás Carlyle (Con- clusión).....	288
José de la Riva Agüero.—Don Ricardo Palma.....	308
Bibliografía.—Eduardo Barrios, El niño que enloqueció de amor. —René Favareille, La reforme administrative par l'autono- mie et la responsabilité des fonctions.—Thomas W. F. Gann, The Maya Indians.—Alejandro Vicuña, Ensayos de oratoria	

sagrada.—Enrique Villamil Concha, Vida de don Manuel Blanco Encalada.—Rafael Poblete M., Monografía de los generales que actuaron en la guerra del Pacífico.—Angel Moreno Guevara, Historia Militar de la Expedición Libertadora al Perú en 1820.....	326
José Ignacio Zenteno.—Expedición libertadora del Perú salida del puerto de Valparaíso el 20 de Agosto de 1820, año décimo de la libertad.....	337
Eliodoro Astorquiza. — Don Alberto Blest Gana.....	345
L. P. Dubois. — Dos preeminencias que deben tener los Ministros de Hacienda.....	371
Ernesto de la Cruz.—Un hermano de Santa Teresa de Jesús en Chile.....	377
Américo Castro.—Don Federico Hanssen.....	382
Jorge González B.—Poema de la noche.....	389
Luis Aráquistain.—Los escritores y la política.....	390
Aníbal Pinto.—La captura del transporte «Rimac» en 1879.....	395
Antonio Tagle G.—Don Mariano José de Larra.....	397
M. Henríquez U.—El ocaso del dogmatismo literario.....	425
Notas y Documentos.—General Debeney, El reclutamiento de los oficiales en Francia.—Jorge Gustavo Silva, El periodismo contemporáneo.—R. H. F., Lo que costaban los artículos de consumo diario en Santiago en 1691. — Alejandro Silva de la Fuente, ¿Voto secreto o público?.....	430
Bibliografía.—Dr. Cabanès, Moeurs intimes du passé. 5.ª serie.—Clemente Pérez Valdés, Comentario sobre el proyecto de reforma de la ley de matrimonio y registro civil.—Oficina Central de Estadística, Estadística del avalúo de la propiedad raíz en la República de Chile.—Joseph Byrne Lockney, Panamericanism, its beginnings.—Enrique Vergara R., Geografía postal y telegráfica de Chile.—Ramiro de Maetzu, La crisis del humanismo.—Eugenio M. de Hostos, Moral social.....	441
Augusto Orrego Luco.—El 18 de Septiembre de 1810.....	449
Gabriel Zendegui.—Cuesta arriba.....	471
Guillermo Eppe Sch.—El monopolio del seguro por el Estado en Chile.....	472
Eça de Queiroz.—Los cuatro partidos políticos.....	502
Moisés Amaral.—La visita a los enfermos.....	505
Luis Norvins.—Los multimillonarios y los anarquistas en Estados Unidos.....	516
Luis Rodríguez Embil.—El dadaísmo y nuestra época.....	522
Exequiel Zavala B.—El primer diplomático acreditado ante el Gobierno de Chile: el Doctor don Antonio Alvarez de Jonte.....	528

Notas y Documentos.—Angel Moreno Guevara, A propósito de una nota bibliográfica.—Federico Calvo, El germen del cáncer ha sido evidenciado. No se sabe si es animal o vegetal.—X. —¿Está condenado a desaparecer el acorazado?	542
Bibliografía. — Pierre Janet, Les médications psychologiques.— La Constitution de l'Empire Allemand du 11 de Août de 1919. —Temístocles Conejeros, El poder ejecutivo en nuestra Constitución Política.—Rodolfo Lenz, La oración y sus partes.—Domingo Amunátegui Solar, Bosquejo histórico de la literatura chilena.—Tomás Thayer Ojeda, Apuntes para la historia económica y social durante el primer período de la conquista de Chile.—Lorenzo Sazié Herrera, don Miguel José Lastarria....	549

